



FORMACION

DE

MAESTRAS

CONSIGNA

BAZAR

La mejor revista para las niñas, la más amena, la más formativa

BAZAR

El mejor regalo para tus hijas y para tus pequeñas amigas

BAZAR

Colaboran en ella los mejores escritores y dibujantes de España

En el número de marzo encontraréis:

Las nubes hermanas, por *Aurora Mateos*.—Anita y el lobo.—La Anunciación, por *A. M.*—La risa en BAZAR, por *El Maestro Cacerola*.—La página de mi hermano: El castor es ingeniero, por *Buffancito*.—El Príncipe Clavel (comedia infantil).—El gusanito, por *Juan Antonio de Laiglesia*.—Cuenta Guillermina: La tienda de doña Victoria.—Modas.—Billi Ballena, por *María Maíz*.—Ursulita, la niña de la Edad Media.—Viaje a través de los tiempos: El Imperio mongol, por *Aurora Mateos*.—Mirador de Doña Sol.—¡¡Vaya testamento!!—Doña Sabihonda y... los colibríes.—Canelo, el burrito de trapo.

Dibujos de Picó, Cuesta, Goñi y otros.

BAZAR está editada por la Delegación Nacional
de la Sección Femenina.

PRECIO: 3,75 PESETAS

De venta en Quioscos y Delegaciones Provinciales de Sección Femenina

CONSIGNA

AÑO XIV

JUNIO

NÚM. 161



CONSIGNA

«Queremos una política internacional que en cada instante se determine para la guerra o para la paz, para que sea neutral o beligerante por la libre conveniencia de España, no por la servidumbre a ninguna potencia exterior. (José Antonio, Arriba de 16 de Enero de 1936).»

FRASE QUE DEBE SER LEIDA EN LAS ESCUELAS ANTES
DE EMPEZAR LAS CLASES

«Pensad que la Patria es un gran barco donde todos debemos remar, porque juntos nos hemos de salvar o juntos pereceremos.»

JOSE ANTONIO

En el Año Mariano

POR FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL

COMO SE LLEGO AL 8 DE DICIEMBRE
DE 1954

Todo este año de 1954 es una conmemoración centenaria. Año Mariano se le llama porque ha sido consagrado a María, y ha sido consagrado a María porque en él se cumplen los cien años desde que el Papa Pío IX proclamó con una solemnidad sin igual y con palabras inolvidables el dogma de la Concepción Inmaculada de María. Es, pues, un año consagrado a la Santísima Virgen en el misterio de su Concepción Inmaculada. Fué, efectivamente, el 8 de diciembre cuando el sucesor de Pedro, delante del Colegio de los Cardenales, de centenares de obispos y de una inmensa muchedumbre, que había acudido a Roma de todos los países católicos, declaró «que debía creerse como cosa revelada que la bienaventurada Virgen María había sido preservada de todo pecado original por una gracia singular de la omnipotencia de Dios, y en virtud de los méritos de Cristo, Salvador del género humano».

El júbilo fué inmenso en toda la cristiandad: se celebraron fiestas religiosas y pro-



fanas, se cantó las glorias de María en todas las lenguas, se levantaron altares y templos con esa gloriosa advocación, llovieron flores poéticas sobre toda la tierra al compás de las bendiciones del cielo, y como un eco de aquellas músicas y de aquellos regocijos, de aquellos entusiasmos y de aquellos fervores. llega para nosotros esta celebración del centenario, cargada de favores divinos.

Pero alguien pudiera preguntar: ¿Es qué hace sólo un siglo que los cristianos conocen ese privilegio singular de la Virgen María? ¿Por ventura, antes del Papa Pío IX la Iglesia no había llegado a descubrir que la Madre de Dios se había librado de la maldición del pecado original? Y si lo sabía, ¿qué valor tuvo el acto del 8 de diciembre de 1854? ¿Cómo hay que interpretarlo? ¿Y qué sentido hemos de dar a estas solemnidades del Año Mariano? Importa contestar a estas preguntas para entrar plenamente en el espíritu de la Iglesia, para comprender las intervenciones pontificias en cuestiones dogmáticas y, en definitiva, para que este centenario, luminoso y consolador, tenga en nuestra vida espiritual su plena eficacia.

UNA JOYA EN EL CASTILLO DE LA IGLESIA

Recordemos, ante todo, una verdad: el acto de Pío IX no innovaba nada, no era más que el último gesto de un esfuerzo multisecular, realizado por la Iglesia, para descubrir en el depósito de la revelación, en ese estuche fulgurante de la doctrina celeste, una de las joyas que Dios había puesto en él. Hay joyas, hay verdades, que aparecen desde el primer momento, por ser acaso más esenciales, más necesarias para la vida espiritual del hombre. Sin saber que Cristo era Dios, que la humanidad se había unido en él a la divinidad, que la redención nos comunicaba la gracia, hubiera sido imposible vivir. Son los primeros dijes que la Iglesia encontró en su castillo de desposada. Otros, maravillosos también, pero menos indispensables, quedaron allá en el fondo, aguardando el momento en que por los cuidados de la ciencia teológica y por la amorosa atención del sentimiento del pueblo cristiano, pudiesen brillar en la superficie. A estos últimos pertenece el misterio de la Inmaculada Concepción. Es una verdad, cuya profesión clara y explícita ha ido manifestándose poco a poco a la Iglesia, en un proceso que, según la distinción clásica para esta clase de verdades, se verifica en tres etapas más importantes. Hay, en primer lugar, un momento de tranquila posesión o de creencia implícita; viene luego un período de discusión, provocado por la intervención de los teólogos y los predicadores, y, finalmente, tras la controversia llega la profesión pública y el asentimiento general, sancionado habitualmente por un acto solemne del magisterio eclesiástico.

LA MARIOLOGIA PRIMITIVA

Por lo que se refiere al misterio de la Inmaculada Concepción, hay que distinguir

un primer período de creencia implícita, que va desde los orígenes hasta el Concilio de Efezo (431), y otro de desarrollo progresivo que comienza en este Concilio, y se revela luego más clarividente y precoz en Oriente que en Occidente.

Los primeros Padres de la Iglesia consideraron a María como una prolongación de los Misterios de la Encarnación y de la Redención, más combatidos en las primeras herejías. Para ellos María es, ante todo, la Madre del Verbo encarnado y la Virgen intacta. Su relación con la obra redentora se expresa con la antítesis que existe entre ella y Eva, madre del género humano. El título de nueva Eva, que restaura por la obediencia lo que había perdido por la desobediencia, se repite constantemente en las obras de San Justino, San Ireneo, Tertuliano y San Hipólito. San Justino tiene una expresión que podría hacer pensar en la exención de todo pecado: «No solamente es virgen, sino libre de toda corrupción». Y de San Hipólito es esta bella imagen: «No hay pecado en el Señor, puesto que su humanidad procede de una madera incorruptible, la santa Virgen y el Espíritu Santo». Todo esto, sin embargo, no pasa de ser otra cosa que un indicio y vestigio de la creencia, y así se ha podido decir, que ningún padre anteniceno afirma claramente el hecho de la Concepción Inmaculada.

LA INMACULADA EN LA EDAD DE ORO DE LA PATROLOGIA

Después los grandes Doctores de la edad de oro de la Patrística, San Cirilo de Alejandría, San Juan Crisóstomo, San Basilio, y en Occidente, San Ambrosio, San Jerónimo y San Agustín, están demasiado absorbidos por la solitud de las luchas cristológicas, para detenerse a examinar los problemas de la

teología marial. Hay que observar, sin embargo, que es por este tiempo cuando las almas devotas se fijan en un pasaje del Protoevangelio de Santiago, que tendrá una gran influencia en el nacimiento de la fiesta de la Inmaculada. Ese texto, que se remonta al siglo II, nos dice que un día un ángel se presentó a Joaquín, al volver de un largo viaje, y le dijo: «Tu mujer Ana, estéril hasta ahora, concebirá un hijo». Y había códices que, en vez de concebirá, traían la forma: concibió, lo cual, unido a la circunstancia del viaje, hacía creer a algunos que María había sido concedida del mismo modo que ella concibió a su Hijo. San Epifanio protesta contra esta interpretación. Para él María es la «toda pura, la agraciada en todas las cosas», pero la concepción sin obra de varón es exclusiva de Nuestro Señor Jesucristo.

Por el mismo tiempo, en Occidente se levantan voces que, implícitamente, parecen declarar el misterio. «María está libre de toda sombra de pecado», dice San Ambrosio; y San Jerónimo, viendo en la nube luminosa que conducía a los israelitas un símbolo de María, exclama: «Nunca fué aquella nube de tinieblas, sino que siempre estuvo envuelta en la luz». A San Agustín sólo le falta mencionar el pecado original, pues tras de afirmar que todos los santos conocieron el pecado, añade «que eso no reza con María, a la que nuestra piedad debe confesar immune de pecado». Del mismo San Agustín es esta frase, que, forzosamente, ha de ser oscura puesto que ha servido de apoyo lo mismo a la afirmación que a la negación: «No adcribimos la Virgen María al diablo por el contagio del nacimiento, y la razón es porque esa condición se deshace por la gracia del renacimiento». Se adivina más que se ve el pensamiento del santo Doctor. Sin la última frase la afirmación hubiera sido cate-

górica, pero esa gracia del renacer ¿es una preservación o es una simple santificación?

LA VOZ DE DOS POETAS

Diríase que la devoción popular y la intuición poética van a tener un privilegio especial para descubrir en María el misterio de la belleza perfecta. Allá en la segunda mitad del siglo IV, y en las dos extremidades del imperio romano, la una en la ribera del Eufrates y la otra en las orillas del Ebro, se levantan dos voces extasiadas ante el esplendor de la Virgen sin mancilla. La una es la de San Efrén de Edesa, la otra, la de Prudencio de Calahorra. Dos cantores de María Inmaculada, dos grandes poetas cristianos. El sirio dice: «Tú eres llena de gracia, toda pura, toda inmaculada, sin falta, sin sombra, sin reproche, toda íntegra y digna de alabanza, virgen de cuerpo, de alma y de espíritu, tabernáculo sagrado, que el Beseleel divino trabajó con amorosas manos.» San Efrén considera la doble relación de María con Jesús: una social, que es la que más ponen de relieve los Santos Padres, y otra personal. Jesús es el fruto bendito de María, pero María es, a su vez, el fruto único de Cristo y la más maravillosa floración de su misterio de amor. Comparándola con Cristo, llega a decir estas palabras, que podrían parecernos una hipérbola: «Vos y vuestra Madre sois perfectamente bellos, porque en Vos todo es luz y en vuestra Madre no hay sombra.» Para afirmar el misterio, no es necesario decir que María fué concebida sin pecado original; hay otras expresiones equivalentes, y entre ellas podríamos contar estas de aquel fervoroso panegirista de las grandezas de María.

Más clásico, más avaro de sus palabras es el gran poeta celtibérico, pero no es menos clara su confesión. En el tercer himno de su

Cathemerinon, lamenta Prudencio la tragedia del paraíso, recuerda la intervención de la serpiente fabricadora de engaños, ensalza a la mujer que pisa la cabeza de tres lenguas venenosas, y canta: «Se hace carne viva la palabra del Padre, pues fecundada por el Espíritu rutilante, no en el tálamo ni por derechos conyugales ni con los deleites de la carne, dió a luz una doncella inmaculada.»

Esto es ya bastante explícito, pero lo son aún más los dos versos de la estrofa siguiente: «Habiendo merecido traernos a Dios, doma la Virgen todos los venenos.» Todos, empezando por el veneno del pecado original, pues si veneno es sinónimo de pecado para Prudencio, como se ve por otros versos suyos, el pecado original está particularmente relacionado con la serpiente del paraíso y con su hábito emponzoñado.

LA FIESTA EN ORIENTE.

Llega al fin el Concilio de Efeso, que es, ante todo, el triunfo de la maternidad divina de María. Nestorio, patriarca de Constantinopla, había afirmado que en Jesús sólo había una unión moral entre el hombre y Dios. Primera consecuencia: que en Cristo no sólo hay dos naturalezas, sino también dos personas. Segunda consecuencia: que María es únicamente madre del hombre, que no tiene derecho al título de Theótocos, de Madre de Dios. La doctrina del Concilio, dirigido por San Cirilo de Alejandría, provocó en toda la cristiandad una explosión de entusiasmo mariano: crece súbitamente la devoción popular, por todas partes se levantan templos a María —la misma basílica de Santa María la Mayor, de Roma, está relacionada con esta oleada de fervor—, y de todas partes se levantan himnos, sermones, panegíricos, alabanzas en honor de la maternidad de María, de sus perfecciones, de sus be-

llezas, de sus privilegios. En Oriente, sobre todo, el privilegio de la Concepción inmaculada empieza a ser expresado desde ahora con una claridad meridiana. Y caso extraño, uno de los testimonios que por esta época nos impresionan es el del mismo Nestorio. Mientras que su adversario, el protagonista del Concilio de Efeso, llega a atribuir a María ciertas imperfecciones, como, por ejemplo, sombras de duda y de ignorancia sobre la resurrección de su hijo; él, sin duda, para justificarse de las acusaciones que lanzaban en contra suya, pregona las grandezas de María, y dice expresamente «que Cristo nació de una carne intacta, de un cuerpo que no había conocido el pecado». La afirmación se convierte ya en un lugar común entre los escritores de la Iglesia de Oriente durante los siglos v y vi. Por este tiempo empieza a aparecer la fiesta. El primer testimonio de ella es el *Canon*, del himnógrafo Romano de Creta († 710). Siempre los poetas en torno a la Virgen Inmaculada. Dice así el epígrafe de su himno: «En la Concepción de Santa Ana, abuela de Dios». un contemporáneo, el predicador Juan de Eubea, que muere en 730, nos dice que aunque no se había hecho universal en el imperio bizantino, la fiesta se celebraba en muchas partes. ¿Pero, qué es lo que se celebraba en ella? ¿El anuncio del ángel a San Joaquín, el milagro de la concepción activa de Ana, a pesar de su esterilidad, o la concepción pasiva de María? Se ve claramente el suceso contado por el protoevangelio de Santiago tuvo una influencia decisiva en la aparición de la fiesta; pero si examinamos los textos litúrgicos, nos damos cuenta de que la mirada de los fieles se dirigen, antes que nada, «a la que contiene al que por nadie puede ser contenido, templo purísimo de Cristo, arca en que se encierran todas las perfecciones, paraíso divino, fuente sellada y

jardín cerrado a todas las asechanzas de la serpiente».

PROGRESOS EN LA IGLESIA OCCIDENTAL

La agonía del imperio, la destrucción de las escuelas, el caos político originado por las invasiones bárbaras hicieron más lenta la evolución del dogma en el mundo occidental. Por otra parte, la producción literaria es mucho más escasa, y no nos permite seguir con tanta claridad como en Oriente el proceso de la vida religiosa. No obstante, allí se levanta en el siglo V el poeta Sedulio, para cantar «a la suave rosa que aparece entre las agudas espinas y que no tiene la menor influencia de la muerte». allí escuchamos, en el siglo VI, el elogio de otro poeta. Venancio Fortunato, «a la mujer que estuvo unida a Dios con una alianza perpetua»; allí, ya en el siglo VII, se oye la voz de un predicador, San Ildefonso acaso, que llama a María «dulce retoño que de una raíz viciada sale indemne de todo vicio»; y de allí nos viene, algo después, esta afirmación tan clara y terminante, que podría dejar satisfecho hasta al teólogo más exigente: «Santificada en el seno de su madre, María no contrajo el pecado original.» Estas palabras se leen en un libro intitulado *De partu Virginis*. Desgraciadamente no sabemos quién es el autor de esta obra, atribuida por algunos a San Ildefonso de Toledo, cantor incansable de las excelencias de María, ni nos

es conocido tampoco con precisión el tiempo en que se escribió.

Es un hecho que por esta época la Iglesia latina celebraba ya cuatro fiestas de la Virgen: la Purificación, la Anunciación, la Asunción y la Natividad. La fiesta de la Natividad hace que Pascasio Radberto, ya en el siglo IX, se proponga la cuestión de cuándo fué santificada la Virgen María para celebrar su nacimiento. La respuesta la da el sentido del pueblo cristiano, que por este tiempo empieza a admitir la fiesta celebrada ya anteriormente entre los griegos. El primer testimonio nos le ofrece un calendario de Nápoles, escrito hacia el año 890. El 9 de diciembre trae estas palabras: *Conceptio Sanctae Mariae Virginis*. La influencia viene de Oriente. Por eso se nos presenta en Nápoles, límite entonces con las posesiones bizantinas de Italia. Pero hay que señalar dos cambios con respecto a la fiesta oriental: No se habla ya de la concepción de Santa Ana, sino de la concepción de María; y el día en que ha de celebrarse la fiesta tiene una relación evidente con el 8 de septiembre, con la fiesta de la Natividad.

Así entra el dogma en la liturgia, y la liturgia le llevará de iglesia en iglesia y de pueblo en pueblo. De Nápoles pasa a otras iglesias de Italia. Pasa a Irlanda por misteriosos derroteros. Hacia el año 1000 encontramos la fiesta en la isla de los santos, de donde se propagará hacia Inglaterra y hacia el continente. El pueblo la recibe con entusiasmo, pero los teólogos vigilan, vacilan, estudian. Es ahora cuando va a empezar la segunda etapa: la de la controversia.

Para detalles y suscripciones dirigirse a las Delegaciones Provinciales de la Sección Femenina de cada provincia respectiva.



Advocaciones de la Santísima Virgen

NUESTRA SEÑORA DE LOS NEUS (IBIZA)

La Santísima Virgen es honrada en Ibiza bajo la advocación de Nuestra Señora de las Nieves, en honor de la cual hay fiesta mayor con romería en la isla el día 5 de agosto, y ante la imagen —copia de una hermosa talla del catalán Adrián Serrán, hecha en 1809 y destruída por los rojos en 1936— bailan mozas y mozos bailes originanes y antiquísimos.

Según la historia, al concertarse para la Reconquista de Ibiza, en 1234, el arzobispo electo de Tarragona, el conde de Rosellón y el infante don Pedro de Portugal, prometieron que al apoderarse de la isla, dotarían en la villa capital de la misma una iglesia en honor de Nuestro Señor Jesucristo y de su Madre Santísima, y lograda la

conquista el 8 de agosto, se extendió la escritura de donación de dicha iglesia parroquial bajo la denominación de Santa María de Ibiza, parroquia de Ibiza y Formentera, hasta que en 1782 se procedió a la división parroquial de la Diócesis, pues hasta entonces, el patronato de dicha iglesia lo tuvo la Universidad o Ayuntamiento de ambas islas.

NUESTRA SEÑORA DEL PINO (LAS PALMAS)

Su fiesta se celebra el 8 de septiembre, y se venera en una espléndida Basílica desde fines del siglo XVIII, aunque su origen fué el de una pequeña ermita en el siglo XVI, transformada en el siglo XVII en templo parroquial.

Según cuenta la leyenda, mientras los sol-

Jadados castellanos hacían sus incursiones por la isla, los canarios bajaban al Real de Las Palmas para aprender de los misioneros españoles la doctrina redentora.

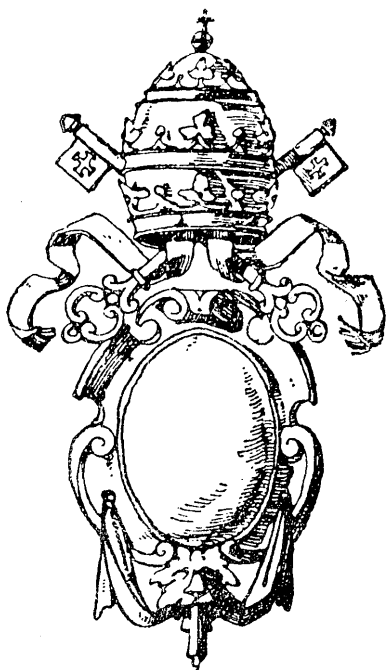
Estos canarios contaron que en los enmarañados bosques de «Teror», al caer la noche aparecía en un frondoso pino que descollaba sobre los demás, un punto de luz que iba creciendo hasta convertirse en una nube blanca, sobre la que destacaba el contorno de una mujer de soberana hermosura, con un Niño en los brazos; esta confidencia fué hecha al obispo don Juan de Frías, quien no dudó que era una manera con que la Providencia se valía para expresar el agrado de Dios ante el trabajo de los misioneros en la isla.

Consumada en abril de 1483 la rendición total de Gran Canaria, el obispo quiso conocer aquel árbol subiendo por él y orando en lo alto de las ramas, pidiendo a Dios una

manifestación extraordinaria, y efectivamente, en el lugar que se dividía el tronco en cuatro ramas, sobre una lápida de jaspe asentada en un montoncillo de piedra cubierta de verde culantrillo, bajo un pabellón formado por las hojas de tres pequeños dragos arraigados en la misma tierra, descansaba la imagen de María Santísima; era una escultura al parecer de cedro de poco más de un metro de altura representando a la Madre de Dios con el Niño Jesús sostenido sobre el brazo izquierdo, conforme en todo al estilo dominante en la iconografía Mariana del siglo xv.

En 1914, el obispo de Canarias acudió a Roma en súplica de la que la Virgen del Pino fuese declarada Patrona de la diócesis, y con fecha de 16 de abril de 1914 fué concedida por la Santa Sede esta gracia singular.





Oración compuesta por Su Santidad Pío XII para el Año Mariano 1953-54

Cautivados por el resplandor de vuestra celestial belleza e impelidos por las angustias del mundo, nos arrojamos en vuestros brazos, oh Inmaculada Madre de Jesús y Madre Nuestra, María, confiando encontrar en vuestro amantísimo Corazón la satisfacción de nuestras fervientes aspiraciones y el puerto seguro en medio de las tempestades que por todas partes nos apremian.

Aunque abatidos por las culpas y abru-

mados por infinitas miserias, admiramos y cantamos la incomparable riqueza de los excelsos dones de que Dios os ha colmado por encima de cualquier otra pura criatura, desde el primer instante de vuestra Concepción hasta el día en que, tras vuestra Asunción a los Cielos, os ha coronado por Reina del Universo.

¡Oh límpida fuente de fe! Rociad nuestras mentes con las verdades eternas. ¡Oh Lirio fragante de toda cristiandad! Embelesad nuestros corazones con vuestro celestial perfume. ¡Oh Triunfadora del mal y de la muerte! Inspiradnos un profundo horror al pecado, que hace al alma detestable a Dios y esclava del infierno.

Escuchad, oh predilecta de Dios, el clamor ardiente que de todos los corazones fieles se alza en este consagrado a Vos. Inclinaos hacia nuestras dolientes llagas. Cambiad el ánimo de los perversos, enjugad las lágrimas de los angustiados y oprimidos, consolad a los pobres y humildes, extinguid los odios, suavizad las duras costumbres, custodiad la flor de la pureza en los jóvenes, protegéd a la Santa Iglesia, haced que todos los hombres sientan el atractivo de la bondad cristiana. En vuestro nombre, que resuena armonioso en los cielos, ellos se reconozcan como hermanos y las naciones como miembros de una sola familia sobre la que resplandezca el sol de una paz universal y sincera.

Coged, Madre dulcísima, nuestras humildes súplicas y alcanzadnos, sobre todo, el que podamos un día repetir delante de vuestro trono, felices con Vos, el himno que se eleva hoy sobre la tierra en torno a vuestros altares: Toda hermosa eres, María. Tú, la gloria; Tú, la alegría; Tú, la honra de nuestro pueblo. Así sea.



Carta encíclica «Fulgens
Corona» instituyendo el
Año Mariano universal

Por celebrarse este año el I Centenario de la proclamación del dogma de la Inmaculada, el Santo Padre ha constituido el 1954 Año Mariano, como saben todas nuestras lectoras.

Publicamos el sumario de la Encíclica del Santo Padre «Fulgens Corona», tomado el texto de dicho sumario de la revista *Ecclesia*, número 639.

INTRODUCCIÓN: *La refulgente corona de gloria de la Madre de Dios parece resplandecer con más brillo al conmemorar el primer centenario de la bula "Ineffabilis". La Iglesia entera recibió con alborozo aquella definición dogmática. La Santísi-*

ma Virgen quiso como confirmar en Lourdes el dictamen del Vicario de Cristo. Así lo entendieron los fieles que en muchedumbres innumerables acudieron allí en peregrinación. Y los mismos Romanos Pontífices que enriquecieron con gracias espirituales aquel santuario.

I

1.—Pío IX no hizo sino sancionar con su autoridad la voz de los Santos Padres y de la Iglesia. En las Sagradas Escrituras está el fundamento del dogma de la Inmaculada: "Pondré enemistades entre ti y la

mujer... "Llena de gracia..." "Bendita entre todas las mujeres..." Los Santos Padres enseñaron con claridad suficiente esta doctrina. María es más pura que los ángeles. Por estar destinada para Madre de Dios, había de contar con la plenitud de la gracia divina.

- 2.—No se puede ni sospechar que María estuviera ni por brevísimos instantes sujeta al pecado. La excepción de él en María no aminora la redención de Cristo. Injusta la crítica protestante por nuestra devoción a la Virgen. La doctrina de la Concepción Inmaculada estaba en el alma de los fieles. Al cumplirse los cien años, el Pontífice reinante resume la cuestión con las mismas palabras de la bula "Ineffabilis": "Nada más dulce ni más grato que honrar, venerar... a la Madre de Dios, concebida sin pecado original."
- 3.—Mayor fulgor en la diadema de la Virgen con la definición de su Asunción en cuerpo y alma a los cielos. Por la estrecha relación entre los dos dogmas se ha manifestado con mayor esplendor el plan divino de limpieza total de María. Con la perfecta inocencia de su alma se corresponde la glorificación de su cuerpo virginal.

II

- 1.—Necesidad de que la celebración del centenario haga que la vida de los cristianos se conforme a la imagen de María. Como toda madre, desea ver reproducida en sus hijos los rasgos y virtudes propios. A ello nos ha de impulsar la piedad sincera. Como a los que servían en las bodas de Caná, nos quiere repetir: "Haced lo que El os diga." La raíz de todos los males presentes está en que los pueblos han abandonado al que es "el camino, la verdad y la vida". Hay que volver a la via

recta, acercarse a la Vida. A ello nos exhorta María.

- 2.—De estas exhortaciones están muy necesitados los hombres, porque son muchos, y de muy diversas maneras, los que se esfuerzan en arrancar de las almas la fe cristiana. Rechazada la voluntad de Dios, casi nada valen las leyes de autoridad pública. Y nacen entre los ciudadanos los odios, las envidias, las rivalidades... Se socavan los cimientos del Estado... El remedio hay que buscarlo en una fuerza superior a la humana.
- 3.—Exhórtese por los Prelados al clero y pueblo a celebrar el Año Mariano, «que decretamos se celebre en todo el mundo desde el próximo mes de diciembre hasta el mismo mes del año siguiente». Que en todas las diócesis se tengan sermones y conferencias para que se excite más cada día el amor a la Madre de Dios. Que se reúnan las multitudes de fieles a los pies de una imagen de la Virgen en los más señalados santuarios; que se hagan públicas y edificantes manifestaciones de la fe común.
- 4.—Pídase a la Virgen, en primer lugar, que cada uno ajuste con hechos sus costumbres a los preceptos cristianos. Que la juventud generosa crezca pura e íntegra. Que la edad viril y madura se distinga por su bondad y fortaleza cristianas. Que el hogar cristiano florezca con descendencia santa y rectamente educada. Que los ancianos gocen los frutos de una vida honesta.
- 5.—Pídase también a la Virgen pan para los hambrientos, justicia para los oprimidos, la patria para los desterrados, cobijo para los sin hogar, libertad para los injustamente encarcelados, regreso de los prisioneros... De modo especial que la Iglesia católica goce en todas partes de la

libertad que le es debida. Conocidas son las tribulaciones, las mentiras y calumnias que sufre en algunos lugares; el encarcelamiento injusto de sus pastores, la prohibición de escuelas católicas... Suplíquese a la Señora que todo esto acabe.

6.—*Llegue, en primer lugar, esta palabra a la Iglesia del Silencio. Que la Virgen fortalezca a aquellos fieles para que puedan decir con San Bernardo: "Estaremos en pie, combatiremos hasta la muerte..., no con escudos y espadas, sino con lágrimas y oraciones..." Que llegue también a los separados por el viejo Cisma... A las súplicas añádanse obras de penitencia. Esfuércense todos por alcanzar una sólida y sincera paz para las almas y los pueblos. Votos finales. Bendición.*

Indulgencias concedidas por el Padre Santo para el Año Mariano

La Sagrada Penitenciaría Apostólica, por Decreto de 11 de noviembre, hace público que Su Santidad el Papa Pío XII, f. r., para que los fieles consigan más copiosos frutos espirituales durante el Año Mariano, se ha dignado conceder:

I. **INDULGENCIA PLENARIA** a todos los fieles que, además de confesar y comulgar, visiten una iglesia dedicada a la Santísima Virgen y rueguen en ella por las intenciones del Romano Pontífice, el día 8 de di-

ciembre, tanto de 1953 como de 1954, y en los días de Natividad, la Anunciación, la Purificación, los Siete Dolores y la Asunción de Nuestra Señora. Esta indulgencia se puede ganar «*toties quoties*» (como en la Pórcinola).

II. **INDULGENCIA PLENARIA**, con las mismas condiciones de confesión, comunión y orar por la intención del Papa, todos los sábados del Año Mariano, visitando un templo dedicado a Nuestra Señora. Si la visita se hace en grupos se gana la misma indulgencia en los demás días de la semana.

III. **INDULGENCIA PLENARIA**, con las mismas condiciones, para los que devotamente asistan a alguna función sagrada en honor de la Santísima Virgen. A los que, sin confesión y comunión, asistan a tales funciones, diez años de indulgencias, si lo hacen con corazón contrito.

IV. **INDULGENCIA PLENARIA** recibiendo la Bendición Papal que den después del Pontifical los Obispos en los días 8 de diciembre de 1953 y 1954.

V. Serán **ALTARES PRIVILEGIADOS** todos los dedicados a la Santísima Virgen, en favor de los difuntos por quienes se aplique la misa por cualquier sacerdote.

VI. En los santuarios de Nuestra Señora, que los fieles acostumbran visitar peregrinando a ellos, los fieles pueden ganar **INDULGENCIA PLENARIA** todos los días del año, con las condiciones de confesión y comunión y rogando por la intención de nuestro amadísimo Padre, el Papa.



GUIA LITURGICA DEL MES

(Las páginas que se citan en esta Guía corresponden al «Misal» de Fray Justo Pérez de Urbel)

JUNIO

Día 1.—*Martes*: Infraoctava de la Ascensión. Simple. Color blanco. Misa de la fiesta, pág. 850. 2.^a Oración de la Virgen; 3.^a, por la Iglesia o por el Papa, pág. 808. Prefacio y *Communicantes* de la Ascensión. Gloria y Credo.

Día 2.—*Miércoles*: De Infraoctava de la Ascensión. Todo como ayer.

Día 3.—*Jueves*: Octava de la Ascensión. Doble mayor. Color blanco. Misa de la fiesta, pág. 850. Prefacio y *Communicantes* de la Ascensión. Gloria y Credo.

Día 4.—*Primer Viernes*: S. Francisco Caracciolo. Doble. Color blanco. Misa propia, pág. 1.519. Prefacio de Pascua. Gloria.

Día 5.—*Sábado*: Vigilia de Pentecostés. Color rojo en la Misa, morado en las Prefacias. Misa propia, pág. 874. Prefacio del

Espíritu Santo, pág. 877. *Communicantes* y *Hanc igitur* propios, pág. 1.123. Gloria y Credo.

Día 6.—DOMINGO DE PENTECOSTÉS: Doble de 1.^a clase. Color rojo. Misa propia, pág. 880. Prefacio del Espíritu Santo. *Communicantes* y *Hanc igitur* propios durante toda la Octava, pág. 1.122. Gloria y Credo.

Día 7.—*Lunes de Pentecostés*: Doble de 1.^a clase. Color rojo. Misa propia, pág. 885. El resto como ayer.

Día 8.—*Martes de Pentecostés*: Doble de 1.^a clase. Color rojo. Misa propia, pág. 889. El resto como el día 6.

Día 9.—*Miércoles de Témporas de Pentecostés*: Semidoble. Color rojo. Misa propia, pág. 892. Prefacio. *Communicantes* y *Hanc*

igitur de Pentecostés. Gloria y Credo. 2.^a Oración de los Stos. Mártires Primo y Feliciano.

Día 10.—*Jueves de Pentecostés*: Semidoble. Ornamentos rojos. Misa propia, pág. 897. Prefacio. *Communicantes* y *Hanc igitur* de Pentecostés. Gloria y Credo. 2.^a Oración de Santa Margarita. Reina, pág. 1.529.

Día 11.—*Viernes de Témporas de Pentecostés*: Semidoble. Ornamentos rojos. Misa propia, pág. 900. Conmemoración de S. Bernabé, pág. 1.530. Prefacio. *Communicantes* y *Hanc igitur* de Pentecostés. Gloria y Credo.

Día 12.—*Sábado de Témporas de Pentecostés*: Ordenes. Semidoble. Ornamentos rojos. Misa propia, pág. 904. Conmemoración de S. Juan de Sahagún, pág. 1.533. 3.^a Oración de los Stos. Mártires Basíldes y compañeros. Prefacio. *Communicantes* y *Hanc igitur* de Pentecostés. Gloria y Credo.

Hoy termina el tiempo pascual.

Día 13.—DOMINGO I DESPUÉS DE PENTECOSTÉS: Fiesta de la Santísima Trinidad. Doble de 1.^a clase. Color blanco. Misa propia, pág. 919. 2.^a Oración y último Evangelio del Domingo I después de Pentecostés, pág. 922. Prefacio de la Santísima Trinidad. Gloria y Credo.

Día 14.—*Lunes*: S. Basilio el Grande. Doble. Color blanco. Misa *In medio*, pág. 2.054, menos propio, pág. 1.539. Prefacio común. Gloria y Credo.

Día 15.—*Martes*: Stos. Vito, Modesto y Crescencia, MM. Simple. Color rojo. Misa propia, pág. 1.543. Prefacio común. Gloria. (M. V. y R.)

Día 16.—*Miércoles*: Misa del Domingo I después de Pentecostés, pág. 922. 2.^a Oración

A cunctis; 3.^a *Ad libitum*. Prefacio de la Santísima Trinidad. Gloria y Credo.

Día 17.—JUEVES CORPUS CHRISTI: Doble de 1.^a clase. Ornamentos blancos. Misa propia, pág. 929. Prefacio de Navidad, pág. 1.112. Gloria y Credo. FIESTA DE PRECEPTO.

Día 18.—*Viernes de Infraoctava del Corpus*: Semidoble. Color blanco. Misa de la fiesta, pág. 929. Conmemoración de S. Efrén, pág. 1.546. 3.^a Oración de los Stos. Marco y Marceliano, MM. Prefacio de Navidad. Gloria y Credo.

Día 19.—*Sábado de Infractava del Corpus*: Semidoble. Ornamentos blancos. Misa, página 929. 2.^a Oración de Sta. Juliana de Falconieri, V., pág. 1.551; 3.^a de los Stos. Gervasio y Protasio, pág. 1.551. Prefacio de Navidad. Gloria y Credo.

Día 20.—DOMINGO DE INFRAOCTAVA DEL CORPUS (II después de Pentecostés): Semidoble. Ornamentos blancos. Misa propia, página 935. Conmemoración de la Octava y de San Silverio, P., pág. 2.044. Prefacio de Navidad. Gloria y Credo.

Día 21.—*Lunes de Infraoctava del Corpus*: Semidoble. Ornamentos blancos. Misa, página 929. Prefacio de Navidad. Gloria y Credo. Conmemoración de S. Luis Gonzaga, página 1.553.

Día 22.—*Martes de Infraoctava del Corpus*: Semidoble. Ornamentos blancos. Misa, página 929. Conmemoración de S. Paulino, Ob., pág. 1.557. Prefacio de Navidad. Gloria y Credo.

Día 23.—*Miércoles de Infraoctava del Corpus*: Semidoble. Ornamentos blancos. Misa, pág. 929. Conmemoración de la Vigilia de

San Juan Bautista, pág. 1.569. 3.^a Oración de la Virgen. Prefacio de Navidad. Gloria y Credo. Último Evangelio de la Vigilia de San Juan.

Día 24.—*Jueves*: S. Juan Bautista. Doble de 1.^a clase. Color blanco. Misa propia, página 1.566. Conmemoración de la Octava del Corpus, pág. 929. Prefacio de Navidad. Gloria y Credo.

Día 25.—*Viernes*: El Sagrado Corazón de Jesús. Doble de 1.^a clase. Color blanco. Misa propia, pág. 942. Prefacio propio, pág. 945. Gloria y Credo.

Día 26.—*Sábado*: S. Juan y S. Pablo, MM. Doble. Color rojo. Misa propia, pág. 1.570. 2.^a Oración de la Octava de S. Juan, página 1.566. 3.^a Oración de la Octava del Sagrado Corazón, pág. 942. Prefacio común. Gloria.

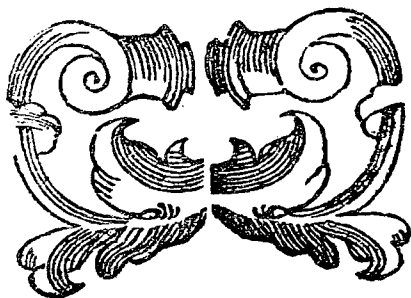
En algunas partes de España, S. Pelayo, M. Misa *Laetabitur*, pág. 2.022, menos propio, pág. 1.573.

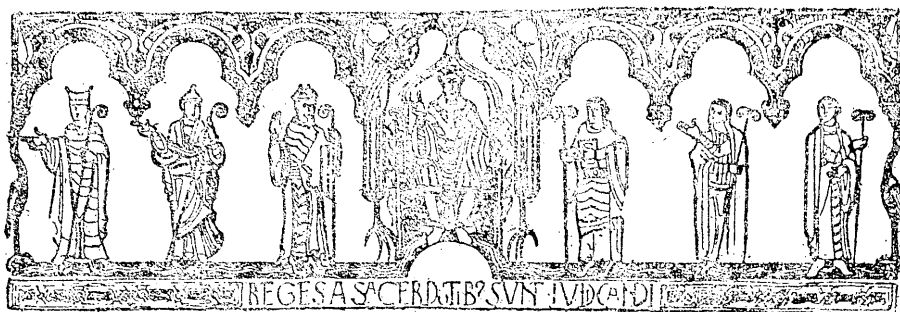
Día 27.—DOMINGO DE INFRACCTAVA DEL SACRADO CORAZÓN (III después de Pentecostés): Semidoble. Color blanco. Misa propia, pág. 952. 2.^a Oración de la Octava, pág. 942; 3.^a, de S. Juan, pág. 1.566. Prefacio del Sagrado Corazón. Gloria y Credo.

Día 28.—*Lunes*: Vigilia de los Apóstoles San Pedro y San Pablo. Ornamentos morados. Misa propia, pág. 1.580. Conmemoración de la Octava del Sagrado Corazón, pág. 942, y de S. Juan, pág. 1.566. Oración de S. Ireneo, Ob., pág. 1.576. Prefacio común.

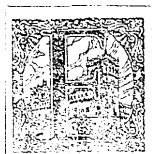
Día 29.—*Martes*: S. PEDRO Y S. PABLO, Apóstoles. Doble de 1.^a clase. Color rojo. Misa propia, pág. 1.585. Prefacio de Apóstoles, pág. 1.117. Gloria y Credo. FIESTA DE PRECEPTO.

Día 30.—*Miércoles*: Conmemoración de San Pablo. Doble mayor. Ornamentos rojos. Misa propia, pág. 1.589. Conmemoración de San Pedro, pág. 1.589, de la Octava del Sagrado Corazón y de S. Juan. Prefacio de Apóstoles. Gloria y Credo.





Debes saber...



En todas las historias de la Iglesia podemos encontrar la relación de los pontífices que ha tenido la Santa Madre Iglesia, desde el principio de ella; pero hay muchas ocasiones en que no tenemos a mano el libro y en otras que no está completa, por lo que creemos de interés publicarla en CONSIGNA:

San Pedro.	42-67	San Urbano.	222-30
San Lino.	67-79	San Ponciano.	230-35
San Clemente.	90-99	San Antero.	235-36
San Evaristo.	99-107	San Fabián.	236-50
San Alejandro.	107-16	San Cornelio.	251-53
San Sixto.	116-25	Novaciano.	251-58
San Telesforo.	125-36	San Lucio I.	253-54
San Higinio.	136-40	San Esteban I.	254-57
San Pío I.	140-55	San Sixto II.	257-58
San Aniceto.	155-66	San Dionisio.	259-68
San Sotero.	166-74	San Félix I.	269-74
San Eleuterio.	174-89	San Euticiano.	275-83
San Víctor.	189-98	San Cayo.	283-96
San Ceferino.	198-217	San Marcelino.	296-304
San Calixto.	217-22	San Marcelo.	307-08
San Hipólito.	217-35	Bonifacio III.	607
		San Bonifacio IV.	608-15
		San Deusdedit.	615-18
		Bonifacio V.	619-25
		Honorio I.	625-38
		Severino.	640
		Juan IV.	640-42
		Teodoro I.	642-49
		San Martín I.	649-53
		San Eugenio.	654-57

San Vitaliano.	657-72	San Bonifacio I.	418-22
Adeodato.	672-76	Eulalio.	418-16
Dono.	676-78	San Celestino I.	422-32
San Agatón.	678-81	San Sixto III.	432-40
San León II.	682-83	San León I.	440-61
San Benedicto II.	684-85	San Hilario.	461-68
Juan V.	685-86	San Simplicio.	468-83
Conón.	686-87	San Félix II (III).	483-92
Teodoro.	687	San Gelasio I.	492-96
Pascual.	687-92	San Anastasio II.	96-98
San Sergio.	687-701	San Simaco.	489-515
Juan VI.	701-05	Lorenzo.	498-514
Juan VII.	705-07	San Hormisdas.	514-23
Sisinio.	708	San Juan I.	523-26
Constantino I.	708-15	Félix III (IV).	526-30
San Gregorio II.	715-31	San Bonifacio II.	530-32
San Gregorio III.	731-41	Dióscoro.	530
San Zacarías.	741-52	San Juan II.	533-35
Esteban.	752	San Agapito I.	535-36
Esteban II.	752-57	San Silverio.	536-37
San Paulo I.	757-67	Virgilio.	537-55
Constantino II.	767-68	Pelagio I.	556-61
Felipe.	768	Juan III.	561-74
Esteban III.	768-72	Benedicto I.	575-79
Adriano I.	772-95	Pelagio II.	579-90
San León III.	795-816	San Gregorio I.	590-604
Esteban IV.	816-17	Sabiniano.	604-06
San Pascual I.	817-24	Gregorio IV.	827-44
Eugenio II.	824-27	Juan.	844
Valentín.	827	Sergio II.	847-55
San Eusebio.	308-09	León IV	847-55
San Melquiades.	310-14	Benedicto III.	855-58
San Silvestre I.	314-35	Anastasio.	855
San Marcos.	336	San Nicolás I.	858-67
San Julio I.	337-52	Adriano II.	867-72
San Liberio.	352-66	Juan VIII.	872-82
Félix II.	355-65	Marino I.	882-84
San Dámaso I.	366-84	Adriano III.	884-85
Ursino.	366-67	Esteban V.	885-91
San Siricio.	384-99	Formoso.	891-96
San Anastasio.	399-401	Bonifacio VI.	896
San Inocencio I.	407-17	Esteban VI.	896-97
San Zósimo.	417-18	Romano.	897

Teodoro II.	897	Benedicto IX (por segunda vez). 10-4-1045,
Juan IX.	898-900	1-5-1045.
Benedicto IV.	900-03	Gregorio VI. Romano. Juan Graciano. 5-5-
León V.	903	1045, 20-12-1046.
Cristóbal.	903-04	Clemente II de Sajonia. Suitgero del señorío
Sergio III.	904-11	de Morsleben y Hornburg. 24, 25-12-1046,
Anastasio III.	911-13	9-10-1047.
Landón.	913-14	Dámaso II, de Baviera. Pomponio. 17-7-1048,
Juan X.	914-28	9-8-1048.
León VI.	928-29	San León IX. Lorenés. Bruno, del Condado
Esteban VII.	929-31	de Egisheim Dagsbrug. 12-2-1049, 19-4-
Juan XI.	931-35	1054.
León VII.	937-39	Víctor II. Alemán. Hebeardo, del Condado
Esteban VIII.	939-42	de Dollnstein-Hirschberg. 16-4-1055, 28-
Marino II.	942-46	7-57.
Agapito II.	946-55	Esteban IX. Lorenés. Federico, del Ducado
Juan XII.	955-63	de Lorena. 3-8-1057, 29-3-1058.
León VIII.	963-64	Benedicto X. Romano. Juan. 5-4-1058, 24-1-
Benedicto V.	964	1059.
Juan XIII.	965-72	Nicolás II, de Borgoña. Gerardo. 24-1-1059,
Benedicto VI.	973-74	27-7-61.
Bonifacio VII (franco).	974	Alejandro II. Anselmo de Baggio (Milán).
Benedicto VII.	974-83	1-10-1061, 21-4-1073.
Juan XIV.	983-84	Honorio II, del Veroné, Cadaloo. 23-10-1061,
Bonifacio VII.	984-85-1072.
Juan XV.	985-96	San Gregorio VII, de la Toscana. Hildebran-
Gregorio V.	996-99	do. 22, 4, 30-6-1073, 25-5-1085.
Juan XVI.	997-98	Clemente III, de Parma. Wiberto. 25-6-1080,
Silvestre II de la Albornia. Gerberto. 2-4-999,		24-3-84, 8-9-1100.
12-15-1003.		Víctor III, beato, de Bevento. Desiderio.
Juan XVII. Romano. Segundo. 6-1003... 12-		24-5-86, 16-9-87.
1003.		Beato Urbano II. Francés. Otón de Lagerv.
Juan XVIII. Romano. Fasano. ...-1-1003; 7-		12-3-88, 29-7-99.
1009.		Pascual II, de Bieda (Rávena). Raniero. 13,
Sergio IV. Romano. Pedro. 31-7-1009, 12-5-		14-8-1099, 21-1-1118.
1012.		Teodorico. Obispo de Santa Rufina.-
Benedicto VIII. 18-5-1012, 9-4-1024.		1110-†-1102.
Gregorio VIII. 1012.		Alberto. Obispo de Sabina. 1102.
Juan XIX. Romano. 4-5-1024, 1 ...-1032.		Silvestre IV. Romano. Maginulfo. 8-11-1105,
Benedicto IX.-1032,-1044.	-1111.
Silvestre III. Romano. Juan. 20-1-1045, 10-		Gelasio II. De Gaeta. Juan Cayetano. 24-1,
20-1045.		10-3-1118, 28-1-1119.

- Gregorio VIII. Francés. Mauricio y Bourdino. 8-3-1118, ...-1121 †...?)
- Calixto II. Guido de Borgoña. 9-2-1119, 13-12-1124.
- Honorio II, de Fiagnano (Inola). Lamberto. 15, 21-12-1124, 13-2-1130.
- Celestino II. Romano. Teobaldo de Burcapesus. ...-12-1124.
- Inocencio II. Romano. Gregorio Papareschi. 14, 23-2-1130, 24-9-1143.
- Anacleto II. Romano. Pedro Petri Leoni. 14, 23-2-1130, 25-1-1138.
- Victor IV. Gregorio ...-3-1138, 29-5-1138 †...?
- Celestino II, de la ciudad del Castillo. Guido. 26-9, 3-10-1143, 3-3-1144.
- Lucio II. Boloñés. Gerardo Caccianemici. 12-3-1144, 15-2-1145.
- Beato Eugenio III, de Pisa. Bernardo, acaso del Paganelli, de Montemagno. 15, 18-2-1145, 8-7-1153.
- Anastasio IV. Romano. Conrado. 12-7-1153, 3-12-1154.
- Adriano IV. Inglés. Nicolás Breakstear. 4, 5-12-1154, 1-9-1159.
- Alejandro III, de Siena. Rolando Bandinell. 7, 20-9-1159, 30-8-1181.
- Victor IV. Octaviano, del Montecelio (Tivoli). 7, 9-4-10-1159, 20-4-1164.
- Pascual III. Guido de Cremá. 22, 26-4-1164, 22-9-1168.
- Calixto III. Juan, abad de Strumi (Arezzo). ...-9-1168, 29-8-1178.
- Inocencio III, de Sezze. Lando. 26-9-1176, ...-1180.
- Lucio III, de Luchesse. Ubaldo de Ayuocignoli. 1, 6-9-1181, 25-9-1185.
- Urbano III. Milanés. Uberto Cribelli. 25-11, 1-12-1185, 20-10-1187.
- Gregorio VIII. Benvento. Alberto de Morra. 21, 25-10-1187, 17-12-1187.
- Clemente III, Romano. Pablo Escolarís. 19, 20-12-1187, ...-3-1191.
- Celestino III. Romano. Jacinto Bobone. 30-3, 14-4-1191, 3-1-1198.
- Inocencio III. De Anagni. Lotario, del Condado de Segni. 8-1, 22-2-1193, 16-7-1216.
- Honorio III. Romano Cencio Savelli. 13, 24-7-1216, 18-3-1227.
- Gregorio IX, de Anagni. Hugolino, del Condado de Segni. 19, 21-3-1227, 22-8-1241.
- Celestino IV. Milanés. Godofredo Castighoni. 25, 28-10-1241, 10-11-1241.
- Inocencio IV. Genovés. Sinibaldo Fieschi. 25, 28-6-1243, 7-12-1254.
- Alejandro IV, de Anagni, del Condado de Segni. 12, 20-12-1254, 25-5-1261.
- Urbano IV, de Troya. Jacobo Pantaleón. 29-8, 4-9-1261, 2-10-1264.
- Clemente IV. Francés. Guido Fulcodi. 5, 15-2-1265, 29-11-1268.
- Beato Gregorio X. De Piacenza. Tedaldo Visconti. 1-9-1271, 27-3-1276, 10-1-1276.
- Beato Inocencio V. De Saboya. Pedro de Tarantasia. 21-1, 22-2-1276, 22-6-1276.
- Adriano V. Genovés. Ottobono Fieschi. 2-7-1276, 18-8-1276.
- Juan XXI. Portugués. Pedro Juliano y comúnmente P. Hispano. 3, 20-9-1276, 20-5-1277.
- Nicolás III. Romano. Juan Cayetano Orsini. 25-11, 26-12-1277, 22-8-1280.
- Martín IV. Francés. Simón de Brion. 22-2, 23-3-1281, 28-3-1285.
- Honorio IV. Romano. Jacobo Sabelli. 2-4, 20, 5-1285, 3-4-1287.
- Nicolás IV de Ascoli. Girolamo Massi. 22-2-1288, 4-4-1292.
- San Celestino V. de Isernia. Pedro del Moro. 5-7, 29-8-1294, 13-12-1294, † 19-5-1296.
- Fué canonizado en 5-5-1313.
- Bonifacio VIII. De Anagni. Bendito Cayetano. 24-12-1294, 23-1-1295, 2-10-1303.
- Beato Benedicto XI. De Treviso. Nicolás Boccasini. 22, 27-10-1303, 7-7-1304.

- Clemente V. Francés. Beltrán de Got. 5-6, 14-11-1305, 20-4-1314.
- Juan XXII. De Cahors. Jacobo Duese. 7-8, 5-9-1316, 4-12-1334.
- Nicolás V. De Corbaro (Rieti). Pedro Rainalluci. 12, 22-5-1328, 25-8-1330, 16-10-1333.
- †.
- Benedicto XII. Francés. Jacobo Fournier. 20-12-1334, 8-1-1335, 25-4-1342.
- Clemente VI. Francés. Pedro Roger. 7, 19-5-1342, 6-12-1352.
- Inocencio VI. Francés. Esteban-Aubert. 18, 30-12-1352, 12-9-1362.
- Beato Urbano V. Francés. Guillermo de Grimoad. 28-9, 6-9-1362, 19-12-1370.
- Gregorio XI. Francés. Pedro Roger de Beau fort. 30-12-1370, 5-1-1371, 26-3-1378.
- Urbano VI. De Nápoles. Bartolomé Prignano. 18-4-1378, 15-10-1389.
- Bonifacio IX. De Nápoles. Pedro Tomaselli. 9-11-1389, 1-10-1404.
- Inocencio VII. De Sulmona. Cosme Migliorati. 17-10, 11-11-1404, 6-11-1406.
- Gregorio XII. Veneciano. Angel Correr. 30-11, 19-12-1406, 4-7-1415.
- Clemente VII. Roberto. Condado de Ginebra. 20-9, 31-10-1378, 16-9-1394, en Avignon.
- Benedicto XIII. Aragonés. Pedro de Luna. 28-9, 1-10-1394, 23-5-1423, en Avignon.
- Alejandro V. De la isla de Creta. Pedro Fialargo. 26-6, 7-7-1409, 3-5-1410, en Pisa.
- Juan XXIII. De Nápoles. Baltasar de la Cossa. 17, 25-5-1410, 29-5-1415, en Pisa.
- Martín V. Romano. Odón Colonna. 11, 21-11-1417, 20-12-1431.
- Eugenio IV. Veneciano. Gabriel Condulmer. 3-11, 3-1431, 23-2-1447.
- Félix V. De Saboya. Amadeo, duque de Sa-drati. 5, 8-12-1590, 16-10-1591.
- Nicolás V. De Sarzana. Tomás Parentucelli. 6, 19-3-1447, 24-3-1455.
- Calixto III. De Játiva (Valencia). Alfonso de Borja. 8, 20-4-1455, 6-8-1458.
- Pío II. De Siena. Eneas Silvio Piccolomini. 19-8, 3-9-1458, 15-8-1464.
- Paulo II. Veneciano. Pedro Barbo. 30-8, 16-9-1464, 26-7-1471.
- Sixto IV. De Sabona. Francisco de la Robe-ra. 9, 25-8-1471, 12-8-1484.
- Inocencio VIII. Genovés. G. B. Cibo. 29-8, 2-9-1484, 25-7-1492.
- Alejandro VI. De Játiva (Valencia). Rodrigo de Borja. 11, 26-8-1492, 18-8-1503.
- Pío III. De Siena. Francisco Todeschini Piccolomini. 22-9, 1, 8-10-1503, 18-10-1503.
- Julio II. De Sabona. Juliano de la Rovera. 31-10, 26-11-1503, 21-2-1513.
- León X. Florentino. Juan de Médicis. 9, 19-3-1513, 1-12-1521.
- Adriano VI. De Utrech. Adriano Florensz. 9-1, 21-8-1522, 14-9-1523.
- Clemente VII. Florentino. Julio de Médicis. 19, 26-11-1523, 25-9-1534.
- Paulo III. Romano. Alejandro Farnesio. 13-10-3-11-1534, 10-11-1549.
- Julio III. Romano. G. M. Cioocchi del Monte. 7, 22-2-1550, 23-3-1555.
- Marcelo II. De Montepulciano. Marcelo Cer-vini. 9, 10-4-1555, 1-5-1555.
- Paulo IV. De Nápoles. Gian Pedro Caraga. 23, 26-5-1555, 18-8-1559.
- Pío IV. Milanés. Juan Angel de Médicis. 25-12-1559, 6-1-1560, 9-12-1565.
- San Pío V. De Bosco (Alejandría). Antonio (Miguel) Ghisleri. 7, 17-1-1566, 1-5-1572 (fué beatificado el 27-4-1672; fué canoni-zado el 22-5-1712).
- Gregorio XIII. Boloñés. Hugo Boncompagni. 13, 25-5-1572, 10-4-1585.
- Sixto V. De Grottammare (Ripatransoni). Félix Pereti. 24-4, 1-5-1585, 27-8-1590.
- Urbano VII. Romano. G. B. Castagna. 15-9-1590, 27-9-1590.

- Gregorio XIV. De Cremona. Nicolás Sfondrati. 5-12-1590, 16-10-1591.
- Inocencio IX. Boloñés. C. Antonio Acchincti. 29-10, 3-11-1591, 30-12-1591.
- Clemente VIII. Florentino. Hipólito Aldobrandini. 30-1, 9-2-1592, 3-3-1605.
- León XI. Florentino. Alejandro de Médicis. 1, 10-4-1605, 27-4-1605.
- Paulo V. Romano. Camilo Borghese. 16, 29-5-1605, 28-1-1621.
- Gregorio XV. Boloñés. Alejandro Ludovisi. 9, 14-2-1621, 8-7-1623.
- Urbano VIII. Florentino. Maffeo Barberini. 6-8, 29-9-1623, 29-7-1644.
- Inocencio X. Romano. G. B. Pamphilj. 15-9, 4-10-1644, 7-1-1655.
- Alejandro VII. De Siena. Fabio Chigi. 7, 18-4-1655, 22-5-1667.
- Clemente IX. de Pístola. Julio Rospigliosi. 20, 26-6-1667, 9-12-1669.
- Clemente X. Romano. Emilio Altieri. 29-4, 11-5-1670, 22-7-1676.
- Inocencio XI. De Como. Benedicto Odescalchi. 21-9, 4-10-1676, 12-8-1689.
- Alejandro VIII. Venancio. Pedro Ottoboni. 6, 16-10-1689, 1-2-1691.
- Inocencio XII. De Nápoles. Antonio Pignatelli. 12, 15-7-1691, 27-9-1700.
- Clemente XI. De Urbino. G. Francisco Albani. 23, 30-11, 8-12-1700, 9-3-1721.
- Inocencio XIII. Romano. Miguel Angel del Condado. 8, 18-5-1721, 7-3-1724.
- Benedicto XIII. Romano. Pedro Francisco (Vicente María Orsini. 29-5, 4-6-1724, 21-2-1730.
- Clemente XII. Florentino. Lorenzo Corsini. 12, 16-7-1730, 6-2-1740.
- Benedicto XIV. Boloñés. Próspero Lambertini. 17, 22-8-1740, 3-5-1758.
- Clemente XIII. Veneciano. Carlos Rezzonico. 6, 16-7-1758, 2-2-1769.
- Clemente XIV. De San Arcángel (Rimini). G. Vicente Antonio (Lorenzo) Ganganelli. 19, 28-5, 4-6-1769, 22-9--1774.
- Pío VI. De Cesena. G. Angel Braschi. 15, 22-2-1775, 29-8-1799.
- Pío VII. De Cesena. Bernabé (Gregorio Chiaromonti). 14, 21-3-1800, 20-8-1823.
- León XII. De Genga (Fabriano). Aníbal de la Genga. 28-9, 5-10-1823, 10-2-1829.
- Pío VIII. De Cingoli. Francisco Saverio Castiglione. 31-3, 5-4-1829, 30-12-1830.
- Gregorio XVI. De Belluno. Bartolomé Alberto (Mauro) Cappellari. 2, 6-2-1831, 1-6-1846.
- Pío IX. De Senigallia. Juan M. Mastai Farnetti. 16, 21-6-1846, 7-2-1878.
- León XIII. De Carpineto (Anagni). Joaquín Pecci. 20-2, 3-3-1878, 20-7-1903.
- B. Pío X. De Riese (Treviso). José Sarto. 4, 9-8-1903, 20-8-1914. (Fué beatificado el 3-6-1951.)
- Benedicto XV. Genovés. Santiago della Chiesa. 3, 6-9-1914, 22-1-1922.
- Pío XI. De Desio (Milán). Aquiles Ratti. 6, 12-2-1922, 10-2-1939.
- Pío XII. Romano. Eugenio Pacelli. 2-12-3-1939. Felizmente reinante.





"Bailando hasta la cruz del Sur"

POR RAFAEL GARCÍA SERRANO

Historia de los Coros y Danzas de España

PRIMERA ETAPA

(Continuación)

DATOS QUE CONVIENE CONOCER

(El «Monte Ayala» es el gemelo del «Monte Albertia», y aún les quedan a ambos otros cinco hermanitos danzando por el mundo, eso sin contar al que murió a manos de los submarinos alemanes. Como suele ocurrir entre mellizos, unos salen más guapos que otros. El «Ayala» está mejor acondicionado que el «Albertia». La cámara es mayor, los camarotes tienen una más cuidada distribución y la radiogramola funciona. No falta tampoco el piano, pero, en cambio, la llave está guardada en el puente y si uno quiere improvisar arpegios clandestinos tiene que

comenzar por descubrir sus instintos musicales delante de un severo oficial de la Mexcante. Hay una red de altavoces que nos hará escuchar a todos la orden precisa o «Noche de ronda», pongo por ejemplo de canción de moda, sin duda porque ésta era la que iba a la cabeza en el «Albertia». El micrófono, por regla general, lo controla el tercero. Pero todavía no conozco al tercero. Bien. Apuntemos algún dato técnico de esos que siempre hacen bonito.

Recuerdo que me reía al escribir esta parte de la crónica. Yo me salto siempre los datos técnicos. Me aburren. Prefiero decir que

sobre las tablas de navegación había una novela del Oeste o un búcaro con flores mustias o un paquetillo de «Chester». Pero a mi director los datos técnicos, precisos, irrefutables, le enajenan. Y en el fondo uno escribe para su director, para cuatro amigos del periódico, otros cuatro de fuera y una muchacha. Pero claro, hay que dar al director lo que es del director y a la muchacha lo que es de la muchacha. Así que, aun sonriendo, apunté los datos que ustedes leerán a continuación.

El «Monte Ayala» tiene tres mil novecientas toneladas, ciento ocho metros de eslora, catorce de manga, ocho con sesenta de puntal y veinte años. Su andadura viene a ser de diez millas la hora, o sea, unas doscientas cuarenta al día. Los puertos que tocará, por este orden, serán ocho: Willemstad, Curaçao, Callao, Valparaíso, Guayaquil, Cartagena, Barranquilla y La Guaira. Bilbao se coloca en uno y otro extremo, una vez en septiembre y otra con olor de Navidad sobre el mundo entero. La navegación más larga es la de Bilbao a Curaçao, con 3.900 millas y la más corta la de Cartagena a Barranquilla, con sesenta y dos. El total del viaje nos permitirá coleccionar unas quince mil millas larguitas. Esto es, pensaba yo.

Pero la verdad que no fué así. Fueron más millas y más puertos. Fueron más de tres meses, casi seis. Fueron muchas aventuras. Ahora, al recapitular, de regreso, mientras voy tomando notas, creo que el «Ayala» no tiene tres mil novecientas toneladas, ni ciento ocho metros de eslora, ni tiene, etc., etc., todo lo señalado con tanta atención por mi primera crónica. El «Ayala» es un barquito guerrillero, valiente y alegre, que tiene lo que le da la gana y no lo que le proyectaron en la salida de gálibos. Después de todo nació para el cabotaje —menudo palacio—, hizo

la guerra y luego se vió metido en la navegación de altura, luego se vió vestido de trasatlántico. Más tarde personificó una carabela del descubrimiento. Pero, bueno, esto es aparte...)

REVISTA DE DANZARINAS

Las palabras de Raimundo fueron breves, precisas, emocionantes. El Secretario General se refirió a la amplia tarea de la Sección Femenina, y de un modo singular a este crucero que va a alzar nostalgias imbatibles en el corazón de los españoles de la América Hispana. «En la diversidad de sus danzas —decía Raimundo—, el alma será la que cante la unidad de España.»

Como el pasado año, cuando el viaje inicial del «Monte Albertia», los grupos elegidos son once. Ninguno se ha repetido, e incluso alguna participación regional ha sido disminuída en beneficio de una mayor variedad. Andalucía y Galicia este año solamente van representadas por una provincia, en contra de las dos del anterior.

Cuando Raimundo ponía como modelo a las chicas del «Albertia», me gustaba a mí recordar a todas y cada una de las muchachas que abrieron el camino a las danzantes peregrinaciones hispánicas, por su ejemplar camaradería, por su buen ánimo, por la disciplina con que aguantaron incomodidades, por la alegría con que supieron ver un costado del mundo, por la entera y verdadera dignidad española y cristiana con que siempre se comportaron. «Bailáis como rezáis», les dijo un capellán de la Córdoba argentina. Eran de Vigo, La Coruña, Asturias, Bilbao, Logroño, Zaragoza, Lérida, Cáceres, Sevilla, Málaga y Canarias.

Me embalé en los recuerdos y hasta hice partícipe de ellos a alguien que comía a mi lado.

Varias se han casado. Una, por poderes, con un argentino. Otra con un agregado del barco. Otra suele recibir llamadas telefónicas desde Buenos Aires; otra, desde Río de Janeiro, y eso ya se sabe en qué suele acabar...

—Por lo menos es una cuenta horrosa.

—Claro, claro... Eran guapas, simpáticas, buenas.

Nos levantamos de la mesa. Por si las moscas, anoté en mi libreta: «Saludar a las chicas del año pasado. Desde la borda, al salir. Pirotecnia sentimental y rememorativa.» En los comienzos de un viaje anoto muchas cosas. Luego lo voy dejando, lo voy dejando, y al final regalo la libretita en que pensaba llevar cuenta de las impresiones con precisión cronométrica. Barzini era partidario de no apuntar nada. Pero Barzini era Barzini.

Salimos. Desde el mediodía el cielo había despejado notablemente. Algunas nubes negras y lejanas trataban de seguir metiéndonos miedo con la posibilidad de una tormenta. Zuazagoitia, Manolo, Valdés y yo nos sentamos en la escalinata de acceso al Preventorio. Desde luego que nada puede compararse a una sobremesa con estas gentes bilbaínas, sobre todo si Bilbao forma en torno a los cigarrillos y dialogales casi como una parada. Entonces desfilan la historia grande y la pequeña, la historia sin secretos, y los secretos de esa historia, las aventuras, los amores, las quiebras, los títulos, los apellidos, las intrigas, los ingleses y los belgas, el aroma de la ría, el viejo Bilbao, el Bilbao actual, el esplendoroso y futuro Bilbao. Me recuerdan estos bilbaínos a esos tercios pioneros que los Estados Unidos nos sirven en sus películas, los fundadores de ciudades, los constructores de ferrocarriles, los inventores de provincias enteras, para

demostrarnos que ellos son la flor y nata del Universo, *the best in the world*. Pues estos bilbaínos son de lo mejor de España, lo cual ya constituye un franco caso de nepotismo por parte de la Divina Providencia. Piensan en su ciudad y en su patria como en una comarca virgen. En cada ración colocan una industria, o un jardín, o un hermoso recuerdo, algo que lo valore, que le renueve la vida, que lo perfeccione, que lo haga bello, útil y rentable a un tiempo. Y después de estudiar las causas de una crisis financiera, citan un verso de Bastera, otro de Sánchez Mazas, y las más de las veces un verso propio.

Las chicas andaban por allí haciendo las primeras fotografías del viaje. Unas y otras se desconocían, pero eso importaba poco. De todos modos se las veía agruparse por provincias, por clanes, por compañías, y solamente en algún gesto —y en aquel «Cara al sol» iniciado por el Ministro— se adivinaba el gran espíritu regimental, la gran alma falangista que las llamaba a todas. Entre sí, las diversas provincias se agrupaban, no por tecto fronterizo, sino al contrario, por misteriosas afinidades que en la lejanía jugaba por todo lo alto. Recordaba yo que el año anterior Bilbao y Sevilla se llevaban tan bien como Málaga y Coruña, y este año en Garranta, horas antes de emprender la primera singladura, San Sebastián y Córdoba ya estaban juntas.

Las chicas eran distintas en muchas cosas. Cada cual conservaba su personalidad con un ademán altanero, casi hosco, como diciendo: «No me rindo a la masa, no me fundo con nadie ni con nada». Cada traje, cada sonrisa, cada manera de andar, de hablar, de mirar, de sonreír, era una bandera, algo izado sobre una persona como una tremenda, corsario en irrevocable definición. Las chicas de la Falange tienen mucha personali-

dad. Yo diría, si fuera correcto decirlo, que llevan sus valores eternos hasta en el jersey.

—Y hay algunas fracamente guapas.

Zuazagoitia y Manolo Valdés, como buenos bilbaínos, saben mucho, trabajan bastante, cuentan las cosas con gracia, se preocupan de política, de economía, de literatura, de lo divino y de lo humano y, además —en un capítulo que justamente pudiera colocarse entre lo divino y lo humano—, aprecian con claro entendimiento todos los matices de la belleza femenina.

—Ya lo creo, ya...

Eran chicas de Astorga, Torrelavega, San Sebastián, Huesca, Blanes, Baleares, Cieza, Córdoba, Badajoz y Segovia. Pontevedra seguía sin llegar. Las de Baleares, dieciséis chicas con su Delegada Provincial al frente, a más de un músico, estaban a bordo desde el sábado; Huesca y Blanes, desde el domingo temprano. En la mañana del lunes, con el tiempo justo para dejar sus trastos y subir a Gallarta, llegaron los grupos de San Sebastián y Torrelavega, los dos en autobús, por supuesto. Y en tren los de Astorga, Segovia, Córdoba, Badajoz y Cieza. Nadie podía prever a qué altura del plano ferroviario se encontraban las gallegas.

—Francamente monas.

Sonaban los distintos acentos y cada cual cantaba con su tonillo. Localizábamos las regiones.

—Qué chiquitas y qué bien visten las de Badajoz.

—Pues anda, que si hubiéseis visto a las de Cáceres en la Argentina... España progresa de un modo imparable. Hay que ver lo elegantes que iban las cacereñas. Antes de la guerra, Cáceres dormía incluso a la hora de los figurines...

Estando en esta y otras consideraciones,

el Ministro se despidió de Pilar y de todas las autoridades. Las chicas rodearon el coche. Iba Raimundo hacia el Pazo de Meirás, a Consejo. «Escribe mucho», me dijo. Luego Pilar ordenó la marcha hacia Begoña. Se aproxima la hora de partir. El Alcalde, Valdés y yo encabezábamos la caravana y esperamos a los autobuses en el atrio de la Basílica, bajo los árboles que vieron el aurra-ku de saludo al regreso de la Argentina. Se me acercaban colegas, amigos, camaradas, perfectos desconocidos, todos cargados de la misma cordialidad.

—Hombre, mira, si no te molesta, te voy a dar una tarjetita para fulano de tal, en Santiago...

O en Lima, o en Trujillo, o en Valparaíso, o en Guayaquil, o en donde fuese, sin tener en cuenta las anunciadas escalas del barco.

—¿Usted es el enviado del *Arriba*?

—Pues sí, de momento...

—Le voy a molestar con una petición. Verá, yo soy...

—Sí, sí. ¿Quiere que le lleve una tarjetita? Venga; ¿para dónde?

—Para San Juan de Puerto Rico...

—¡Huy!, quién sabe. Usted tómelala, y si van, bien, y si no, santaspascuas.

—Bueno, bueno, démela; por mí...

—Gracias.

Al rato tenía tarjetitas para San Juan, para Cuba y Panamá, para Santo Domingo y Haití, para Guatemala, Honduras, Bolivia y Paraguay. Luego de la Salve, ya tomando el coche que debía llevarme al muelle, se me acercó un señor muy correcto, muy pulido y muy limpio. Su hongo fué el primero que vi en todo el verano. Me sentí inclinado a concederle lo que pidiera. Llevaba una per-

la en la ancha corbata gris de nudo muy grueso, y hubiera jurado —antes de oírle hablar— que era argentino. Me abordó con énfasis protocolario que me hizo creerme persona importante, importantísima. Después, seguro de sí mismo, francamente satisfecho de haberse escuchado, el caballero pidió:

—Sea usted tan amable y entregue esta tarjetita en la dirección indicada. Van mis saludos. Por supuesto, como periodista le interesará mucho. Le servirá grandemente en los Estados Unidos...

—Pero, señor, si no vamos a los Estados Unidos...

—Nunca se sabe dónde se va. Se sabe que se parte y nada más. A veces, ni eso; créame, joven.

Me alargó la tarjeta. Creí que sus ojos brillaban extrañamente. Por si acaso, cogí la tarjeta.

—Pues nada, descuide usted, que si tengo ocasión lo haré encantado.

—Muchas gracias. Esté seguro de que a mí me hace un favor, y usted puede apuntarse un tanto en la carrera.

Me llamaron desde el coche.

—Venga, Rafael, date prisa, que es tarde...

Subí apresuradamente. Alcancé a ver el sombrero que el caballero del hongo me dedicaba. Era un sombrero a la Reina Victoria en el día de su jubileo. No se qué demonios me preguntaron, y con la conversación se me fué de la memoria el caballero de la tarjeta. Pero al llegar al muelle me la encontré en la mano. Distraidamente la eché un vistazo. Estuve a punto de caer desvanecido. La dirección indicaba:

«Rita Hayworth. 1438 North Gower Etree, Hollywood 28».



MODERNISMO

POR CARMEN BRAVO-VILLASANTE



ASI contemporáneo del movimiento espiritual de la generación del 98 es el modernismo, introducido en España por Rubén Darío, poeta hispanoamericano, nacido en Nicaragua.

La trascendencia del influjo de Rubén Darío hace que estudiemos a éste entre los poetas españoles, ya que también escribe en la misma lengua y parte de su vida la pasó en España. El modernismo es de origen francés derivado de la escuela parnasiana con Leconte de Lisle, Rostand, Verlaine y Bandelaire.

Rubén, muy al tanto de la literatura francesa, como buen hispanoamericano, recibe con entusiasmo las corrientes de París. Lector asiduo de Zorrilla, Núñez de Arce y Campoamor, de los que a veces copia la versificación sonora y ampulosa, Rubén, al contacto con los ritmos nuevos y la musicalidad de la poesía francesa, logra un estilo «fin de siglo» español de fecundos hallazgos. Renueva la métrica, introduce nuevas formas, como el ale-

jandrino que hasta ahora era exclusivamente francés, usa acentuaciones poco usadas y combinaciones estróficas casi desconocidas.

Rubén representa en poesía el movimiento esteticista que tuvo lugar en casi toda Europa; en Inglaterra anticipándose con los periafaelistas y wildeanos, en Francia, como ya hemos visto, con el Parnaso y en Italia, algo rezagado como en España; con la exclusiva de D'Annunzio.

El modernismo es sensualista y exalta en brillantes imágenes las bellezas decorativas de la naturaleza y el arte. Así como para los hombres de la generación del 98 lo principal es la idea, para los modernistas todo se sujeta a la sensación.

Tanto la poesía como la pintura, la escultura o la música, tratan de fundirse en una sola expresión artística reuniendo en sí misma todas las artes.

La poesía es pintura en tanto que es colorista, y es música también mientras conserva las cadencias rítmicas de resonancias in-

acabables. Asimismo, es arquitectura o escultura en cuanto se hace plástica y adquiere bulto y relieve.

Vemos a los artifices poetas del modernismo trabajar el lenguaje para lograr estos efectos. La nueva ciencia de la estilística, en sus estudios sobre estilo y el lenguaje, ha estudiado cómo los poetas modernistas colocan los adverbios y se sirven del adjetivo y del nombre para lograr nuevas sonoridades o efectos de lejanía e imprecisión. Una palabra aislada en medio de una estrofa puede ser el toque impresionista que pretende dar la nueva poesía.

Los temas del modernismo rubeniano también provienen de la poesía francesa, aunque todos lleven el sello de una naturaleza fogosa y tropical. Rubén canta a la musa de carne y hueso, exalta la vitalidad pánica que rige el universo, y se siente panteísta, con un lirismo universal y wagneriano, en amplios poemas sinfónicos. Cisnes decorativos cruzan sus estanques en jardines autumnales; ardientes sueños eróticos, estios deslumbradores y el amor lujurioso de ninfas y sátiros alterna con el arrepentimiento y los cilicios del monje que medita sobre la calavera.

Pajes, princesas, abates, personajes de un cuadro de Watteau, dan un sello decadente a esta poesía, que embellece los vicios refinados de una sociedad cosmopolita.

«Rosas protanas», «Cantos de vida y esperanza», representan el predominio de la forma sonora sobre la idea, del colorismo y la musicalidad verbal. Con todo, Rubén, al contacto con el sobrio y recio pensamiento español, adquiere preocupaciones nuevas, que expresa con potente entusiasmo y vigor renovado en su «Salutación del optimista» y en la arrogante «Oda a Roosevelt». Muy interesante es el estudio crítico que Pedro Sa-

linas ha escrito sobre la Poesía de Rubén Darío.

Entre los modernistas más destacados, merecen una mención especial Francisco Villaespesa, que tiende hacia un orientalismo colorista y fácil, y Salvador Rueda, canario, metafórico y sensual, en cuya poesía meridional se nota la embriaguez de las palabras rebosantes. Y *Ranón del Valle Inclán*, personalidad extravagante y esperpéntica, de extraordinario valor en las letras hispanas.

Valle Inclán, contemporáneo de los de la generación del noventa y ocho, amigo, unas veces, enemigo, otras, pues su genio versátil le procuró muchas enemistades y escándalos, escribe en una prosa modernista, atento a la forma sobre todo y a los efectos sonoros de la palabra. Como su conocido personaje de las Sonatas, el marqués de Bradomin, encuentra disculpa para su cinismo en la expresión de la forma bella. Valle Inclán cincela las frases de su prosa como un artífice preciosista que busca los destellos del metal que trabaja cuidadosamente, atento a las mejores calidades.

Como Gautier, en sus «Esmaltes y camafeos», tan admirado por todos los escritores modernistas, labra joyas literarias de incalculable valor, aunque a veces, pocas, predomine el mal gusto.

«Femeninas», «Corte de amor», «Cofre de Sándalo», «Jardín novelesco», «Historias perwersas» son los títulos, muy fin de siglo y modernistas, de algunas de sus obras.

Los temas valleinclanescos son los mismos de Rubén Darío, todos teñidos de un marcado erotismo no exento de misticismo funeral y trágico. En el desenvolvimiento de este escritor se observa una tendencia al expresionismo que es una de las constantes del genio español. (Recuérdense los sueños ex-

presionistas de Quevedo, las pinturas negras de Goya.)

En la serie de «El ruedo Ibérico», que trata de temas españoles, lo caricaturesco y desorbitado marcan la cumbre de este expresionismo.

Noveló Valle Inclán la guerra civil del XIX en tres novelas históricas que tituló «La guerra carlista»; Valle se puso del lado del carlismo, quizá por encontrarlo más bello y decorativo, ya que resumía las glorias del pasado y todas las ideas tradicionales aureoladas de misterio y fantasía, tan del gusto del modernismo. Escribió un libro de poesías: «La pipa del Kif», muy original, aunque poco conocido.

Melchor Fernández Almagro ha escrito un importante estudio crítico y biográfico acerca de Valle titulado «Vida y literatura de Valle Inclán». Junto a la generación del 98 y el movimiento modernista, se destaca aislada una figura a la que se hace imposible agrupar con nadie. Nos referimos a *Miguel de Unamuno* (1864-1936). Este tiene de común con el 98 la preocupación por España. Con el modernismo nada, si no es el ansia renovadora, que une a todos los contemporáneos, aunque vayan por distintos caminos. Individualista e independiente, desprecia la forma bella que el modernismo busca con ahínco y va tras una belleza ideal del espíritu, al modo de Machado. En Unamuno, según ha expresado muy bien Angel del Río en su «Historia de la literatura», está el ejemplo más vivo del español en lucha consigo mismo, agitado por una continua contradicción, por las antiguas y nuevas corrientes. Unamuno antes que un escritor es un hombre que siente y padece los problemas patrios, al que le «duele España», como le puede doler el corazón, porque forma parte de su ser. Busca remedio a los males españoles

y cree encontrarlos en una más profunda españolaización de nuestra tierra (véanse «Andanzas y visiones españolas» y «Por tierras de Portugal y de España»). Frente a la tendencia europeizante que propugna Ortega y Gasset, Unamuno cree que la salvación está en sumergirse en la raigambre española, e incluso propone una original consigna: «Hay que españolizar a Europa». Aconseja beber en las fuentes de la tradición, predica la vuelta a lo popular eterno que nos llega desde la Edad Media, vuelve la vista al Séneca romano y cordobés, que también inspiró a Ganivet. El estoicismo ibérico aliado al cristianismo heroico es el fundamento, el «tuétano», como él decía con expresión muy de su gusto, de nuestra manera de ser. Unamuno, que es «todo un hombre», como el personaje aquel que da título a su comedia, advierte a los españoles que atiendan a lo eterno, a la salvación del alma, que se ocupen de lo verdadero, y desdeñen las frívolas apariencias y la vanidad diaria. Demasiado humano, sin embargo; Unamuno no se recata de su ansia de imponer su propia personalidad, y en este sentido peca de soberbia, de una soberbia desmedida que busca tanto el elogio como la censura, antes que la indiferencia de sus contemporáneos. Ególatra, y desmedido en su afán de dominio, aunque nunca pierda la ejemplaridad, Unamuno logra lo que quiere e impone su enorme personalidad sobre sus contemporáneos y las últimas generaciones.

Desempeñó Unamuno la cátedra de griego en la Universidad de Salamanca, y desde allí ejerció su magisterio sobre toda España escribiendo multitud de ensayos que se han hecho famosos. «Contra esto y aquello» es el título, bajo el que se agrupan los ensayos en torno de España, sus virtudes y sus defectos. El ensayismo es una forma muy en consonancia con el espíritu unamuniano, y, en general, con todos los hombres de principio de siglo.

El ensayo se presta por su brevedad a que en él se traten toda clase de temas y sugerencias. El fragmentarismo del espíritu moderno encuentra mejor molde en el ensayo, que no compromete ni obliga tanto como un libro.

Unamuno escribió ensayos sobre el teatro español del Siglo de Oro, sobre la educación de la mujer, la enseñanza universitaria, la lectura de los clásicos y los grandes maestros extranjeros. Todos están llenos de observaciones atinadísimas y en ellos predomina la visión humana del autor que trató siempre de vivificar hasta los temas eruditos. Uno de los libros más importantes de Unamuno, dentro del ensayismo, son sus «Comentarios a la vida de Don Quijote y Sancho». Aquí Unamuno, página tras página, va interpretando «El Quijote» de manera diferente a como hasta ahora se había hecho. Ve en ambos personajes un símbolo, no sólo del pueblo español, sino de la humanidad entera, con su idealismo quijotesco y su realismo de la vida diaria. Da la razón a Don Quijote, al que no ve como un loco, sino muy cuerdo y consciente de todos sus actos. Señala el contagio que ambos personajes, a medida que transcurre la narración, sufren el uno del otro; como Don Quijote adquiere rasgos de la filosofía sanchopancesca y cómo el escudero se quijotiza y al final de la obra tiene más ilusiones que su amo. Cree Unamuno que «El Quijote» es una obra muy triste, aunque haya hecho reír a todos nuestros antepasados, y la propone a la meditación de todos los españoles como estímulo idealista y enseñanza de conducta. En estos comentarios, Unamuno considera la realidad de los sueños más importante que la realidad misma.

Hondamente preocupado por el misterio del más allá y por todo lo sobrenatural, Unamuno se debate por hallar solución a todas sus preguntas. Halla impotente a la razón para resolverle sus dudas y cavilaciones y tam-

poco quiere conformarse con lo que él llama «la fe del carbonero». En esta situación de incertidumbre, sus afanes religiosos le hacen estar al borde de la herejía. Hay quien interpreta que esta actitud es muy del gusto de Unamuno y que realmente no hace nada por resolverla, ya que se encuentra entre la fe y la negación muy en su elemento. No creemos nosotros que esto sea cierto. Aunque indudablemente no se propone ni sigue un método auténticamente filosófico para resolver sus dudas, Unamuno, como Pascal y otros muchos espíritus, es un hombre «agónico» por naturaleza (usamos agonía con el mismo sentido etimológico de lucha que lo usó él). Dos principios combaten dentro de él, ambos auténticos: la fe dogmática y el espíritu crítico de la inteligencia educada en el racionalismo.

«El sentimiento trágico de la vida» y «La agonía del cristianismo» son los libros más representativos de esta angustia unamunesca. Es cierto que Unamuno, aconsejando a los jóvenes esta contradicción permanente, que debía tenerlos en una tensión eficaz para la vida, fué quizá demasiado lejos. Temía de tal modo Unamuno la inquietud acomodaticia, que siempre creyó que la firme creencia en una doctrina o en una idea fatalmente tenía que conducir al adormecimiento de la persona. En este sentido es como interpretan a Unamuno los que piensan que rehuía las soluciones para no quedarse sin el acicate de su eterna contradicción.

Escribió Unamuno novelas muy personales, como todo lo suyo, donde aparecen personajes terriblemente dominantes y obsesionados por un deseo o una idea: así sus madres con un instinto de maternidad, que raya en lo anormal («Amor y Pedagogía», «Una madre»).

En «Niebla», novela o «nivola», como él llama a esta obra Unamuno, vuelve a tratar

el tema que tanto le preocupó en sus comentarios a la vida de Don Quijote: los límites, y si los hay, entre la realidad y la ficción. Independiza a sus propios personajes, como en la obra pirandelliana («Seis personajes en busca de un autor»), que van a visitarle para pedirle cuenta de sus vidas. La ficción es tan real como la realidad misma, y valga la paradoja unamunesca, a veces más. Unamuno, como un Dios ante sus criaturas, tiene que justificar la obra de sus manos. La «nivola» está llena de intención filosófica y encierra un simbolismo.

Fué Unamuno un gran poeta, que a medida que pasa el tiempo es más estimado. Su poesía es recia y vigorosa, y aunque usa las formas clásicas siempre las da un tono personal y moderno que las hace inconfundibles.

Su principal poema es «El Cristo de Velázquez», con metáforas bellísimas y pensamientos profundos. A veces sus versos son duros, y toda la poesía tiene cierto prosaísmo, pero el conjunto es conmovedor e im-

presionante, que es lo que pretendió siempre el autor. El lenguaje de Unamuno refleja su personalidad. Gracias a sus preocupaciones filosóficas que le conducían a desentrañar el sentido de cada vocablo, a buscar la esencia de las palabras, Unamuno hace una obra de recreación del idioma. Introduce términos populares desconocidos, vivifica otros que permanecían en los textos clásicos griegos, latinos y de nuestra literatura, y usa un repertorio de voces nuevas de creación particular, que enriquecen la lengua. Véase el libro de Julián Marias «Unamuno» y el estudio del Padre Oromi, así como para todo este período, la «Literatura española siglo xx», de Pedro Salinas, la «Literatura española contemporánea», de Gonzalo Torrente Ballester, la «Historia de la literatura española», de A. Valbuena. Es conveniente confrontar los textos de estos libros para ver las distintas opiniones de los críticos y hacerse una opinión propia, ya que la literatura moderna está muy sujeta a gustos personales y con frecuencia sometida a grandes variaciones valorativas.



LIRICA



POR GERARDO DIEGO



MIRALA por dónde vuela... Vista y no vista, la saeta ya está aquí, se nos clavó en el oído, en la piel estremecida, en el corazón sorprendido. Porque ésta no es la saeta pagana, zodiacal, que voló desde el arco tenso del Sagitario, dejando un zumbido musical en la cuerda vacante del Centauro inmenso. Esta es la saeta cris-

tiana, la hermana de la golondrina abriñeña y morada, la adversaria y vengadora de los siete puñales que acribillan el manto de la Dolorosa. Saetas de la devoción popular, voladoras en la noche del Jueves Santo, desde los labios de la serrana asomada al balcón, desde la boca del preso agarrado a los barrotes de la reja hasta las mejillas lívidas de Nuestro Padre

Jesús o de Nuestra Madre la Virgen de la Esperanza. Encendida, llameante, ronca y patética voz de la poesía y de la música cristiana de Andalucía. Y por contagio de Andalucía, de toda España y de todas las Españas. Saetas en Castilla la Vieja y en Aragón, en los archipiélagos españoles y en las ciudades virreinales de Ultramar. Saetas que se disparan no se sabe cómo, que interrumpen el murmullo y el ritmo del paso procesional y que se escuchan en la soledad infinita de cada alma como una queja tiernísima que pide un hueco para padecer y ser consolado a la vera de los más sublimes dolores.

Saetas de Andalucía, sí. Pero no sabemos todavía hasta qué punto la saeta nació —flor de penitencia y ahinco de contrición— precisamente en tierras del Sur. Resulta sorprendente que la primera mención de que tenemos noticia, de que tengo noticia yo al menos, provenga de un libro impreso, sí, en Sevilla, pero alusivo al vuelo de la saeta por cielos de Nueva España. El hallazgo no es mío, sino de don Francisco Rodríguez Marín, cuyos papeles póstumos guardan entre tanto tesoro de lectura anotada esta referencia. El franciscano fray Antonio de Ezcaray, en su libro contra los escotes y otras profanidades, titulado *Voces del Dolor*, impreso en Sevilla en 1691, dice que en Méjico salían a medianoche él y otros frailes a echar saetas por la ciudad. Y añade: «Mis hermanos, los reverendos padres del convento de nuestro padre San Francisco, todos los meses del año, el domingo de Cuerda por la tarde hacen misión, bajando la comunidad a andar el «Vía Crucis» con sogas y coronas de es-

pinas, y entre paso y paso cantan saetas, y después hay sermón.» Tenemos, pues, ya saetas emigradas a América en pleno siglo xvii. Las oíría desde su convento Sor Juana Inés de la Cruz, y de los franciscanos españoles aprenderían a cantarlas los criollos y los indios devotísimos de Méjico, de Santa Fé de Bogotá y de Lima.

De pocos años más tarde datan ya algunas hojas sueltas impresas en el siglo xviii con las «Saetas espirituales que los padres predicadores apostólicos de la religión seráfica de nuestro padre San Francisco van cantando por las calles en las misiones que hacen por toda España con orden de Su Santidad». Se ve, pues, que saeta primitiva, penitencial, no es privativa de Andalucía. Por toda España y por todas sus Indias se cantan ya procesionalmente saetas ascéticas en forma de coplas, de tercetillos que van derechos a su finalidad misional:

*Confiésate, pecador,
que cuando más descuidado,
puedes morir en pecado.*

*Doblada condenación
merecerá tu pecado
en la confesión callado.*

Sin embargo, los escritores andaluces reivindicaron para su tierra que es «La tierra de María Santísima», título de un libro de Más y Prat, la solera divina y poética de la saeta. «Las saetas del pecado mortal —dice este autor—, recomendadas por el reglamento de la Hermandad de María Santísima de la Esperanza, se cantaban en Andalucía, al mismo tiempo que los trovos de los campanilleros. Los señores her-

manos debían echar algunas saetas que en verso breve encierren un aviso moral capaz de despertar a los pecadores del sueño del vicio. Y sabemos que los hermanos de la Cofradía iban por las calles alumbrándose con farolillos y cantando:

*Hombre que estás en pecado,
si en esta noche murieras,
mira bien a dónde fueras.*

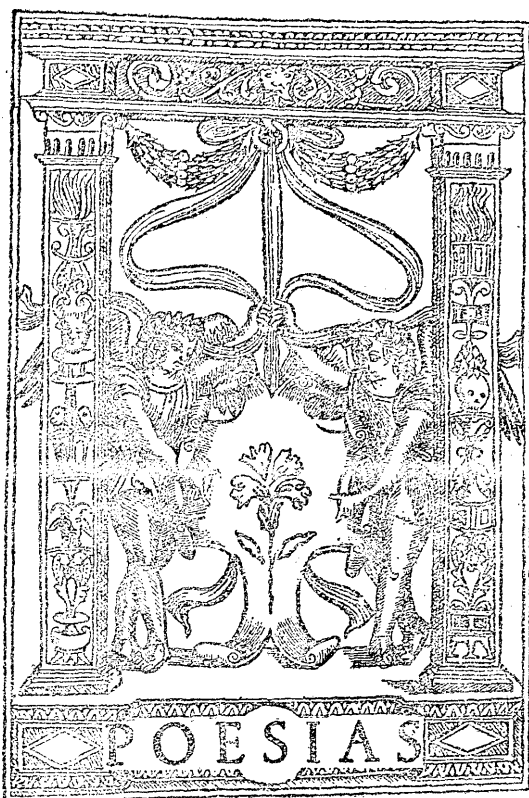
Pero ésta, como vemos, era la primitiva saeta, la de los siglos xvii y xviii. Al llegar el nuevo siglo, el siglo romántico y pintoresco, la saeta cambia de carácter. Y se convierte en la expresión más profunda y apasionada de un sentimiento individual, de una cuita de pecador, de una queja de amante, enamorado a través de la imagen más querida, de la persona divina, humana o humanizada, de la Madre suprema y del Unico Hijo. Al mismo tiempo, la saeta, como tipo especial de canto, de cante, se va fijando con rasgos que al terminar el siglo xix estarán ya marcados definitivamente.

No es posible hablar de la poesía de la saeta sin aludir a la música. Porque la saeta, la saeta popular andaluza moderna y actual es indivisiblemente poesía y música, canto espontáneo y ritual, flor del cante más genuino, hermana de la «soleá» y de la «siguiriya». Al principio, mientras la saeta fué popular sin pecado de folclorismo y profesionalismo, su melodía era ingenua y algo solemne. Todavía a fines del siglo xix o a principios de nuestro

siglo, Albéniz, Falla o Turina pudieron gozar las saetas de Semana Santa, legítimas del pueblo andaluz, de Sevilla, de Málaga, de Granada, de Ronda, de los pueblos blancos y apiñados de Andalucía. No se cantaba para que los demás escuchasen, para lucir su voz o su estilo, sin que esto quiera decir que no sea compatible este deseo con la emoción religiosa más honda en el cantaor famoso o en la tonadillera o diva de zarzuela y ópera. El campesino o la mocita del Baratillo o de Triana cantaban para su Virgen o su Cristo, para su Macarena o su Cachorro. El ruido de tambores y cornetas apagaba quizá la voz trémula que se ahogaba de pura emoción y volvía a surgir a flote en un impulso desesperado de ternura y de amor.

*Vuelve la cara, María,
y mira a tu Hijo Jesús
qué "aceleráito" viene
con el peso de la Cruz.*

De esta época, rancia y pura, quedan aún supervivientes, y no es imposible escuchar la copla y música de alguna saeta verdaderamente sobria y grande, a pesar de la fatal evolución de las costumbres. Pero con el triunfo del flamenquismo y del posterior folclorismo, la saeta antigua corre el peligro de desaparecer. Aquella saeta de Turina en contraste con las populares *marianas* profanas de 1906, ¿dónde rescatarla hoy para una página semejante de piano o de orquesta?



De nuevo

*Aquí estuvimos otro día.
El mismo viento, flores, agua.
¿Por qué tu voz no suena a bosque?
¿Qué se te ha muerto en la mirada?*

*Tú eres el mismo ; yo la misma.
Como hojas secas las palabras.
Por el sendero algo que ha huido.
El mismo viento, flores, agua...*

*¿Dónde es que yace? ¿Cómo? ¿Dónde?
Tus manos grandes lo levantan.
Sueños no acuno como entonces.
¿Qué se te ha muerto en la mirada?*

*¿Ves nuestra imagen vieja, viento?
¿Véis nuestra imagen, altas ramas?*

*Aquí estuvimos otro día...
No somos ellos, flores, agua.*

PILAR VÁZQUEZ CUESTA

Elegía de primavera

*Orfico, celeste añol...
Primavera, ¿qué falacia!
Hoy que despunta tu gracia,
en mí ya hizo punto abril.*

*Sonaba tu melodía.
¿Sonó? ¿Sonaba a mi puerta?
La calle estaba desierta
y a mi puerta nadie había*

*trascelada de tu velo
—yo no sé si oro si miel—,*

al fin llegaste a mi piel
con tacto de terciopelo.

¿Dónde? ¿Presente? ¿Escondida?
En la efusión de las cosas,
te fui contando con rosas
por unidad de medida.

¿Ibas por el aire? ¿Vienes
en el agua? ¿En el terruño?
Tu mano imprimió su cuño
al latido de mis sienas.

Y una aclamación te invoca...
¿De quién tanta aclamación?
Contigo mi corazón
se dió de manos a boca.

Pero, ¡cuando mi ilusión
con airón de avena local

RAFAEL LAFFÓN

Sosiego

El cristalino azul,
que alegra la mañana,
luce en los vidrios;
toda trémula en luz resplandece la es-
[tancia.

Sombra de algún pájaro
el brillo de las alas.
Vibran levisimas,
tras los visillos tenues, risueñas sombras
[blancas.

Sabe mi corazón
que un puro amor aguarda,

y llega quedo,
hasta la cuna envuelta en soleada cama.

Entra la blanca espuma
del lecho, hermo세ada,
la niña brota,
carne de mí nacida, de mi ser tierna rama.

La risa de su boca,
es chico pliegue grana,
y el sueño briza,
en rítmica negrura, sus dormidas pesta-
[ñas.

Silencio luminoso.
Mi dulce contemplada
sueña tranquila,
y eterniza el sosiego, una alondra que
[canta.

Lluvia

La misma lluvia gris,
y el terco y leve son,
y gris el cielo,
y gris la catedral y gris mi corazón.

Veía el río ir,
amarillo y veloz,
por la ciudad,
y entre los chopos grises con que el
[agua soñó.

En las casas la lluvia,
un hilo de dolor.
Espejeaba
ese gris infinito de los ojos de Dios.

JUAN RUIZ PEÑA





FIGURAS IMPERIALES

El Conquistador Español

POR MANUEL BALLESTEROS-GAIBRÓN

Catedrático de la Universidad de Madrid



HSTAMOS acostumbrados —en estas disquisiciones en torno al Imperio— a que todas las figuras que desfilan por nuestro escenario sean siempre figuras conocidas, con nombres y apellidos, las más de las veces con pro- genie y familia identificada, y localizada en el espacio y en el tiempo. Hora es ya de que busquemos la esencia del Imperio, la figura imperial, en el anonimato, en el espléndido anónimo de nuestras gentes de ayer. Y nada hay de más consistente, de más con-

creto, pese a la vaguedad del anónimo, que la figura, entera y fuerte, del Conquistador Español, que hizo realidad viva la teoría del Imperio. Veámoslo en sus trazos más característicos.

* * *

Hagamos —como de costumbre— su bio- grafía. ¿Biografía de un ser sin nombre? Sí, su biografía, pero no de un ser sin nombre, sino de una pluralidad de seres, con múlti- ples nombres y apellidos, que forman todos

ellos una simbólica figura única: el Conquistador.

Nació en Extremadura, como el gran Cortés o el gran Pizarro, o en Castilla, o en la Montaña, o en Galicia, o en Extremadura, o fué quizá un vasco montañés. Da lo mismo. Su nacimiento fué casi siempre idéntico: humilde, y desamparado de la fortuna tradicional que le hubiera atado a la tierra patria. ¿Qué experiencias, conocimientos o aprendizaje tenía? Justo es confesar que casi ninguno. Flotaba en el ambiente un hálito latino, de Humanidades, una conciencia teológica de los deberes del ser humano en el mundo, ajustada su vida a un decálogo y, por lo tanto, a unas normas morales, y sabía que las relaciones en la tierra, en la sociedad humana, se encerraban en un código que tenía dos nortes: la Justicia y el Honor. Estos dos nortes le imponían la Lealtad, la Sinceridad, la Templanza, la Disciplina, la Obediencia al rey, y unos principios de conducta a los que no debía faltar. ¿En qué escuela había aprendido todo esto? Difícil sería decirlo, y aunque nos resulte muy literario y aparentemente forzado, podríamos contestar que la escuela en que todo esto se aprendía era la sociedad española de entonces; o sea, España.

Con tan humilde comienzo y con tan escaso bagaje, sabiendo muchas veces solamente las letras indispensables, el Conquistador futuro notó desde el principio que existía en su interior una fuerza que le empujaba, que le decía, a silenciosas voces —valga por esta vez la anómala contradicción—, que en su propio medio, en su terruño nativo, nada podría hacer, que era preciso dar un salto, entrar *a cierra ojos* en una aventura tremenda, que muchos otros antes que él habían iniciado ya. Los alicientes de la riqueza, del botín fabuloso, de los vasallos indios del otro lado del Mar (que así llamaban entonces al Atlántico, como si

quisieran quitarle importancia), eran realmente sólo la justificación interna de que su ansia aventurera no era totalmente descabellada. Y así comenzaba su vida el Conquistador.

No voy ahora a perfilar lo que antes que yo han hecho Kirkpatrick y Salaverría, Lumnis y el Padre Cappa, que para ello muchos volúmenes de este impreso no serían suficientes. No puedo detenerme en los datos, en las narraciones, que eso es mejor hacerlo por separado, en cada uno de los cursos vitales de los gigantes imperiales que se llamaron a sí mismos solamente «conquistadores» o «soldados». Parémonos solamente en lo genérico, que ya por sí sólo es bastante.

* * *

Sus comienzos como tal Conquistador no precisaban de una preparación especial. Cierto que allí se iba a combatir, y de ello nada sabía, como que era posible que en la Península nunca hubiera guerreado. Cierto también que allí —en Indias, en América— había de ser colonizador, es decir, fundador de ciudades, gobernador de indios, adoctrinador de paganos, y tampoco de todo esto sabía un ápice, ni recibía especial preparación. Igualmente cierto que en Indias había de vivir en un medio diferente, o cercado por mil calores y humedades, o subido en alturas vertiginosas, a muchos miles de metros sobre el mar, y que para esta aclimatación no había hecho entrenamientos especiales. Cierto todo, como que para cumplir sus misiones de guerrero, de colonizador, de hombre resistente y de evangelizador y creador del fenómeno solemne de la transculturación, se guiaría solamente por esa gran cualidad hispana que alegremente llamamos «improvisación» y que sería más justo llamar «intuición». Que la intuición no es más que la aplicación inconsciente de soluciones

ante la emergencia, soluciones que luego se revelan como subyacentes en el individuo, que las «sabía» sin tener conciencia de que poseía tal conocimiento. La intuición no es otra cosa que la acción del medio ambiente cultural a través del individuo.

* * *

El Conquistador es inicialmente un Hombre —todo un hombre, pero con mayúscula— que está dispuesto a todo, en un mundo sin fronteras aparentes, sin leyes que le rijan —aparentemente también— directamente, y que, sin embargo, trasplanta consigo la legalidad y además la hace florecer nuevamente a muchos kilómetros de su lugar de origen.

Sobre esta base inicial humana, el Conquistador va perfilando todos los demás elementos que nos dan su esquema y nos dibujan su contorno. Tendrá iniciativa, sentido del valor individual del hombre, respeto a la palabra dada, tenacidad sin límites, valor a toda prueba y afán constructivo de una realidad nueva sobre los viejos modelos que abandonó en la patria al partir. Fijémonos que sin todos estos elementos no podríamos comprender la historia de la Conquista del Nuevo Mundo. Si el Conquistador hubiera sido un resentido, que abandonaba su patria porque no le gustaba o porque ésta le había desamparado, probablemente la gran obra de la anexión de un mundo no se hubiera realizado, y tampoco que este Nuevo Mundo —nuevo no por desconocido, sino porque nuevo, renovado, lo hacía el Conquistador con su esfuerzo— hubiera sido semejante, en lo que podía serlo, al viejo hispano, que había quedado atrás muchas millas marítimas por medio.

Valor humano, no solamente valor de guerra, el que hacía esperar estoicamente la embestida indígena a los españoles encerra-

dos en Cajamarca, sabiendo que tocaban a 500 por cada uno. Valor sin límites el de los hombres de Gonzalo Pizarro, que se adentraban en la selva buscando el árbol de la canela; valor el de Ordaz, el de los soldados enviados por Pedrarias a Nicaragua, o del de los españoles que acompañaban a Federmann, el germano, en la travesía portentosa de las grandes elevaciones andinas y de los helados páramos y las desiertas sábanas. Valor íntegro en estas y mil coyunturas similares, durante años y años.

Por sobre este valor imprescindible para subsistir y para avanzar y dominar la acumulación de los valores. El primero de ellos, el sentido honorable de la lealtad: lealtad al jefe, lealtad al gobernante y, sobre todo, lealtad al rey. Pensemos en aquellos lejanísimos conquistadores, señores cada uno de ellos de territorios tan grandes como provincias españolas, que todo lo subordinaban —sus títulos de posesión, su tranquilidad y su riqueza— a las distaminaciones reales, les fueran favorables o no. Un solo ejemplo, por tremendo, nos pone de relieve esta gigantesca lealtad ejercida a distancia: el del tirano Aguirre. Se mancha con crímenes horrendos, se subleva contra su rey y —pese a ello— tiene la humorada, el último rasgo de lealtad, de escribir una carta a Felipe II, en la que le previene contra los males de las tierras selváticas, contra los peligros sin compensación de los enormes ríos, poblados de enfermedades y caimanes. Hasta el traidor, en un momento dado, deja subir hasta la superficie de sus actos el recuerdo de lo que es la fidelidad debida al rey.

Pero no sólo con pusilánimes hombres leales se hace un imperio. Existía aún otro valor, para mí de un significado espiritual trascendentalísimo que no ha sido debidamente puesto de manifiesto: que es el del papel o «misión» del español en el mundo. Hasta el

más inculto y avaricioso, concupiscente o rapaz de los conquistadores —poniéndonos en lo peor—, sabía que lo que él tenía que hacer en Indias no era solamente fraguarse un bienestar individual, o acrecentar los estados del rey, sino que su quehacer era «misional», consistente principalmente en la transmisión de la verdad evangélica, a quienes no la conocían. No se crea, ni por un momento, que esta deducción es puramente imaginativa o intelectual de quienes contemplamos el fenómeno imperial a distancia, sino que se trata de algo que, evidente y repetidamente, se dió en la Conquista, en la que no extraña a los conquistadores que la Corona les imponga misiones adoctrinadoras en sus Encomiendas o que se revela magnífica en las declaraciones ante los pesquisidores reales, o en las últimas voluntades testamentarias que nos esmaltan una y cien veces los finales de cada vida conquistadora con actos de arrepentimiento, con

donaciones a la Iglesia o con magníficas declaraciones de Fe.

* * *

Este es el Conquistador español. El fué el que hizo realmente el Imperio y olvidarlo no sólo fuera injusto, sino, además, históricamente un error. Que ha habido en la Historia muchos ejemplos de gentes de esta categoría es evidente, pero que se diera la conjunción de valores en un solo individuo, y esto repetidamente en muchos, es tan significativo que no puede soslayarse y hay que gritarlo, para indicar bien alto que no se trató de una casualidad que emergieran gentes como Ojeda, como Pizarro, como Balboa, como Cortés... Todos ellos no eran más que las cumbres más elevadas de una cadena de eminencias, a las que dió uniformidad solamente la abundancia. Y cuando la abundancia es ley, y ésta es de muchos quilates, puede hablarse, sin empacho, de época imperial.



HOY, en la mitad del siglo XX, la situación de los órdenes humano, cultural y artístico, se nos ofrece y caracteriza por su multiplicidad disgregadora.

Creo, sin embargo, en una íntima comunidad de reacción o de interpretación, ante este común fluir vital, que se desliza, de nosotros y para nosotros, en este mismo instante del tiempo.

Los acontecimientos que nos ponen en carne viva al arte actual, y obligan a valorar nuestros actuales problemas, no los da una determinada nación, pueblo o doctrina, sino los universales de la sensibilidad humana que sincrónicamente repercuten en todos los que vivimos, son a los que nos proponemos

pasar revista. Si también queremos tener eso que se llama perspectiva histórica, y valorar de modo eficiente la emoción que nos producen las obras artísticas de otras épocas, es preciso que adoptemos un punto de apoyo en el tiempo, y este tiempo lógicamente debe ser el nuestro, el actual, el que va consumiendo lentamente las infinitas pulsaciones de los millones de seres que actualmente viven. Cierzo que, en el sentido riguroso de la palabra, no podemos historiar lo contemporáneo. Provisional sería, y expuesto a error, cualquier intento de clasificación sistemática que tratara de apresar algo tan informe y proteico como el arte actual. Trataré, pues, de presentar los hechos tal como parece suceden.

El arte es un fenómeno nutrido por las

substancias y circunstancias del tiempo. Esta verdad es frecuente que se interprete al revés, como si el tiempo pudiera transcurrir a la inversa o no transcurrir.

Si el pasado produjo cánones e ideales de belleza frutos de su tiempo, éstos han ido evolucionando, y en el presente son distintos de aquéllos. El que considere todavía la belleza al modo de la Grecia clásica, a la manera oriental o como en el período románico, se limita perjudicialmente para él mismo, pues impide que entren en su espíritu otras modalidades de expresión artística.

Terco e incivil es volver despectivamente la cabeza o dar la espalda a lo que no nos es dado entender súbitamente, o que contraría las ideas que sobre arte hemos adquirido.

Desde Baumgarten (1714-1762), creador de la estética moderna, se viene afirmando el ideal del arte es la belleza. Belleza es, según Kant, desde el punto de vista subjetivo, lo que agrada de una manera general y necesaria sin concepto y sin utilidad práctica. Belleza es, según Hegel, el reflejo del ideal en la materia. Las obras de arte están como iluminadas por esa luz del ideal estético (belleza), y serán tanto más bellas cuanto más se acerquen al fin que las motiva haciéndolas sensibles.

Cada una de las artes tiene sus medios de expresión propios. Son los esenciales de la pintura: el color y la línea. La línea engendra las formas. Las relaciones entre las formas y los colores quedan definidas por la composición.

Por estos solos medios, la pintura encuentra el procedimiento de llegar a la sensibilidad receptiva del espectador.

Como en determinadas épocas antiguas, los descubrimientos de anatomía y perspectiva permitieron alcanzar una evidente preponderancia de la línea sobre el color, apasionando a genios, como Miguel Angel, Uce-

lio, Piero de la Francesca, Vinci, Veronés, Vermeer, etc., en el final del siglo XIX el conocimiento de las leyes físicas, que rigen la luz y el color, arrastró al movimiento "impresionista" con sus campeones Manet, Monet, Signac, Seurat, etc.

El impresionismo empleó el color para mejor representar la naturaleza. El artista no es extraño a la naturaleza, pues es parte integrante de la misma. La interpretación de la naturaleza ha sido uno de los grandes temas de la pintura, pero no el único. Dice Ortega y Gasset: "primero se pintan cosas; luego, sensaciones; por último, ideas". Es lícito que el pintor cree sus propias imágenes, irreales, no vistas, nacidas de los puros sueños de su fantasía. Las obras así realizadas pueden ser bellas en extremo y ser con entera legitimidad obras de pintura. El arte moderno no rompe con la tradición, sino que incluye una nueva energía. Los valores que se pudieran llamar "invariables plásticos" del cuadro se conservan aún en la pintura llamada abstracta o no representativa, y tienden todos a la utilización plástica de la superficie.

Todo el mundo sabe, desde la aventura de Mozart, que el genio musical puede manifestarse a la edad de los siete años. Se buscaría en vano un caso de precocidad comparable en pintura. La inmensa dificultad de su técnica impide la salida de un niño prodigio en este dominio. Después de gran estudio y largos años de práctica se consigue un equilibrio (muy difícil de lograr plenamente) entre los impulsos de lo que se llama "corazón" y la censura de la experiencia. Sentir y expresar son actividades antinómicas y, sin embargo, complementarias en el sujeto artista.

No se puede afirmar que la pintura moderna, desde el Impresionismo, sea producto del desorden. Cien obras maestras probarían lo contrario. Los más grandes pintores

modernos han sentido la necesidad de la ejecución perfecta, llegando, a veces, a un punto que el Renacimiento no alcanzó. Renoir, por ejemplo, que en "El palco" es comparable a los más bellos Ticianos, ha pintado durante su período Ingres, desnudos y retratos, tan bellos por la precisión de análisis y de ejecución como aquellos los primitivos. Seurat ha sido el sabio que utilizó siempre en sus cuadros la "divina proporción". Las telas de Braque son la perfección misma, así como las de Picasso, lentamente elaboradas. Pero el que lleva al último extremo el "bien pintar" es el terrible y austero Cézanne.

Si realmente el objeto representado ha impedido siempre, a la gran mayoría de los es-

pectadores, llegar al arte, detenidos en la anécdota ajena a la esencia de la pintura, es lógico que la pintura actual renuncie a la representación de los objetos y se empeñe en un camino no figurativo. Afirma Mondrian, uno de los primeros adalides del arte abstracto: "En nuestro tiempo el arte está libre de todo lo que le impide ser realmente plástico."

El arte actual, pues, continúa el ininterrumpido camino del arte eterno, lanzando su mensaje de aspiraciones, de inquietudes y de realidades.

En sucesivos artículos iremos dando cuenta de todos los fenómenos importantes que han ocurrido y ocurren en este apasionante tema de la pintura contemporánea.





BIBLIOGRAFIA

DÍAZ CAÑABATE, Antonio: *Lo que se habla por ahí*.—Ediciones Cid.—Madrid, 1954. 276 páginas, 40 pesetas.

Leer a Antonio Díaz Cañabate es siempre un placer. Desde el primer momento, nos vemos atraídos por esa su gracia chispeante tan suya, tan llena de donaire. Esta vez son pequeños sainetes de su Madrid, escenas pintorescas que, como todo lo suyo, nos agrada, aunque añoremos sus estupendas *Historia de una tertulia* e *Historia de una taberna*. Pueden leerla toda clase de lectores.

JAN Valtín: *El tiempo ingrato*.—Editorial Luis Caralt.—Barcelona, 1954.—387 páginas, 60 pesetas.

Es una novela dura y realista de los tiempos inmediatos a la derrota alemana en 1945.

Hombres vencidos, hambrientos, deshonrados por la miseria y el hambre.

Muy interesante, desde el punto de vista político. Ameno y bien traducido, aunque

quizá conserva un excesivo número de palabras y expresiones alemanas. Aunque no es inmoral, sí excesivamente duro, realista, descarnado, por lo cual sólo parece a propósito para personas mayores y formadas. En este género y autor es una de las obras más interesantes.

WHITE, Nelia Gardner: *Ilusión frustrada*.—Editorial José Janés.—Barcelona, 1953.—384 páginas, 60 pesetas.

Una novela más de las traducidas, pésimamente, por cierto, y debido a esto se ignora si su versión original tiene algún valor literario. De moral confusa, es obra que sólo deben leer personas mayores.

GARCÍA ESCUDERO, José María: *España, pie a Tierra*.

Crítica objetiva, positiva y constructiva de toda la realidad española actual.

Interesa sobre todo para universitarias, últimos grupos de Bachillerato, Instructoras de

Juventudes, Magisterio, etc. Gran valor religioso y político.

ALBA DE CÉSPEDES: *El mejor de los esposos*.—Edit. José Janés.—Barcelona, 1953.—310 páginas, 22 × 15; tela, 65 pesetas.

Novela cruda, sin ningún contenido moral ni valor cultural. No es conveniente para nadie.

HESSE, Hermann: *Bajo la rueda*.—Edit. Luis Caralt.—Barcelona.

Novela deprimente, en que se describe el proceso psicológico de un chico que por incomprensión de su padre fracasa en la vida. Está muy bien escrita, pero algunas descripciones sensuales limitan su lectura a personas mayores.

GUARESCHI, Nino: *El Destino se llama Clotilde*.—Edit. José Janés. Barcelona; 35 pesetas.

Novela muy entretenida, de gran sentido humorístico, aunque no llegue, ni con mucho, a la popularísima de *Don Camilo*, del mismo autor. Pueden leerla jóvenes formados.

LANDERS.—*El libro de las niñas*.—Edit. Juventud.—Barcelona, 1953.—192 páginas, 19 × 25; cartón, 60 pesetas.

He aquí un libro que comprende un verdadero archivo de conocimientos de ahí que, de los temas que trata, dado su número, estén algunos de ellos esbozados solamente. Uno piensa, que, entre tanta lectura frívola y hasta perniciosá que cae en manos de nuestras

jovencitas, destaca esta obra como útil, agradable y provechosa. Con unos toques de espiritualidad, de que totalmente carece, podría haber sido hasta orientadora; en una palabra, más completa. Puede ponerse en manos de jovencitas de todas las edades. (Orbi.)

HERRY, O.: *Cuatro páginas de la vida*.

Coincidiendo con la película del mismo nombre, se ha lanzado este libro, compuesto de varias narraciones muy cortas, de las que se desprende un fondo aleccionador, ya que todas las acciones perversas tienen su castigo. Magníficamente escrita, se lee con interés. Jóvenes formados.

GEFAELL, María Luisa: *Las hadas*.—Ediciones Nueva Epoca.—Madrid, 1953.—83 páginas, 45 pesetas.

En torno al paisaje de Villaviciosa de Odón, poéticamente vivido y descrito por la autora, narra ésta en diez cuentos sencillos, ingenuos, sin apenas argumento, pero limpios y llenos de poesía y ternura, las andanzas de las hadas que en torno nuestro viven en un mundo distinto, y sin nosotros notarlo, son las que nos proporcionan, a veces, alegría y felicidad. Las hadas del Sol, la Luna, del Melonar, del Viento, de la Música, etc., desfilan a través de varios cuentos, y son todos ellos un alarde de fastasia y de imaginación que harán la felicidad de las niñas de siete a doce años con aficiones por estos temas. La presentación es cuidada, y bonitos y acertados los dibujos de Benjamín Palencia. (Biblioteca y Documentación, Valencia.)

CONCURSO MENSUAL

CONCURSO DEL MES DE JUNIO

Alumnas:

- 1.^a ¿Cómo se llamó el primer Papa?
- 2.^a ¿En qué fase está la luna cuando no se ve?
- 3.^a ¿Es salada el agua de los ríos?
- 4.^a ¿Cuántos lados tiene un triángulo? (Pintar uno que sea equilátero.)
- 5.^a ¿En qué año y día descubrió Colón América?
- 6.^a ¿Quién es el Jefe del Gobierno español?

Lectoras:

- 1.^a ¿Quién escribió el diario de la primera vuelta al mundo?

2.^a ¿En qué hemisferios están nuestros antípodas?

3.^a ¿En qué Museo está la Venus de Milo?

4.^a ¿Cuál es la moneda vigente en Puerto Rico?

5.^a ¿Qué elementos intervienen en la formación del clorato potásico y en qué proporción?

6.^a ¿Cuál es el nombre de Pío XII?

7.^a ¿A qué se llama ósmosis?

8.^a El actual Presidente de Filipinas, ¿quién es?

CONTESTACIONES AL CONCURSO DEL MES DE MARZO

Alumnas:

- 1.^a San José.
- 2.^a Andalucía.
- 3.^a Un caballero de la Corte de Alfonso VI llamado Ruiz Díaz de Vivar.
- 4.^a Una curva cerrada cuyos puntos equidistan de un punto central.
- 5.^a Los falangistas.

Lectoras:

- 1.^a El hundimiento del crucero *Baleares*.

2.^a Una retractación.

3.^a Un monje.

4.^a René Coty.

5.^a En el Océano Atlántico, Mar de las Antillas.

6.^a A un número mixto.

7.^a En la iglesia del Monasterio del Escorial.

8.^a A Vespasiano.

PREMIOS CONCEDIDOS A LAS ACERTANTES DEL MES DE FEBRERO

Alumnas:

Marujín Frau Frau, Escuela Nacional de Niñas, Unitaria núm. 1. Mamacor (Mallorca).—Luisa Díaz, Escuela Nacional Unitaria de Niñas, Portaje (Cáceres).

Lectoras:

María Dolores González Arias (Villafrechós), Valladolid.—Pilar García Díaz Villavilla, Benetúser.—María Álvarez, Almadén (Ciudad Real).



La lengua de España

POR ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO

I

DEFINICIONES

Lengua: Material: en la boca. Espiritual: la que con la material se habla.

Lengua española: la «hablada» (y escrita) por los españoles.

Lengua hispánica o hispánica: la española hablada en América.

ORIGENES

Las primeras lenguas habladas en España: España, como tierra, existe desde que

Dios hizo la tierra. Y en España vivieron muchas gentes, desde que Dios, hecho el hombre, lo envió a propagarse por el mundo. ¿Quiénes fueron las primeras gentes en nuestra tierra? Acercándonos a los orígenes históricos, llamaremos «iberos» a unos antiquísimos pobladores de los que nos quedaron huellas lingüísticas, parecidas a las del berebere actual en Africa o al vasco y a ciertos nombres de lugar o de persona entre nosotros. O sea, en la «toponimia» y en la «onomástica». También: quedan restos ibé-

nicos en inscripciones arqueológicas y en descripciones geográficas antiguas. Ejemplos de iberismos: «izquierdo», «nava», «Aran», «Uribarri», «Iñigo»...

El ibérico procedía seguramente del Oriente, de lo africano. Hubo otros pobladores procedentes del Occidente y norte europeo, que se suelen denominar «celtas», y de los que quedan también vestigios lingüísticos, no sólo en raíces etimológicas, sino en un tono o modulación que debería parecerse al gallego, al irlandés, al bretón.

A España llegaron más pueblos. El fenicio, el cartaginés, el griego... Pero aunque en España se hablaran todas las lenguas de esos pueblos —y otras desconocidas—, todavía no pudo existir la Lengua española. Por la sencilla razón de que aún no existía España como Unidad, como Misión en la Historia.

El lenguaje de Roma en España: En el siglo III antes de Cristo llegaron a España gentes de un pueblo muy poderoso, culto, noble: «los romanos». Y con ellos su lenguaje: el «Latín» o lengua del Latio, país donde estaba fundada Roma.

Los romanos dieron a España el primer sentido de Unidad. De Unidad política, administrativa, guerrera, cultural. Y, por tanto, de Unidad «lingüística». El Latín fué la primera Lengua que hablaron y escribieron «comúnmente y unitariamente» los futuros españoles.

Pero el Latín no era todavía la Lengua española. Era sólo el Padre de la Lengua española. Así como la Madre lo era el «genio o modo especial» que desde siempre tuvieron los españoles de pronunciar y moldear en su boca toda lengua extranjera.

La Madre o genialidad del español: Hemos dicho que la Madre del lenguaje español era el carácter o genio —el «modo especial»— que tuvieron siempre los españoles de mol-

dear o hablar cualquier lengua. Su elemento «permanente».

Por ejemplo: la incapacidad de pronunciar una s líquida como los latinos, italianos o franceses. Nosotros no podemos decir: «spiritus», «statue», «stile». Decimos: «espíritu», «estatua», «estilo». Por ejemplo: el gusto por las terminaciones en «erro, arro, ego, eño», y otras de rasgos muy nuestros.

Por ejemplo: la tendencia a utilizar la a como la vocal más dominante en la conversación.

Por ejemplo: la característica genuina de algunos sonidos: como la z, la j, la rr.

Por ejemplo: la facilidad en suprimir la fe inicial de palabra que se sustituye por h (herrero en vez de ferrero. Horma en vez de forma).

Más ejemplos del carácter o genio maternal del español: el tonillo o deje de cada región de España. El gusto por formar palabras, como «carialegre», «patitieso»... El tipo de diminutivos o aumentativos castizos «ico, ejo, ote, azo»...

El Latín como Padre engendrador: Una gran parte de las palabras que hablamos son hijas del Latín. Pero pronunciadas y deformadas a nuestro modo, según el carácter maternal de la genialidad española. El Latín por eso fué el Padre o engendrador de todas las lenguas que se hablaron en España desde que él llegó en el siglo III antes de Cristo. (Así como en Francia fué el Padre del francés, del provenzal. Y en Italia, del italiano. Y en Rumania, del rumano. Y en Suiza o Retia, del rético. Y aún tuvo más hijos por Europa.)

Los hijos romances de España: Los hijos que el lenguaje de Roma engendró en nuestra Península fueron los principales éstos: el castellano, el portugués, el catalán, el gallego, el leonés, el aragonés... Al principio, to-

Los estos hijos del lenguaje latino crecieron juntos, como hermanos, con el nombre filial de «romances» o lenguajes «hijos de Roma». Pero, poco a poco, a partir del siglo XI, fué destacándose el «romance castellano» como el mayor. Y como el heredero imperial del Padre Latín.

Ejemplos: Como ejemplos de la semejanza y diferencia que entre sí guardaron estos «romances», hijos de Roma y hermanos entre sí ofrecemos dos muestras. Una, es Península, y otra, en Europa:

En la Península: Una forma paterna del Latín: *Ferrarium*.

En castellano: Herrero.

En catalán: Ferrer.

En gallego y portugués: Ferreiro.

En Europa: Una forma paterna del Latín:

Plovere.

En español: Llover.

En portugués: Chover.

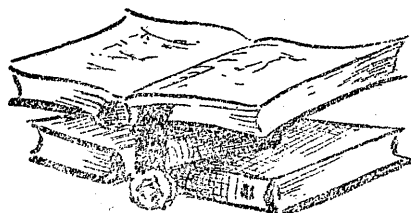
En italiano: Pióvere.

En francés: Pleuvoir.

En rumano: Ploae.

(Obsérvese que cada forma romance, manteniendo el parecido «filial» con la forma «paterna» del Latín, la adapta a su característica «materna» respectiva: castellana, catalana, gallega, portuguesa, italiana, francesa, rumana.)

(El próximo artículo o lección será: «El secreto del castellano para llegar a Lengua española».)





EXAMEN DE EXAMINANTES



A rectitud del examen dependerá, ya en el primer momento, de la postura que adopte el maestro frente al alumno. Si se cree dueño de la situación, irá al examen a *pedir cuentas*. Si recuerda que al enseñar no ejerce una misión propia, sino delegada de los padres, del Estado o de la Iglesia, pensará más bien que el examen es un medio de *rendir cuentas*. En el primer caso, dicta el concepto que hay que tener del alumno. En el segundo, indaga cuál es su estado actual de conocimientos, para dar a los educadores natos del escolar una cuenta lo más aproximada posible. El primer maestro dicta-

mina, el segundo examina. Los dos se equivocan, pero aquél más injustamente que éste.

No vamos a detallar minuciosamente las distintas maneras posibles de examinar, ni a discutir cuál de ellas es la más equitativa. Nos fijaremos, mejor, en algunas de las condiciones del buen examen, sea cual fuere la forma en que se verifique. Y, principalmente, en tres, que llamaremos:

- 1.^a Objetividad en el maestro.
- 2.^a Seguridad en el alumno.
- 3.^a Amplitud en la calificación.

La objetividad se opone a la subjetividad.

Una calificación de examen que fuera totalmente objetiva, reflejaría como en un espejo el grado de adelanto del escolar. Una calificación subjetiva, no refleja más que «el concepto» que tiene el maestro, prescindiendo de si es fundado o no. Claro que el concepto que tenemos de otra persona siempre es fundado, en el sentido de que «algo lo ha motivado»; pero parte de ese «algo» lo hemos puesto nosotros. (El día que nos duele el estómago, todos los alumnos dicen peor la lección.) Esto es lo subjetivo del «concepto».

Conviene tener presente que la personalidad del alumno es tan compleja que se hace imposible captarla con absoluta precisión por medio de ningún instrumento de medida. Esto vale igualmente para los exámenes. Por bien que se haga un examen, nunca se registrará con absoluta precisión todo lo que sabe un chico. Esto da un margen grande de error, y debería darlo también de modestia en las apreciaciones del maestro. Recientemente hemos rogado a un excelente maestro que nos ordenara a unos cincuenta alumnos, desde el primero al último. Los conocía bien, y no titubeó. Al darnos por terminada la labor de clasificación, le rogamos que la repasara, por si se le había deslizado algún error. Advertimos disimuladamente que la ficha de un alumno subió unos diez lugares en la segunda ordenación. Se puede explicar este sencillo hecho por muchas razones; pero todo maestro experimentado reconocerá que, según qué aspecto se considere de un alumno, se le colocará más arriba o más abajo. También la consideración de este aspecto es algo subjetivo.

Dos investigadores entregaron a más de cien maestros un mismo ejercicio de examen para calificarlo. La diferencia de notas fué asombrosa. Incluso en Geometría, que parece prestarse menos a estimaciones subjetivas, se

dieron notas desde 28, la más baja, hasta 92, la más alta. Algunos sacan en consecuencia que no se debería hacer caso de las notas, y proponen como único procedimiento de examen el de las *pruebas objetivas* o *tests de rendimiento*. Creemos exagerada la conclusión; pero acertado el consejo de adoptar, además de otros procedimientos, el de los exámenes objetivos. Los errores de unos se corrigen con los aciertos de los otros.

El «concepto» que el maestro tiene del alumno es interesante. El examen no es la situación más adecuada para demostrar todo lo que el alumno sabe. No creemos que haya calificación de ningún ejercicio que valore todas las cualidades del rendimiento típico de cada escolar como una calificación general dada por el profesor. Pero eso no quiere decir que ella esté inmune del error. Y tampoco significa que sea la indicada para un examen verdadero un examen que pretenda reflejar el número de conocimientos del alumno.

Expliquémonos por medio de un supuesto experimento. Hagamos escribir a los alumnos de una clase dos composiciones equivalentes sobre el mismo tema. Es de suponer que cada alumno tendría sus dos composiciones aproximadamente iguales, y que, por lo tanto, las dos del que mejor supiera el tema serían las dos mejores, y las dos del último, las dos peores. Llamemos a ambas series de composiciones composición A y composición B. Demos primero al maestro todas las composiciones de la serie A para que las califique. Luego, con las de la serie B, hagamos que cada alumno copie la de su compañero, tal como está, y que la firme con su propio nombre. Entreguemos esta serie al maestro para puntuarla. ¿Quién tendrá la ingenuidad de esperar que las notas del segundo ejercicio serían las correspondientes a sus verdaderos y reales autores, sin influencia alguna

del «concepto» que el maestro tiene de cada uno de los copistas? Lo más probable es que, si el maestro ignora el truco, en cuanto vea la letra del primero de la clase se sienta predispuesto a calificar mejor ese ejercicio que ninguno otro; y al ver la letra o la firma del último de la clase, se incline a calificarlo por lo bajo. Esto se llama el «efecto del halo»: el concepto que tenemos acerca de cada individuo produce el efecto de una aureola que ilumina y colora todo lo que pensamos referente a él. Pues bien: ¿qué duda cabe que este efecto de halo se atenúa cuando, por ejemplo, proponemos 25 preguntas, cada una de las cuales sólo tenga una solución? Entonces, el que acierte veinte estará por encima del que acierte diez, aunque estos resultados contradigan a la opinión del maestro.

Repetimos que ni denunciamos ni renunciamos a esos «conceptos» personales acerca de los alumnos. Lo que sí queremos decir es que para un examen interesa más un criterio «real» que uno «personal». Y que el maestro necesita explorar de vez en cuando de una manera objetiva a los alumnos, para ir corrigiendo su propio «concepto» acerca de ellos. El maestro ha de ir estudiando siempre al alumno, irselo sabiendo cada vez mejor: esa es su lección..., que nunca aprenderá del todo. El día que el maestro ya «tiene un concepto hecho» y se sirve de él sin someterlo a continua crítica, empieza a equivocarse y a perjudicar a ese alumno o a los demás.

La seguridad que postulamos se refiere al alumno. Está íntimamente enlazada con la tercera cualidad, *la amplitud*, y por eso las vamos a englobar en los mismos párrafos. Los sentimientos de éxito y de fracaso son los móviles fundamentales del adelanto o retraso de los escolares. El buen maestro se reconoce porque consigue en su clase un *ambiente de estímulo para todos los alumnos*. Es el clima de

emulación, el aire que se respira de confianza en el esfuerzo propio y en el éxito infalible del trabajo tesonero.

Los sentimientos de éxito o de fracaso se producen dentro de ciertos límites. Todavía nadie ha fracasado por no haber tocado la luna con la mano o por no haber hecho retroceder la nube de un soplo. Son efectos que están fuera del margen que nos fijamos los humanos para nuestros éxitos y fracasos. En la escuela elemental, el éxito y fracaso se cifra alrededor de pequeños progresos periódicos en la lectura, la escritura, el cálculo..., pero no en el álgebra ni en la taquigrafía, ni en la declamación. Es más: cuando se está empezando a comprender «la regla de tres», y durante el tiempo en que se sigue practicando, el éxito o fracaso se centra en «la regla de tres». Y el éxito del lunes consiste en resolver los tres problemas de regla de tres señalados para ese día. *La seguridad* del lunes consiste en que hasta el último de la clase sepa que resolviendo los tres problemas tiene un sobresaliente tan limpio de ejecutoria como el del primero de la clase. *La amplitud* consistiría en que, por ejemplo, se hubiera advertido que quien trajera un problema resuelto tendría un simple aprobado; el que trajera dos, un notable, y el que tres, un sobresaliente. *En un examen*, la seguridad estaría en que cada alumno supiera con certeza que aprendiéndose bien un programa mínimo perfectamente determinado, no tendría que temer el reprobado, y la amplitud estribaría en que estuviera abierta una compuerta nueva de recompensa a cualquier esfuerzo nuevo por encima de lo corriente en los individuos o en la clase.

La tendencia a fijar las aspiraciones dentro de unos límites es natural. Los toques máximo y mínimo de esta zona o «nivel de aspiración» lo señalan inconscientemente los

alumnos mismos, como simple *aclimatación al ambiente* que la táctica del maestro ha impuesto en la clase. Cuando el límite inferior, el del aprobado, es borroso, todo el mundo se aferra a él para asegurarlo. El nivel de la clase desciende y se centra alrededor del aprobado. Cuando el tope superior está muy bajo, nadie se esfuerza por superarlo, puesto que a nada conduciría. Lo mismo ocurriría si se coloca demasiado alto, por lo que cuesta de alcanzar. Cuando el límite inferior es seguro y los grados ampliamente espaciados hasta el máximo, el nivel de aspiración aumenta progresivamente.

En un experimento, Hoppe y Jucknat pusieron a varios sujetos frente a una tarea de cierta dificultad. El 42 por 100 de los sujetos cesaron de trabajar al lograr el máximo de éxito posible, el 50 por 100 la abandonaron al comprobar que su éxito era insuficiente, y el 8 por 100 restantes se detuvieron antes de llegar al máximo rendimiento, a pesar de haber logrado buenos resultados. Es decir; que *hay una tendencia a abandonar el esfuerzo cuando las posibilidades de lograr un éxito mayor son exiguas.*

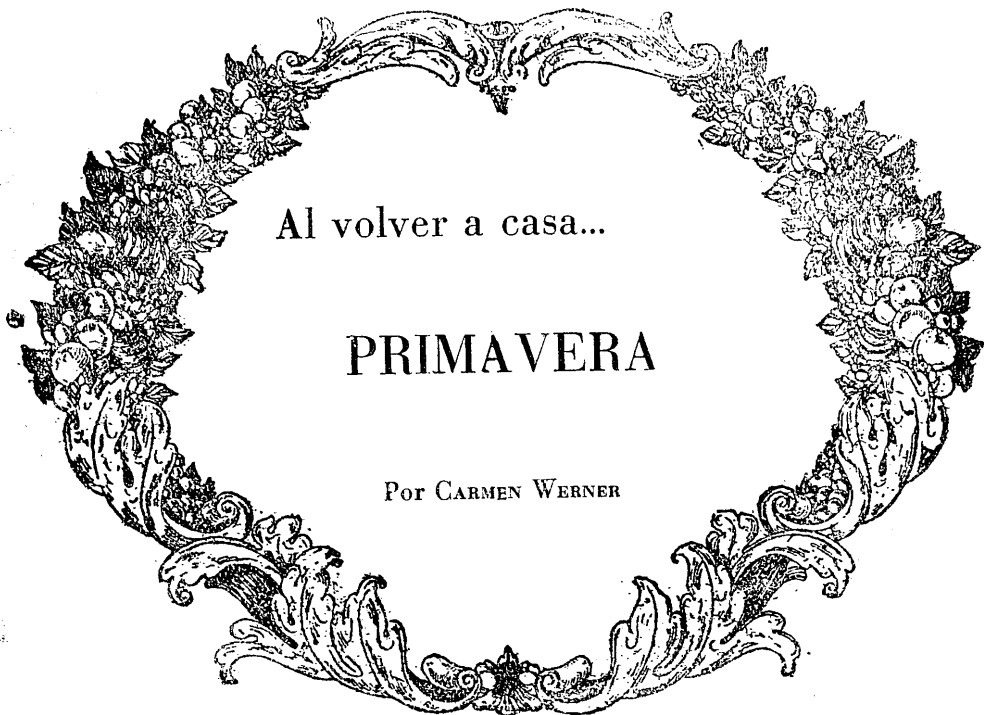
Un campeón regional de ajedrez se siente triunfante en la región, y, tal vez, fracasado, por haber obtenido un cuarto puesto en la clasificación nacional. Aquel éxito no le consuela de este fracaso. Pero si ve probabilidades de alcanzar el campeonato nacional, se sentirá estimulado. Está comprobado que el éxito o el fracaso se miden por comparación con el grupo a que se pertenece. Esto explica también que, por lo general, en las escuelas, los alumnos más listos tienden a dar resultados inferiores a sus posibilidades, y los menos dotados se aproximan hacia el

nivel medio de la clase. A mayor apartamiento del nivel medio, mayor discrepancia existe entre el nivel de aspiración y los resultados obtenidos.

En conclusión: que *urge abrir posibilidades al éxito, y dar seguridad a las ya abiertas.* El nivel de aspiración que se fija un alumno depende de dos factores: del éxito o fracaso anterior y de la posibilidad y seguridad de un éxito mayor en un futuro próximo. Por eso, los profesores que reducen considerablemente el margen de amplitud de las notas, atentan contra el nivel de aspiración y contra la emulación de los estudiantes. Y más atentan todavía los que hacen insegura la nota final, ya sea por arbitrariedades suyas o por desorientación en los alumnos. Dicho en pocas palabras: hay que procurar disminuir el temor al fracaso y aumentar la confianza en que por el propio esfuerzo se conseguirá un éxito seguro: la calificación que corresponda a los resultados obtenidos. Entonces los alumnos centrarán su atención sobre la actividad misma, y no sobre las contingencias marginales de esa actividad. Cuando todos estén seguros de que lo que se sabe será apreciado y que si se sabe lo mínimo no se fracasará en exámenes, sino en trabajar.

Y terminamos haciendo una última observación. Esta seguridad exige que no se haga depender de un solo examen todo el éxito de un curso. Obliga a ir sondeando y apreciando el estado pedagógico de los alumnos varias veces a lo largo del año, fomentando en ellos la certidumbre de que no valdrán menos los primeros sondeos que los últimos, por lo menos para su beneficio.

F. SECADAS



Al volver a casa...

PRIMAVERA

Por CARMEN WERNER

UN MENSAJE DE PAZ

Una primavera tardía, pero radiante, celebra la Resurrección del Señor, y el Santo Padre, Pío XII, ha dirigido al mundo su mensaje Pascual, recogiendo el saludo del Resucitado a los discípulos: «Y los discípulos se alegraron viendo al Señor, y Jesús les dijo de nuevo: «La paz sea con vosotros.»

Su Santidad busca caminos cristianos lógicos e intelectuales para variar una mentalidad que por inercia no encuentra otra salida para frenar la guerra que el viejo axioma: «Si vis pacem para bellum.»

Porque preparar la guerra es amedrentar al posible enemigo. Y amedrentar al posible enemigo en 1954 es poseer el secreto de las armas definitivamente destructoras, totalitarias en su destrucción.

Los medios modernos de comunicación, rapidez, y los de locomoción, han convertido nuestro planeta en una pequeña provincia fácilmente comunicable y transitable en todas direcciones. Las pequeñas guerras de no hace aún un siglo, localizadas en radios hábiles para la caballería, han desaparecido.

Desde la antigüedad más remota hasta fines del siglo XIX, los procedimientos guerreros y las armas (salvo la pólvora aparecida a mediados del siglo XV) poco habían variado, y la mentalidad permanecía fiel a unos cuantos principios de moral patriótica nacidos de la necesidad de mantener a los pueblos en «forma», moral y física (deportivamente hablando), para la defensa de su territorio. Estos principios de moral patriótica no estaban exactamen-

te de acuerdo con la moral cristiana. Pues la exaltación del valor, del heroísmo, del triunfo militar llevaban a los pueblos, a pesar de su justa actitud defensiva, a la injusta actitud conquistadora, y la causa religiosa, motivo de nuestras guerras (sólo por esta causa justificadas), pareció confundir el sentido heroico de la vida, con el sentido religioso, haciendo de la guerra una especie de exaltación, en lugar de dejarla en su puesto, de «mal necesario».

La última guerra mundial tan injustificada nos ha dado una lección en el sentido de que una mentalidad educada en el cultivo de los valores guerreros puede inducir a actitudes imperialistas provocativas, intolerables para los otros pueblos y fáciles para desencadenar conflictos bélicos.

Y a los conflictos bélicos de 1954, alude Su Santidad en su mensaje de paz. Invoca Su Santidad a los rectores del mundo, a los sabios, pidiéndoles intuición para descubrir un nuevo sistema, para ahuyentar el peligro de la guerra, que no sea el del terror mutuo, y dice así:

«¿Cuándo se darán cuenta los rectores de las naciones de que la paz no puede consistir en una exasperante y dispendiosa relación de terror mutuo, sino en la máxima cristiana de caridad universal y en particular en la justicia voluntariamente realizada, más bien que sonsacada, y en la confianza, más bien inspirada que exigida? ¿Cuándo acaecerá que los sabios del mundo enderecen los admirables descubrimientos de las fuerzas profundas de la naturaleza exclusivamente a fines de paz, para proporcionar al trabajo del hombre energía a poco coste, lo que mitigaría la escasez y corregiría la desigual distribución geográfica de las fuentes de bienes y de trabajo, así como también para ofrecer

nuevas armas a la medicina, a la agricultura y a los pueblos nuevas fuentes de prosperidad y de bienestar?»

Es hasta ridículo que mientras se realizan tan civilizadas creaciones, como las drogas modernas, capaces de vencer casi todas las enfermedades, los intercambios culturales y comerciales entre casi todos los pueblos, que hacen entrañables nuestras relaciones; cuando se prepara a la juventud para entenderse espiritualmente aprendiendo tantos idiomas; cuando la radio y el cine nos acercan tan íntimamente a los pueblos más diversos, nos estemos al mismo tiempo asustando los unos a los otros, enseñando nuestros arcaicos y salvajes colmillos de lobos.

Y así dice el Santo Padre:

«Ante los ojos del mundo aterrorizado existe la previsión de destrucciones gigantescas, de extensos territorios hechos inhabitables y no utilizables para el hombre, además de las consecuencias biológicas que pueden producirse, ya sea por cambios inducidos en los gérmenes y microorganismos, ya por el resultado incierto que un prolongado estímulo radiactivo puede tener sobre los organismos mayores, comprendido el hombre, y sobre su descendencia.

A este propósito no queremos dejar de aludir al peligro que para las generaciones futuras podría representar la intervención mutágena obtenible, o acaso ya obtenida, con nuevos medios para desviar de su natural desarrollo el patrimonio de los factores hereditarios del hombre, incluso porque entre semejantes desviaciones probablemente no faltan, o no faltarían, aquellas mutaciones patógenas que son la causa de enfermedades transmisibles y de las monstruosidades.»

Este derroche de inteligencia, volcado

en descubrimientos feroces para mantener una problemática «paz armada». ¿no se podría desviar hacia una inteligente formación del corazón colectivo de la humanidad? ¿No podríamos educar a las masas en el respeto de la propiedad colectiva ajena y de sus derechos? ¿En el respeto de la libertad humana, individual y colectivamente considerada? ¿No podríamos educar frenando la ambición de bienes materiales cultivando el sentido de «una unidad de destino en lo universal»?

Esta unidad de destino, que no es el territorio ni siquiera la Patria en su sentido de entidad histórica, sino el mundo entero, las naciones todas con su común destino eterno, único destino trascendente y que a todos hermana en un deber de *Caridad*, como dice el Sauto Padre. Porque cuanto es Divino, y la Caridad lo es, no tiene vejez, es siempre presente y resulta como el último y más moderno recurso.

CONVIVENCIA. MODALES

Cada año, Pilar Primo de Rivera, en su discurso de apertura del Consejo de la Sección Femenina, señala una tarea, da una consigna para el año de trabajo que se inicia. Y la de este año parece que en cierto modo también se relaciona con la Paz. Se trata nada menos que de revisar nuestro sentido de convivencia social. Se trata de perfeccionar nuestros modales para hacer más grata, civilizada y decorosa nuestra convivencia entre españoles. Y si la convivencia es armoniosa, será porque se respetó el derecho ajeno y este respeto engendra la paz. Alejemos la ambición desmedida que perjudica a nuestro prójimo, alejemos la «racha» y

el «empujón» y el «quítate tú para que me ponga yo».

Ahondando los principios de la buena educación nos encontramos con los Mandamientos de la Ley de Dios y con los preceptos evangélicos. Pero en el discurso de Pilar Primo de Rivera, con un sentido práctico del problema, y con un sentido muy pedagógico, se alude a los problemas de educación externa, formal. Porque en Pedagogía se contradice el refrán y se afirma que «el hábito hace el monje». Dice Pilar, por ejemplo:

“Hay miles y miles de seres que descuelven su vida en una espontaneidad salvaje, aminorada en algunos casos por la inteligencia natural, pero que hacen, en general, de España un país en algunos aspectos poco presentable. Lástima, por otro lado, ya que la falta de una fácilmente adquirible prestancia exterior viene a enturbiar una serie de buenas condiciones inherentes al pueblo español y que él sólo tiene, que de aunarlas con una serie de normas de convivencia social, tendrían a hacer de nuestros compatriotas los hombres más maravillosos de la tierra.”

¿A qué normas de convivencia alude Pilar?

Empecemos por las puramente formales, las que se relacionan con el decoro y la civilización en el sentido material. ¿Qué clase de pereza es la que induce a los dueños, camareros y concurrentes a un bar cualquiera de la capital española, para desparramar por el suelo los caparzones y las cabezas de los más ricos mariscos de las costas Cantábricas y Mediterráneas?

¿Con qué argumento justificamos la existencia de una pequeña pocilga, al ex-

tremo de cualquier vagón de tercera, de segunda y hasta de primera clase de los ferrocarriles españoles? Y es más, ¿cómo justificamos la *indiferencia colectiva* ante el hecho indudable?

¿Creemos que nuestra falta de consideración hacia el prójimo es un mal irremediable? ¿Consideramos que el español es irremediabilmente descuidado?

El español no es descuidado ni aun en los menos educados extractos sociales. Prueba de ello es la puerilidad de las más modestas viviendas. Las encaladas cuevas del pueblecito La Guardia, dan un mentís...

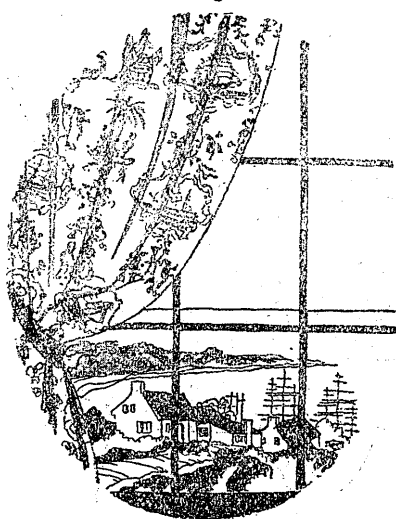
Por ahora, lo que parece irremediable si no se combate, es la desconsideración hacia el público en general. Y ésta podemos apreciarla en el lavabo público, en las toses durante el concierto y el sermón, en las calles mal olientes y llenas de basuras, de algunos suburbios, en el abu-

so de «las recomendaciones» y «del soborno».

Crear una conciencia de respeto al vecino es tarea lenta y tarea pedagógica, de la que empieza con el niño.

Y entre las frases del discurso de Pilar entresacamos ésta:

''Ya el Ministro de Educación, movido por esta misma inquietud, está elevando la dignidad del Magisterio con mejoras intelectuales y materiales, dentro, naturalmente, de las escasas posibilidades de España. Pero no es sólo cuestión de dinero, es, principalmente, de vocación, de sentido de misión en la tarea de enseñar, de gracia para atraernos a padres y niños, de que todos nos convertamos de que cada uno de nosotros tenemos obligación de servir a Dios, a la Patria y a nuestra propia conciencia, y nada mejor para este triple servicio que la ocasión o la vocación que la vida nos depara.''



HOGAR

FLECHAS Y FLECHAS AZULES

¡Habéis crecido! ¡Qué tragedia! ¿Cómo utilizar los vestidos del año pasado que están aún en buen estado?

He aquí algunas ideas:

F.—*Dibujo núm. 1.*—Una falda a pliegues demasiado corta. Si podéis encontrar la misma tela, hacédle un canesú liso; si no tenéis tela, quitad cuatro pliegues del centro de detrás, y con ellos hacéd el canesú.

F. A.—*Dibujo núm. 2.*—Incrustad en la falda una tela distinta que ensanche y

alargue la falda como se ve en el dibujo. Abrochad la falda delante.

F.—*Dibujo núm. 3.*—Si tenéis de la misma tela, podéis hacerle un canesú fruncido. Si no la tenéis buscad una tela en tono liso del tono dominante en vuestra falda y ponédle una tira formando dobladillo.

F.—*Dibujo núm. 4.*—Haced en un tono liso que combine con uno de los tonos del vestido el canesú en punta, ponéd en el mismo tono una tira partiéndolo de



FLECHAS
N.º 1

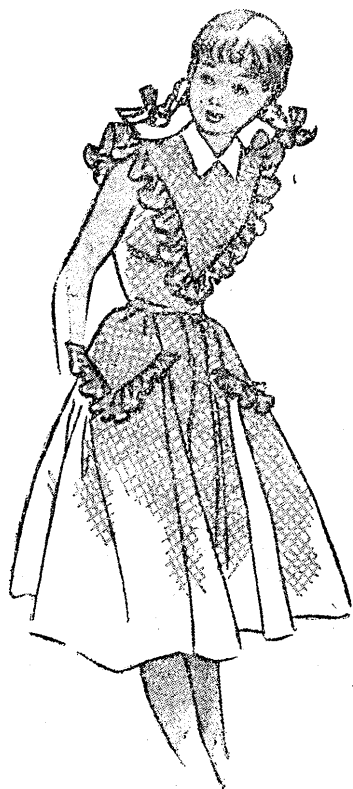
FLECHAS AZULES
N.º 2

FLECHAS
N.º 3

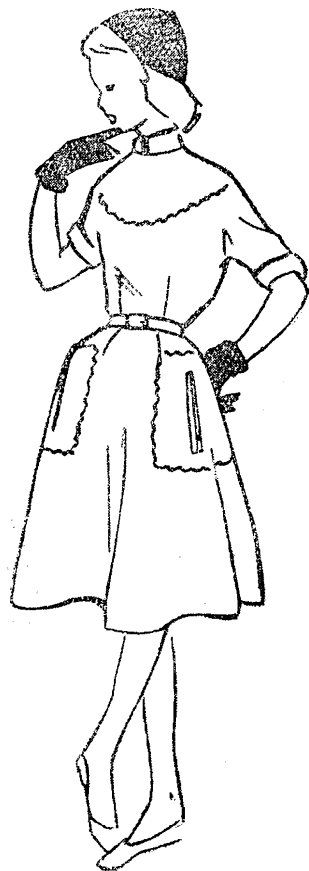
la cintura de la anchura necesaria para que el largo del vestido quede bien y que cubra los pisos de los bolsillos. Con la tela que habéis sacado del canesú haced un cuello de la misma forma que el blanco, que pondréis en vez o debajo de éste. Si es menester, podéis poner del canesú que habéis sacado una pieza debajo de cada brazo, para dar un poco más de holgura al cuerpo.

F. A.—*Dibujo núm. 5.*—Para ensanchar y alargar este vestido de lanilla azul podéis comprar una tela a cuadros blancos y azules. Poned en el delantero un pechero de cuadros con un cuello camisero vuelto, cerrado por un lazo hecho

con un cordón de lana de la misma tela del vestido (podéis hacer el cordón con la tela que sacaréis de debajo del pechero). El pechero abrocha de arriba abajo con ojales y botones. La trencilla de zig-zag que adornaba el antiguo delantero puede bordear el pechero. Poned alrededor de los bolsillos tela a cuadros que bordearéis también con el zig-zag. Para alargar la falda ponéd sencillamente un dobladillo a cuadros. Si encontráis del mismo zig-zag ponéd también en la unión del dobladillo y la falda. Si no encontráis de la misma trencilla, os conviene cambiarla toda, pues así no tendrá el vestido aspecto de «remiendo».



FLECHAS
N.º 4



FLECHAS
AZULES
N.º 5

Anestesia de las abejas

POR MARÍA ESTREMER DE CABEZAS



ARIAS revistas de apicultura extranjeras y alguna española se han ocupado de este tema recientemente, presentándolo, caso curioso, como novedad, cuando en verdad es tema conocido desde hace muchos años, con certeza más de veinte, y se menciona en varios libros, incluso españoles y de los de más difusión.

Como ha producido bastante impresión en no pocos principiantes, y en alguno de los artículos aludidos se trata de la anestesia, comprendiéndola casi entre las prácticas más usuales y útiles del colmenar, sin explicar con bastante detalle cómo debe emplearse y cuándo puede resultar beneficiosa, abordé el tema, para mí muy conocido, y aplicado escasísimas veces, una vez satisfecha mi siempre insaciable curiosidad de ver por mis propios ojos cuanto respecto a abejas aprendo.

Para bien comprender cuanto a la colmena se refiere, es indispensable recordar siempre que debemos considerar a la población en ella encerrada como un solo ser capaz, como todos los vivos, de saludable desarrollo, reproducción, crecimiento y fortaleza, al par que expuesto a debilitaciones, taras, enfermedades, e incluso muerte, si bien como tal ser, debemos entenderle inmortal y esforzarnos siempre en tener en nuestras intervenciones la suficiente pericia y oportunidad

para lograr de hecho la inmortalidad, en realidad muy fácil de sostener.

A este ser puede haber momentos de necesaria conveniencia de aplicarle un anestésico, cual se hace con los humanos y animales domésticos, pero también es indispensable pensar siempre que es un recurso excepcional y para casos muy meditados.

Cuando por primera vez se pensó usar la anestesia sobre las abejas se ensayaron los mismos productos empleados en la medicina, por vía respiratoria: cloroformo, éter y gas hilarante, o sea, óxido nítrico, ganando este último la primacía, tanto por la sencillez de su manejo como por los efectos logrados, y así, mientras el óxido nítrico casi desaparecía de clínicas y gabinetes dentales, encontró su perduración en los apíarios, reapareciendo ahora con mayor ímpetu.

Y digo con mayor ímpetu porque, según me permite deducir algunas de las cartas que recibo y uno de los artículos leídos en revista apícola francesa, se le pretende dar un puesto casi permanente en los trabajos del colmenar. Reflexiónese; la anestesia no debe prodigarse con ninguna especie de seres vivos, tan sólo ha de emplearse en momentos e intervenciones ocasionales y de importancia, sus efectos no siempre pueden calcularse en toda su amplitud, y ya ha habido algún

apicultor que asegura, según experiencias que no detalla, pero afirma haber realizado, acorta la vida de las abejas así tratadas.

Como utilidad ofrece, de modo indudable, y se viene confirmando desde que por primera vez se habló de su empleo, que hace perder de un modo completo y absoluto la memoria a las abejas.

Al despertar del sueño letárgico se han borrado de su memoria todos los recuerdos, pero no los instintos y apetencias naturales en ellas. Es renacer a una nueva vida, vida de abeja. Tiene verdadero interés para el colmenero lograr tal cambio mental en sus obreritas, pero, vuelvo a insistir en que se reflexione; no es, ni mucho menos, de conveniencia frecuente. Cuando sea preciso cambiar el emplazamiento de una colmena dentro del colmenar o a poca distancia y se desee no pierda ninguna de sus pecoreadoras, está indicado recurrir a la anestesia.

También puede ser muy útil en los casos de colmenas zanganeras que se resisten a labrar cúpulas reales en los panales de buena cría que se les suministran procedentes de otra y tampoco las hacen sobre las larvas nacidas de los huevos puestos por ellas, de los cuales no pueden nacer más que zánganos; pero repetidas veces he dicho que en este caso de existir realeras con larvas impropias para dar lugar a una reina se logra ésta facilísimamente y casi sin fallo alguno con sólo cambiar la larva en ellas situada por otra de obrera tomada de la mejor colmena del apiario.

De ser ya muy avanzada la estación y, por tanto, imposible la cría en la colmena zanganera y disponiendo de una reina fecundada, que no sería aceptada por las

ponedoras ni aun recurriendo a darla enjaulada, se consigue la admitan anestesiándolas previamente.

A mi juicio, son estos los dos únicos casos en que conviene emplear el gas hilarante, ambos nada frecuentes.

Veamos ahora cómo se emplea: El óxido nitroso o gas hilarante se genera al someter a alta temperatura el nitrato amónico. Se comienza por encender el ahumador con palitos o trozos de madera, nunca con trapo o cartón, pues no da suficiente calor. Cuando lleva un rato, ya apenas da humo y el combustible es una brasa, se echa un poco de nitrato amónico, la cantidad que puede cogerse entre los dedos, y se cierra el ahumador, del cual a los pocos segundos sale un humo muy blanco y compacto, el óxido nitroso o gas hilarante, dándose entonces por piquera dos o tres bufaradas, tapando inmediatamente la piquera hasta que cese todo bordoneo de las abejas, cuestión también de menos de un minuto.

Alcanzado este silencio debe abrirse inmediatamente la colmena y sacar algún panal para dar completa ventilación a las abejas, que estarán como muertas en el fondo, y algunas, también narcotizadas, aún aferradas a los panales. Su sueño narcótico no dura más que minutos, pero durante ellos se lleva con presteza la colmena al nuevo lugar donde se la quiere instalar.

Se despiertan lentamente y, de momento, no vuelan; si es numerosa la población, debe removerse el montón de abejas anestesiadas para que todas tengan aire suficiente y no se asfixien. Poco a poco van reanudando su actividad y empiezan vuelos de orientación, pues, como

han perdido la memoria, necesitan reconocer su casa.

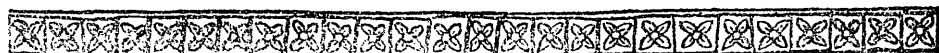
El anestésico por sí no daña a las larvas en cría, pero las abejas tardan mucho, varias horas, en reanudar su vida laboriosa, y ocurre que gran número de larvas mueren por abandono de las nodrizas, de hambre y frío. Por tal razón, cuando se trata de cambiar de sitio la colmena debe comenzarse por llevarla en pleno día a su nuevo asiento sin narcotizar, y colocar donde estaba otra caja con un par de panales de la colmena que se desplaza, para que en ésta se refugien las pecoreadoras en vuelo y las que salen después de trasladada. Para ello conviene pasen algunas horas en dicha posición, y al anochecer, una vez que todas las pecoreadoras se han refugiado en la nueva colmena, se narcotiza ésta, como acabo de decir, y las abejas dormidas se llevan donde están sus hermanas, uniéndolas a ellas como si se tratara de una reunión de poblaciones desemejantes.

Con tan pequeña variación, nada trabajosa, se salva la vida de muchas larvas, e incluso de abejas, pues siendo menor el número de las narcotizadas hay menos peligro de que algunas se asfixien.

En todos los casos la población tratada con gas hilarante tarda tres o cuatro días en recuperar su completa actividad, y siempre son algunas las abejas que mueren en tal intervención.

Si la anestesia se hace para dar una reina fecundada a colmena zanganera, basta con quitar para siempre los panales que tengan cría, anestesiarse como queda dicho, y cuando se ha ventilado bien la caja y comienzan a despertar, poner la nueva reina sobre un panal y dejarlas tranquilas.

El nitrato amónico puede comprarse en la droguería, pero es preciso conservarlo en frasco bien tapado y lacrado, por ser muy delicoescente.



Calendario del apicultor

MES DE JUNIO

Para casi todos nuestros colmenares es el mes de la gran mielada y, por tanto, el cuidado del colmenero ha de centrarse en que todas sus cajas tengan espacio suficiente para almacenar la cosecha, colocando a tiempo las alzas precisas con el mayor número de panales estirados posible, y si faltan poner marcos con hojas de cera completas. Atención exquisita que ni en el nido ni en las alzas queden espacios vacíos, pues harían panales de

ocasión pendientes de la tapa y afianzados en los costados, que luego molestan mucho. El dejar bien repleto todo el espacio de colmena no implica inconveniente para poner en las alzas tan sólo nueve marcos, pero distanciados por igual entre ellos para que puedan engrosarlos, si la cosecha es buena, facilitan extraordinariamente la tarea de extraer estos panales gordinflones.

El proceso de la función clorofílica

POR EMILIO ANADÓN

C

ON las nociones expuestas anteriormente de los métodos que se utilizan en el estudio de los procesos químicos que ocurren en la función clorofílica, vamos a comenzar éste.

Suministremos primeramente a una suspensión de algas, anhídrido carbónico, con carbono radiactivo, en la oscuridad. A los pocos segundos se puede demostrar que dicho carbono ha sido fijado por las algas y que se han formado con él sustancias orgánicas. En los primeros minutos estas sustancias son casi exclusivamente ácidos orgánicos que poseen el 95 por 100 del carbono fijado. Estos ácidos son sencillos, y existe también algún aminoácido. Son principalmente ácido málico (de las manzanas), cítrico (de los li-

mones), fumárico, succínico y aspártico, así como el aminoácido alamina, uno de los más sencillos. Son todos ácidos de tres o cuatro carbonos en su molécula y, precisamente, el radiactivo fijado está en un extremo formando el grupo ácido —COOH. El anhídrido carbónico absorbido, por lo tanto, se une a una cadena de dos o tres átomos de carbono, y lo hace introduciéndose entero para formar el grupo ácido. Ahora bien, si la planta dispone también de oxígeno para respirar, entonces, al cabo de algún tiempo, los carbonos radiactivos se van encontrando también en azúcares, almidón e incluso en grasas y albuminoides que, indudablemente, proceden de aquellos ácidos. La transformación del anhídrido carbónico en materia orgánica es, por lo

tanto, independiente de la luz, al contrario de lo que se había creído hasta hace unos años unánimemente. No sólo esto, sino que... ¡los animales son también capaces de formar materia orgánica a partir del anhídrido carbónico; Basta suministrar anhídrido carbónico «marcado» a una rata, para que el glucógeno de su hígado manifieste radiactividad, señal evidente de que este carbono ha sido fijado. Quizá éste haya sido el resultado más sorprendente de estas investigaciones.

Si, en cambio, la planta en la oscuridad y ausencia de oxígeno, recibe anhídrido carbónico, entonces sólo se forman los ácidos citados; lo que quiere decir que la energía necesaria para la transformación de estos ácidos en aquellas sustancias se obtiene por la respiración normal.

Cuando el anhídrido carbónico «marcado» se suministra al alga iluminada, lo primero que se observa es que éste es fijado de diez a cien veces más de prisa que en la oscuridad y, además, que a los pocos segundos el 50 por 100 del carbono radiactivo absorbido se encuentra en el ácido fosfoglicérico, que antes no aparecía, ácido formado por la unión del glicérico y el ácido fosfórico. A los cuatro minutos esta proporción disminuye a un 20 por 100, creciendo la de azúcares fosforados, a los que indudablemente da origen este ácido. Se forman también ácidos orgánicos, pero en mucha menor cantidad, principalmente el pirúvico, el málico y el aminoácido alamina. Estos hechos parecen demostrar que el ácido fosfoglicérico es el primero o, mejor dicho, uno de los primeros productos de la fotosíntesis.

Siempre el carbono radiactivo se encuentra en el grupo ácido, lo que indica

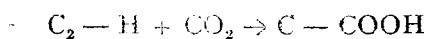
que se ha formado el ácido glicérico por unión de una cadena de dos átomos de carbono con el anhídrido carbónico. Ahora bien, si se prolonga la exposición a la luz se comienza a encontrar ácido fosfoglicérico con dos y tres carbonos radiactivos. A los dos minutos ya se encuentran de estos tipos. Esto hace suponer que el ácido fosfoglicérico primeramente formado divide su cadena en trozos, que por unión de otras moléculas de carbónico se convierten nuevamente en este ácido, y este proceso se repite indefinidamente, destacándose algunas de las moléculas formadas para iniciar otras reacciones, principalmente la formación de azúcares, fructuosa, glucosa y sacarosa. Naturalmente, para formarse ácido fosfoglicérico, es necesario que los grupos ácidos sean reducidos a aldehídicos o alcohólicos sucesivamente, reducción que estudiaremos más adelante.

¿Qué sustancia es la precursora del ácido fosfoglicérico? No se conoce con seguridad, pero parece ser un compuesto con dos átomos de carbono. Si se ilumina unos segundos un alga en presencia de anhídrido carbónico marcado, y luego se le retira éste y se vuelve a iluminar, esta segunda iluminación hace desaparecer las sustancias formadas primeramente y el carbono aparece formando dos ácidos de dos átomos de carbono: el glicólico y la glicocola. Sin embargo, estas sustancias, aunque deben estar estrechamente relacionadas con el precursor del ácido fosfoglicérico, no parecen serlo, al menos directamente. Lo cierto es que todavía no se ha logrado saber cuál es este precursor, ya que ninguna de las teorías elaboradas para explicar su formación es enteramente satisfactoria.

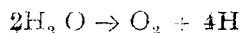
Hemos dicho anteriormente, que el ácido fosfoglicérico tenía que reducirse para poder continuar el ciclo de su formación. Pues bien, es indudable que tal reducción se efectúa por medio del hidrógeno separado del agua por la clorofila, si bien el mecanismo no está aclarado todavía. Suministrando a una planta agua con oxígeno radiactivo, se observa que el oxígeno que desprende dicha planta durante la función clorofilica es también radiactivo, prueba evidente de que procede del agua y no del anhídrido carbónico. La acción fotoquímica de la clorofila consiste, por lo tanto, en descomponer el agua con la energía luminosa, liberando oxígeno y reteniendo hidrógeno, que es cedido a un «portador», la Coenzima II, que no se sabe exactamente por qué procesos llega a reducir el grupo carboxilo del ácido. Este hidrógeno puede reducirlo completamente, aun en ausencia de la luz, como se prueba con las siguientes experiencias: iluminando una planta en presencia de anhídrido carbónico y oxígeno, o bien en ausencia de ambos, cierto tiempo, pasando luego a la oscuridad, y, administrándole anhídrido carbónico «marcado», se observa que éste es fijado y forma los productos normales de la fotosíntesis, si bien, como es natural, en menor cantidad. Prueba evidente de que el hidrógeno retenido por la Coenzima II es capaz de efectuar la reducción en ausencia de la luz.

Como resultado de todo lo expuesto podemos resumir lo que ocurre en la fotosíntesis de la siguiente manera: Un pre-

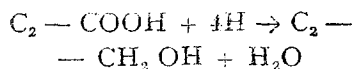
cursor de dos átomos de carbono fija una molécula de anhídrido carbónico



La clorofila separa el hidrógeno de dos moléculas de agua

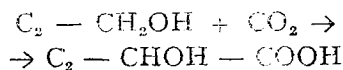


y con él reduce el grupo ácido

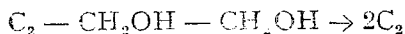


a alcohólico.

El nuevo cuerpo formado fija otra molécula de carbónico

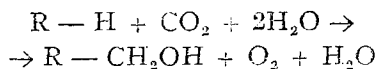


que es nuevamente reducida y se parte en dos moléculas de dos átomos de carbono que forman nuevos precursores



que, a su vez, reanudan el ciclo, separándose algunas moléculas para formar, no sólo azúcares, sino, si las necesidades de la planta lo requieren, también directamente grasas y albuminoides.

La ecuación general podemos escribirla, por lo tanto, así:



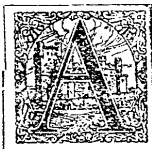
Como se puede ver, la interpretación actual es completamente distinta a la tradicional de hace unos años.

Abril, 1954.

ACTUALIDAD

¡Cómo tira de nosotros!

POR JOSÉ MARÍA SANZ BRIONES



SI, con ese lenguaje tuyo, original y apasionado, expresión de un ímpetu riguroso y entero, vehículo de un orden nuevo, de ese «orden más justo» al que aspiramos los que te oímos y te conocimos, y la gran masa de convertidos, con ese lenguaje que «tira de nosotros» como tiraba de ti la Patria, la justicia y la revolución, cuyos conceptos limpios, sin romanticismos ni retórica, pero sí con exquisito rigor intelectual, trataste maravillosamente..., de esta forma, camarada José Antonio, quisiéramos tratar tu supervivencia.

Pero nos falta esa categoría intelectual, nos falta esa dialéctica tuya, fecunda realidad del espíritu, que prefiguraba posibilidades nuevas para una revolución política, porque nadie como tú ha sabido ennoblecer hasta la plenitud una bella acción revolucionaria en el campo político, nadie como tú ha sabido llevar a la política «el juego infalible de las normas»,

visión ordenada de eminente jurista... mente, platónica, cuya filosofía acaso pudiera resumirse en los conceptos esenciales de verdad y bien.

La clave de tu obra, el secreto de tu misión, es el amor. Para empresa tan noble adoptaste, al venir del Foro a la política una entera, exigente y razonada actitud espiritual frente a los tremendos problemas de España: el problema del hombre, el de la patria, el de la justicia y el de la revolución. Con tus normas estamos resolviéndolos, con el rigor de tu doctrina las nuevas generaciones se van formando en un estilo, en una forma de ser; la legislación va incorporando, día tras día, las más atrevidas conquistas sociales, y el sentido de lo español se impone en el mundo como lo más serio que se puede llevar...

Había que reformar al individuo, «portador de valores eternos», «envoltura corporal

de un alma capaz de condenarse y de salvarse», llevarle por la inteligencia a ese «magisterio de costumbres y refinamientos» a «ordenar la más humilde de nuestras tareas diarias».

Y nosotros te amamos y te seguimos porque tú amabas al hombre, porque lo eras tú en el más noble sentido, aristócrata ejemplar, amigo de la matemática y cultivador apasionado del Foro; porque supiste sacar en tu profunda formación filosófica, dos conceptos esenciales en el conductor de pueblos: el valor del número y la importancia del Derecho. Como consecuencia, el respeto más profundo a la libertad humana.

Nos devolviste también el orgullo de la Patria, esa Patria considerada por ti como un destino común y una gran empresa, y en la que encontraste los profundos motivos para que los genios de la disgregación no anidasen nunca en las torres seculares de los pueblos de España. Tu espíritu estaba es nosotros en aquellas dos inmensas manifestaciones, gloriosos plebiscitos de unidad, de orgullo, de independencia y de fe, que tuvieron como escenario el marco incomparable y emocionante de la plaza de Oriente. Lo estuvo también en el histórico y grandioso acto del campo de Chamartín. Y esto lo aprendimos de ti, cuando en un octubre, triste y decadente, llegaste con tus fieles a la Puerta del Sol, enfervorizando al pueblo madrileño y devolviéndole la confianza, al frente de aquel tosco pero emotivo cartel que gritaba desgarradoramente: «¡VIVA LA UNIDAD DE ESPAÑA!»

Y nosotros aprendimos de ti lo que es un gran estado militante y popular, y en esta hora clara, cuando el mundo nos da la razón después de negarnos el agua y la sal, nos quema la ambición de una patria grande y de una justicia social completa, porque únicamente con esta justicia social revoluciona-

ria es como podremos exigir —si fuera necesario— para la libertad de la Patria sacrificios al pueblo.

Porque tuyas son las palabras: «Falange será el portavoz apasionado de una justicia social profunda», y también elocuentemente hablabas de los «derechos individuales de los que no pueden cumplirse nunca en la casa de los famélicos»..., y nos dijiste que «el nivel de vida de las clases media y popular es desconsoladoramente bajo»..., y desennascarabas «la ventosa capitalista» propugnando «la reforma crediticia»... Y el agro español oyó de tus labios que «había que delimitar las áreas cultivables, devolviendo al bosque las tierras inaptas e instalando al pueblo labrador *revolucionariamente*».

* * *

El Fundador amó profundamente la libertad del hombre y afirmó que éste «no es libre cuando está hambriento». Por eso, estas aspiraciones de justicia social van incorporándose, sin demagogia, pero sin retrasar fecha, a nuestras leyes sociales, para verificar una plena y constructiva revolución, cumpliendo de esta forma la suprema voluntad de José Antonio, que dió por España, además de la vida, hasta el pequeño capital que logró formar con el ejercicio de la carrera de abogado, como nos revela Garcerán, su antiguo pasante.

Así fué José Antonio, que llevó a la política la suprema virtud de la ejemplaridad, cuyos fundamentos principales son: la inteligencia y la trascendencia. Con el ejemplo, la justicia, la integración y el decoro. Así, realizó un programa de magnífico equilibrio intelectual, y su visión de la política fué de una elegancia, de una altura, de una armonía, que puede servir de norma, no sólo en la definitiva estructuración legal de España, empapada ya de doctrina «joseantoniana»,

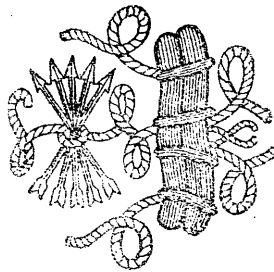
sino en la ordenación del caos político de un mundo, de una Europa aferrados a legalismos trasnochados e inoperantes.

Pero de nada serviría la trascendencia, el ejemplo de la vida y de la obra del Fundador y su sacrificio final, si ese parto de dolor, que fué el amanecer de España, catástrofe espantosa, nutrida de muertos heroicos, de asesinatos en masa, de horribles torturas en las checas, de amaneceres siniestros y de destrucciones irreparables de la riqueza patria, fuera únicamente en nosotros ropaje externo que encubriera una vida miserable y vana. Mil veces malditos los que comer-

cien con tanto heroísmo, con tanto sufrimiento, con tanta abnegación.

* * *

Que tu doctrina, camarada José Antonio, que tanto ha calado en nosotros, en los que te seguimos en los días de siembra y en las nuevas generaciones, se haga espíritu y carne en las viejas tierras de la Patria, para que nunca más, español alguno, pueda encontrarse un amanecer siniestro «ante un Tribunal popular o matándose por los campos de España».



LOS BONOS DE VIAJE DE LA UNESCO

Con la finalidad de allanar las dificultades monetarias, principalmente las de restricción de divisas que ponen trabas en muchos países a los viajes de estudio en el extranjero, así como a las misiones científicas y culturales, la Unesco acaba de poner en circulación una primera emisión de «Bonos de Viaje» por valor de 400.000 dólares (140 millones de francos). Estos Bonos constituyen unos a manera de «cheques de viaje» internacionales que permitirán a los estudiantes, miembros del cuerpo docente, hombres de ciencia, etc., que se dirijan a universidades o a instituciones extranjeras, procurarse las divisas necesarias para su desplazamiento.



FORMACION
DE
JUVENTUDES

ACTIVIDADES
VOLUNTARIAS



La Sección Femenina tiene editado un folleto con las Canciones Populares para Escolares, en el que están contenidas todas las canciones que se exige en los cuestionarios publicados por Orden Ministerial de 6 de febrero de 1953.

Programa de música para Albergues

Como todos los años, el programa del mes de junio es más extenso, por dedicarlo a los Albergues de Juventudes. Va dividido para dos edades: canciones infantiles, para las pequeñas, y canciones populares, para las mayores. Para interpretar las primeras, las normas son: sencillez, claridad y alegría. Las canciones populares dependen del estio que tengan, del asunto que traten y de la Región a que pertenezcan; por eso no pueden regirse todas por las mismas normas.

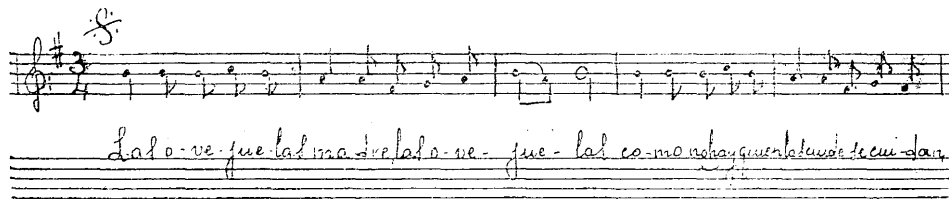
Como siempre, lo más difícil es el Grego-

riano; sin embargo, con paciencia se vence también esa dificultad, que reside principalmente en el latín. Explicad primero la traducción del texto, enseñad la letra latina y, por último, aplicadle la melodía.

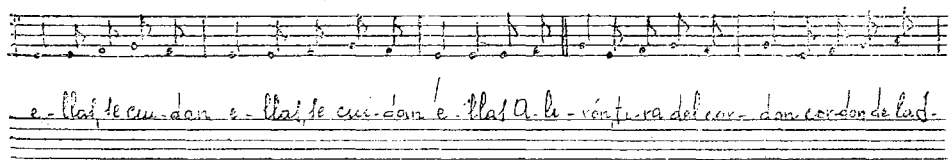
Si a este programa añadís el que en el transcurso del año ha ido publicando CONSIGNA, tendréis un repertorio bastante extenso y para todas las ocasiones.

No estáis autorizadas a enseñar otras canciones que las publicadas en CONSIGNA. La Inspección comprobará si lo habéis hecho así.

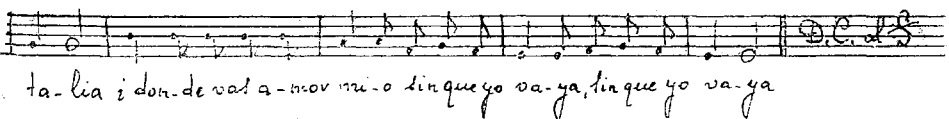
Las ovejuelas, madre



La o-ve-je-las ma-dre, la o-ve-je-las co-mo no hay quien las cuide, se cuide-
dan.



e-las, se cuide-
dan e-las, se cuide-
dan e-las a la ven-tu-ra del cae-
don con don de las-



ta-lia i don de va a-mov ni o sin que yo va-ya, sin que yo va-ya

Las ovejuelas, madre,
las ovejuelas,
como no hay quien las cuide,
se cuidan ellas.

Alirón,
tira del cordón,
cordón de la Italia,
¿dónde vas amor mío,
sin que yo vaya? (bis).

La niña a la fuente
sale temprano,
muy olorosas flores
halla en el campo.

Alirón,
tira del cordón,
cordón de Valencia,
¿dónde vas amor mío,
sin mi licencia? (bis).

Cantan los pajaricos
en la alameda,
cantan en las mañanas
de primavera.

Alirón,
tira del cordón,

cordón de la Italia,
¿dónde vas amor mío,
sin que yo vaya? (bis).

Para ser lechuguino
se necesita,
un pantalón de paño
y una levita.

Alirón,
tira del cordón,
cordón de Valencia,
¿dónde vas amor mío,
sin mi licencia? (bis).

Un bastón de La Habana
y un buen sombrero,
y un chaleco muy corto
de terciopelo.

Alirón,
tira del cordón,
cordón de la Italia,
¿dónde vas amor mío,
sin que yo vaya? (bis).

Tiene la tarara

Tiene la ta - ra - ra u - na mar - te - le - ta que se la ha ga

va - do ha - sien - do cal - ce - to la ta - ra - ra si la ta - ra - ra no la ta

ra - ra ni - na de mi co - va - zón ni - na que la bai - lo yo

Tiene la tarara
 una manteleta,
 que se la ha ganado
 haciendo calceta.
 La tarara, sí,
 la tarara, no,
 la tarara, niña
 de mi corazón.

Tiene la tarara
 un dedito malo,
 que no se lo cura
 ningún cirujano.
 La tarara, sí,
 la tarara, no,
 la tarara, niña
 de mi corazón.

Tiene la tarara
 un vestido blanco,
 que sólo se pone
 en el Jueves Santo.
 La tarara, sí,
 la tarara, no,
 la tarara, niña
 que la bailo yo.

Tiene la tarara
 un cesto de flores,
 y si se las pido
 me da las mejores.
 La tarara, sí,
 la tarara, no,
 la tarara, niña
 que la bailo yo.

A la cinta, cinta de oro

The musical score is written on three systems of a grand staff (treble and bass clefs). The first system includes a key signature of one sharp (F#) and a 2/4 time signature. The melody is written in the treble clef, and the lyrics are written below the staff. The second system continues the melody and lyrics. The third system concludes the piece with a double bar line and the word 'FIN' written in large letters. There are some handwritten annotations in the score, such as '13', '10', '2', 'F#', and 'D.P. al S'.

a la cin-ta cin-ta de-o-ro cin-ta de-o-ro de mi rey que me ha
 di-cho que no me-que me han dicho en el camino
 qué lindas hijas tenéis
 neil Es-ta no la que-ro por-que se-lo-na que se-cre-er-na
 ro-ta que pa-re-er-er-er-a ca-la-di-to-da-na-er-en el mal-er-er-er-er-a

A la cinta, cinta de oro,
 cinta de oro de mi rey
 que me han dicho en el camino
 qué lindas hijas tenéis.

Si las tengo o no las tengo,
 eso no le importa a usted;
 a las tres hijas que tengo
 ya las sé yo mantener.

A Francia vuelvo señora,
a los Palacios del rey,
a contarle a mi señor
los modos que me tenéis.

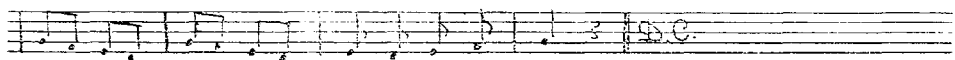
Vuelva, vuelva, caballero,
no sea tan descortés:
de las tres hijas que tengo
la mejor será «pa» usted.

Esta no la quiero
porque está pelona,
ésta me la llevo
por linda y hermosa;
que parece una rosa,
que parece un clavel,
acabadito de nacer
en el más rico vergel.

Al alimón, al alimón



Al a-li-món, al a-li-món que se ha ro-to la fue-n-te al



a-li-món al a-li-món man-dad-la com-po-ner

Al alimón, al alimón,
que se ha roto la fuente.

Al alimón, al alimón,
mandadla componer.

Al alimón, al alimón,
no tenemos dinero.

Al alimón, al alimón,
nosotras lo tenemos.

Al alimón, al alimón,
de qué es ese dinero.

Al alimón, al alimón,
de cascarón de huevo.

Al alimón, al alimón,
pasen los caballeros.

Al alimón, al alimón,
nosotras pasaremos.

Quisiera ser tan alta

(Corro)

Quisiera ser tan alta
como la luna,
¡ay!, ¡ay!,
como la luna (bis),

para ver los soldados
de Cataluña,
¡ay!, ¡ay!,
de Cataluña (bis).

De Cataluña vengo
de servir al rey,
¡ay!, ¡ay!,
de servir al rey (bis),

con licencia absoluta
de mi coronel,
¡ay!, ¡ay!,
de mi coronel.

Al pasar el arroyo
de Santa Clara,
¡ay!, ¡ay!,
de Santa Clara (bis),

se me cayó el anillo
dentro del agua,
¡ay!, ¡ay!,
dentro del agua (bis).

Por sacar el anillo
saqué un tesoro,
¡ay!, ¡ay!,
saqué un tesoro (bis).

Una Virgen del Carmen
y un San Antonio,
¡ay!, ¡ay!,
y un San Antonio (bis).



Qui- tie- ra ser tan al- ta co- mo la lu- na, ¡ay, ay, co- mo la lu-
ra ser.



ra, co- mo la lu- na Pa

Mambrú se fué a la guerra

(Corro)



Mam- brú se fué a la gue- rra ¡vi- va! a- mor! no sé cuan- do ven-
drá



drá ¡vi- va! ro- ta en tu ro- tal no tal de

Mambrú se fué a la guerra,
¡viva el amor!,
no sé cuándo vendrá,
¡viva la rosa en su rosal!,
no sé cuándo vendrá,
¡viva la rosa en su rosal!

Si vendrá por la Pascua,
¡viva el amor!,
o por la Trinidad,
¡viva la rosa en su rosal!,
o por la Trinidad,
¡viva la rosa en su rosal!

La Trinidad se pasa,
¡viva el amor!,
Mambrú no viene ya,
¡viva la rosa en su rosal!,
Mambrú no viene ya,
¡viva la rosa en su rosal!

Se suben a la torre,
¡viva el amor!,
por ver si viene ya,
¡viva la rosa en su rosal!,
por ver si viene ya,
¡viva la rosa en su rosal!

Por allí viene un paje,
¡viva el amor!,
qué noticias traerá,
¡viva la rosa en su rosal!,
qué noticias traerá,
¡viva la rosa en su rosal!

Las noticias que traigo,
¡viva el amor!,
dan ganas de llorar,
¡viva la rosa en su rosal!,
dan ganas de llorar,
¡viva la rosa en su rosal!

Que Mambrú ya se ha muerto,
¡viva el amor!,
lo llevan a enterrar,
¡viva la rosa en su rosal!,
lo llevan a enterrar,
¡viva la rosa en su rosal!

En caja de terciopelo,
¡viva el amor!,
con tapa de cristal,
¡viva la rosa en su rosal!,
con tapa de cristal,
¡viva la rosa en su rosal!

Y encima de la caja,
¡viva el amor!,
tres pajaritos van,
¡viva la rosa en su rosal!,
tres pajaritos van,
¡viva la rosa en su rosal!

Cantando el pío, pío,
¡viva el amor!,
cantando el pío pa.
¡viva la rosa en su rosal!,
cantando el pío pa.
¡viva la rosa en su rosal!

Cuando sales al campo

(Burgos)

Canción castellana tan sencilla y clara, que solamente hay que procurar que la afinación y dicción sean perfectas.

Como vienes del monte
vienes airosa,
vienes coloradita
como una rosa.

A tomillo me huele
tu pelo, niña,
a tomillo y retama
y a hojas de oliva.

CUANDO SALES AL CAMPO

Recuerda la hel al campo me va a mi a cantar los bo-fa-vi-llod
 con a la gri-a can-tar con a la gri-a por que tu ca-ra el sol se hel fe
 qu-ra de la ma-na-na

Canción asturiana

De tipo humorístico, esta canción no tiene más dificultad que las dos voces, pero la segunda es tan sencilla que la ponemos para

los coros que pueden cantar a más de una voz, en caso contrario, que canten sólo la melodía.

Es un chen la hel-to ría que voy a con tar
 lo lo la la la la la la la
 Ca-to xe ma-vu xaca-to se con un Xuan el fai-lo de ca-sa fe-ly con-ton-tu
 el bus cae llo- mienta- yel a mienta el par Echayo-tro en el mundo nos buscu que Xuan
 la la la la la la la la

Todos los vecinos
mormuren de Xuan,
aso son envidies
y ganes de falar.
Ay mio Xuan del alma
tu non fagas casu,
no salgas del pasu
por el que dirán,
no hay otru en el mundo
más buenu que Xuan.

Dicen que en el cielo
los santos están;
allá irá derechu,
derechu irá el mio Xuan.
Siempre está contentu,
nunca tá folgando,
siempre trabayando
todos lu verán,
no hay otru en el mundo
mán buenu que Xuán.

Ora or goiko (Vasconia)

Las canciones vascas siempre se cantan con gusto, son melodiosas y muy rítmicas. La pequeña dificultad de la letra también puede superarse y merece la pena el esfuerzo de hacerlo sin traducción, que la desvirtuaría.

O-ra or goi-to ar-ra-ti txu ba-ten ku-ku-bak u-mi-ak
E-gungozak aurt-en ku-ku-bak e-gui a-mu lo-trak jan i A-xe bere
ku-ku-ba-ren-zor i txar-a zan! la la va la la va la la va la
la la la la va la la la la la va la la la va la la va la la la
la la va la la la la va la la la la la va la la la

Ora or goiki
Areiziitxu baten
Egin yozak aurt-en
kukubak umiak
kukubak egin
Amiloxak jan
Axe bere kukubaren
Ziritxara zan.

Aupa, mutilak
Gogor jantza egin
Mai onen gañian
Izteai eragin
Bijotz al aya
Beti geuria
Zirkin eta zirkin
Jardun atsed-en baga.

En un roble alto
de ahí arriba. El
cucú ha hecho crías
este año, el cucú
hacer, el milano
comer. Esa sí que fué
del cucú.

Arriba, muchacho,
bailad fuerte. Encima
de esta mesa, moved
las piernas. Nuestro
corazón siempre alegre.
Moveros, moveros, sin
descanso.

Canción de cuna

(Jaén)

Las canciones de cuna responden siempre al mismo objeto: dormir al niño, y cada región parece querer superarse en hallar las más dulces melodías con las letras más tiernas y familiares. Aparte de las características

propias de cada región, la interpretación siempre es lenta, sin exageración, y el matiz de la voz suave y bajo de tono. Puede repetirse la melodía con boca cerrada.



mi-chi-qui-téen-la cu-na ha-ce pu-che-rod y de-qui-tala



ven-ta a los o-lle-rod e-a e-a e-a

Seguidillas

(Murcia)

Las seguidillas no son fáciles de cantar, requieren un estilo y una costumbre, pero estas son bastante sencillas, solamente cuidad

el ritmo, para que la ligereza que pide su ejecución no haga perderlo y resulten con-fusas.

Por el florido trébol
la niña baja:
ríense los arroyos,
las aves cantan.

Blancas coge mi niña
las azucenas,
y estando en sus manos
parecen negras.

SEGUIDILLAS

Pa-el tre-bolfe-ri — do la-ja-la ni — ña
 la-ja-la ni-ña — los ave-yolte ri — en la-a-vo-yol de ri
 en la-a-vo-d til. — ban

Canción de cuna

(Salamanca)

El pa-dre del ni-ño se fue a Sa-la-man-ca le dio el
 ai-re en pom-pa de mar-chó pa-ña-ca-la-ro-ro ro e-a e-
 a —

Si vas «pa» la mar

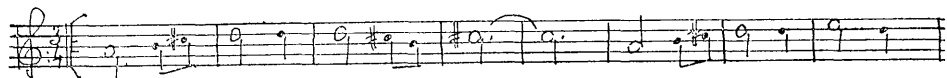
(Andalucía)

Como todas las canciones andaluzas que no pertenecen al género flamenco, rebosa alegría y gracia. Aunque parece ofrecer alguna dificultad, no la tiene. Sólo hay que cuidar la parte rítmica, no exagerando el aire vivo que tiene, para no caer en confusión.

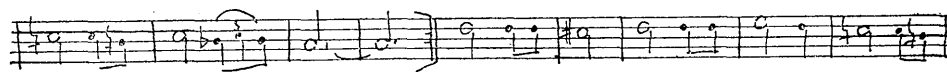
Salamanca la blanca

(Canción de Arada)

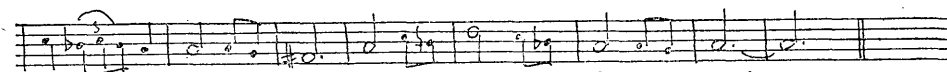
En los campos de Salamanca se oyen canciones que asombran por la belleza de su melodía y por el texto que contienen. La dificultad de ésta reside en sus modulaciones. Cuidad mucho la entonación y que las notas largas no decaigan.



Sa-la-man-ca la blan-ca ————— Sa-la-man-ca la blan-ca
cu-a-tro-car-bo-ne-ri-tad ————— cu-a-tro-car-bo-ne-ri-tad



quién te man-tie-ne — e ————— y el ro-me-rá ten-di-do está y en el tu-man-
que van y vie-nen — en —————



te-o ————— y el pe-re-jil — prendi-do está y en el tu-man-dil —

Salamanca la blanca,
Salamanca la blanca,
quién te mantiene,
cuatro carboneritas
que van y vienen.

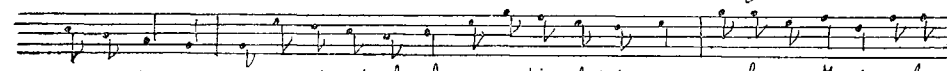
Y el romero
tendido está,
y en él tu manteo
y el perejil
prendido está
y en él tu mandil.

Dos melodías religiosas de puro sabor gregoriano. Su interpretación ha de ajustarse a su estilo clásico.

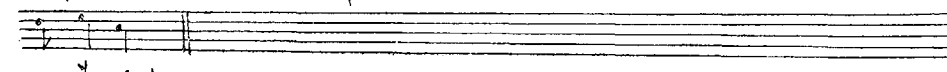
O Quamamabilis es



O qua-ma-má-bi-lis es. bo-ne-je-su. o dul-cis Je-su, quam de-le-cta-bi-lis es



pi e Je-su! O cordis pi-bi-lum, men-tis solá-ti-um! O bo-ne-je-su o bo



ne-je-su!

TRADUCCION

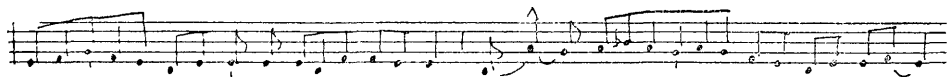
¡Oh, qué amable eres, buen Jesús!
¡Oh, dulce Jesús!
¡Cuán deleitable eres, piadoso Jesús!
¡Oh, alegría del corazón, solaz de la mente!
¡Oh, buen Jesús, oh buen Jesús!

Christum Regem

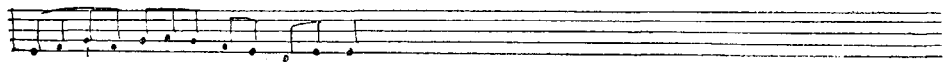
Invitatorio de Maitines en la Fiesta del Corpus Chisti



Christum Re - gem ad - o - ré - mul do - mi - nía - tem - gá - ra - te - bul -



que se man - du - cán - ti - bul dat Spi - ri - tu -



is - - - qué - di - nem

Adoremos a Cristo Rey, dominador de las naciones; Que da la abundancia de su Espíritu a los que de El se alimentan.

NOTA.—Todas estas canciones las podéis encontrar en el libro de Eserverri «Jugando al corro», que se vende en nuestra Regiduría de Prensa y Propaganda.

FORME SU BIBLIOTECA HACIENDO PEQUEÑOS DESEMBOLSOS

LIBROS EDITADOS POR LA DELEGACION NACIONAL DE LA SECCION FEMENINA

DOCTRINALES

Obras Completas de José Antonio (más de 800 páginas, gran formato). Ptas. 30 ejemplar.

Biografía de José Antonio (más de 200 páginas). Ptas. 30 ejemplar.

Ofrenda a José Antonio, por Dionisio Simarro (edición de gran lujo, en papel especialmente fabricado). Ptas. 2 ejemplar.

Letra Y (Historia y presente), por Manuel Ballesteros-Gaibrois (68 páginas). Ptas. 2,25 ejemplar.

José Antonio. Antología. Traducción en inglés (300 páginas). Ptas. 17 ejemplar.

José Antonio. Antología. Traducción en francés. Ptas. 17 ejemplar.

Teoría de la Falange, por Julián Pemartín (56 páginas de texto.) Ptas. 4 ejemplar.

Leciones para Flechas (176 páginas). Ptas. 15 ejemplar.

FORMACION RELIGIOSA

Curso de Religión, por Fray Justo Pérez de Urbel (320 página Ptas. 25 ejemplar.

Guía Litúrgica (36 páginas de texto). Ptas. 2 ejemplar.

Liturgia de Navidad (36 páginas). Ptas. 1,50 ejemplar.

Misa Dialogada (38 páginas). Ptas. 2 ejemplar.

Misa festivo, por el Padre Germán Frade (homilias). 300 páginas; encuadrado en tela con estampación en oro. Ptas. 30 ejemplar.

Nace Jesús (Liturgia de Navidad, villancicos, etc.). Edición en papel couché, impresa a dos colores; 31 páginas. Ptas. 3 ejemplar.

Orações de Juventudes. Ptas. 2 ejemplar.

Orações de Sección Femenina. Ptas. 2 ejemplar.

Misal Completo, de Fray Justo Pérez de Urbel. Encuadrado en piel-chagrín, cantos dorados, ptas. 225 ejemplar; encuadrado en piel y cantos dorados, ptas. 165 ejemplar; encuadrado en tela y cantos rojos, ptas. 140 ejemplar; encuadrado en tela y cantos rojos, ptas. 90 ejemplar.

HOGAR

Ciencia Gastronómica, por José Sarrau, Director de la Academia Gastronómica (324 páginas), con más de 200 grabados. Ptas. 22,50 ejemplar.

Cocina (176 páginas, con un centenar de grabados). Ptas. 15,50 ejemplar.

Convivencia Social, por Carmen Werner (64 páginas). Ptas. 2,50 ejemplar.

Puericultura Pos Natal (48 páginas). Ptas. 5 ejemplar.

Economía Doméstica. Ptas. 20 ejemplar.

Formación Familiar y Social, Primer Curso. Ptas. 7 ejemplar.

Formación Familiar y Social, Segundo Curso. Ptas. 10 ejemplar.

Formación Familiar y Social, Tercer Curso. Ptas. 12 ejemplar.

Higiene y Medicina Casera (84 páginas y cubierta a todo color). Ptas. 7 ejemplar.

Hojas de Labores (patrones y modelos en colores sobre las más primorosas labores). Varios modelos de Hoja. Cada uno, 3 pesetas.

Patrons Graduables Martí. (Seis modelos distintos, con patrones de lencería, vestidos, ropa de caballero, etc.). Ptas. 20 ejemplar.

Manual de Decoración. Ptas. 20 ejemplar.

Bocetas de Cocina (760 páginas). Ptas. 40 ejemplar.

Cocina Regional. Ptas. 40,00 ejemplar.

CULTURA

Libro de Letra (Gramática inicial), por Antonio Tovar (94 páginas). Ptas. 6 ejemplar.

Leciones de Historia de España. (80 páginas de texto). Ptas. 4 ejemplar.

Enciclopedia Escolar (grado elemental), por los mejores autores españoles. Corca de 900 páginas y más de 500 dibujos. Ptas. 35 ejemplar.

El Quijote, *Breviario de Amor*, por Víctor Espinós, de la Real Academia de San Fernando (264 páginas). Ptas. 25.

MUSICA

Historia de la Música, por el Maestro Benedito (194 páginas, con diversos grabados y encuadración en cartón). Ptas. 16 ejemplar.

Cancionero Español (Armonización), por B. García de la Parrs. Tres cuadernos distintos (números 1, 2, 3), en gran formato. Ptas. 15 cuaderno.

Mil canciones españolas. Edición monumental con texto y música; 600 grandes páginas, impresa a dos colores; encuadración en tela, con estampación en oro. Ptas. 125 ejemplar.

Nueve Conferencias de Música. Ptas. 6 ejemplar.

HIGIENE Y PUERICULTURA

Cartilla de la Madre; *Cartilla de Higiene*. Consejos de gran utilidad para la crianza del hijo. Ptas. 1,50 ejemplar.

INDUSTRIAS RURALES

Construcción de Coblenas (24 páginas con grabados). Ptas. 5 ejemplar.

Avicultura, por Ramón Ramos Fontecha (252 páginas con varias decenas de ilustraciones). Ptas. 12 ejemplar.

Apicultura Movilista, por María Estremera de Cabezas (112 páginas, ilustraciones). Ptas. 9 ejemplar.

Industrias Sericícolas (24 páginas). Ptas. 4,50 ejemplar.

Corte y Confecciones Peleteras, por Emilio Ayala Martín (90 páginas de texto, profusamente ilustradas). Ptas. 7 ejemplar.

Curtido y Tinte de Piel, por Emilio Ayala Martín (120 páginas y sus grabados correspondientes). Ptas. 8 ejemplar.

Flores y Jardines. Cómo cuidar y enriquecer las plantas, por Gabriel Bornás (86 páginas e infinidad de grabados). Ptas. 7 ejemplar.

REVISTAS

Bazar, publicación mensual dirigida a las niñas. Formato 22 x 31. Impresa litográficamente en diversos colores. Colaboración artística y literaria por los mejores ilustradores y escritores españoles, de Picó, Serny, Tauler, Suárez del Arbol, etc. (24 páginas de texto). Ptas. 3,75 ejemplar.

Consigna. Revista pedagógica mensual, con la colaboración de las firmas más destacadas en la Cátedra y la Literatura. Formato 20 x 27. Más de 120 páginas de texto y encartes a varios colores. Precio: Número suelto, 3,50 ptas.; suscripción anual 36 pesetas.

TARJETAS POSTALES

Danzas populares españolas. Album de 12 tarjetas, 15 ptas. Tarjetas sueltas, 1,25 pesetas.

Castillo de la Mota. (Escuela Mayor de Mandos José Antonio), Medina del Campo. Album de 12 tarjetas, 12 pesetas.

Albergues de Juventudes. Cada tarjeta, 1 peseta.

Cualquier libro que pueda interesarle, solicítelo contra reembolso a

DELEGACION NACIONAL DE LA SECCION FEMENINA

(PRENSA Y PROPAGANDA)

ALMAGRO, 36 - MADRID

Lo recibirá a vuelta de correo y libre de gasto de envío.

Otra vez Stalingrado



OTRA vez Stalingrado. Otra vez nuestro mundo —por malo que sea, mucho mejor para todos, aun para los que se ilusionan en contrario, que el otro, el de "ellos"— vencido militarmente. Donde entonces U. R. S. S., pongamos hoy China y Vietmin; donde entonces Alemania, hoy Francia; donde entonces el "ejército negro", las tropas de color de la Unión Francesa; donde entonces los contingentes croatas, rumanos, italianos, eslovacos, hoy la Legión (por cierto, en ella, españoles, aunque alguien aquí sólo ve alemanes), y así sucesivamente.

Pero hay dos cosas. Por un lado, los países de lengua inglesa entonces se alineaban de un lado y hoy de otro; no es poco, a nuestro favor. Pero entonces no existía China y Alemania no tenía P. C. minándole el frente interior, y hoy existe China, y Francia tiene su P. C. F., y no es poco en contra nuestra.

Y digo nuestra, nuestro, nosotros, a sabiendas y a queriendas. Franceses o no (y la mayoría, el mando y la bandera, franceses), con españoles dentro o no (suponemos que con algunos en la Legión), al fin y al cabo era Occidente, Euroamérica, con todas sus monstruosidades capitalistas y feudales, pero con su plus de libertad individual y colectiva, con todas sus injusticias, pero con su capacidad de enderezarlas desde dentro (ahí están los constructivos socialismos de Escandinavia y Benelux o Suiza, ahí los laboris-

mos de lengua inglesa, ahí los "Deals" americanos, y ahí estuvo, quare non?, el fascismo. Sus ridículos nacionalismos, pero también (compensándolos) sus iglesias y sus ricas variedades regionales. Ahí está este mundo nuestro (deficiente, claro; injusto, claro, pero cuánto mejor —pese a todo— que el de ellos, aun para los que —porque no saben— piensan que con "ellos" saldrían ganando). Y ahí está que cuando "ellos" han querido hacer algo útil, poderoso, temible, han tenido que tomar ideas y técnicas nuestras: *Marxismo, Patriotismo jacobino, Gran Industria.*

Era nuestro mundo —no sólo Francia, ni siquiera sólo Europa— lo que luchaba ahí. Los cuatrocientos cincuenta años de tradición militar de la familia Castries, estos años de historia guerrera que ahora han alcanzado su cumbre (¿y qué, no hubo un Bassompierre cerca de Stalingrado?; ¡oh la vieja estirpe de los soldados de Francia!), son cuatrocientos cincuenta años de tradición occidental. Nada de nostalgia. Los franceses han vuelto a ser tan buenos como en Verdún, como en Waterloo. Vencedores o vencidos, pero soldados —no desertores cobardes como el 40—. Y los legionarios, por el sueldo, por el botín, es lo mismo, pero combatieron —los alemanes y suizos— como el viejo Royal Allemand, como los viejos Cent Suisses —y los españoles—, como Montijo en las puertas de París en 1814, como los del "No pasarán" de 1936 —y los italia-

nos—, como el Real Piemontés del Ancien Regime, como los soldados italianos de Napoleón —y los irlandeses—, como aquella Legión de la Revolución, como aquel Royal Irlandais del XVIII —y los polacos—, como los de Napoleón —y los húngaros—, como los húsares de Esterhazy. Toda la vieja tradición guerrera de Francia, que en tantos aspectos resume la de Europa. Y los fieles de Ultramar, como nuestros pastusos, como los guerrilleros aymaras de Olañeta, como los filipinos del 73 en Manila el 98. Esa vieja, fiel infantería de ultramar que busca la aventura y que acaso intuye —oscuramente— que "aquello" no está maduro y que la mejor manera de que llegue a estarlo es no apresurarse. Todo eso ahí está. ¿Y después?

América, y los demás que no son Europa pero sí Occidente, y esa parte de Oriente que no quiere sumergirse en la marea niveladora y brutal del comunismo (el comunismo es en sí mala cosa, y el que haya ganado una batalla no varía un miligramo esto), ¿podrán —o podremos— hacer algo? Cuando se piensa en Palanca y sus hombres el 59 (oscura y olvidada gesta); cuando se piensa en los misioneros españoles que caen o caerán en Indochina, uno —si es honrado— manda al diablo los recelos nacionalistas contra Francia, y piensa que si porque son franceses no nos importa que perezcan, pronto —y merecidamente— algún ejército de hotentotes mandados por un gorila subirá desde el Congo y —previa destrucción del Islam— nos arrollará, enlazando en nuestro suelo con otro ejército de amarillos mandados por un yak —previa destrucción de los cafés literarios de París, incluidos los comunoides.

América —y en menor medida los otros pueblos de lengua inglesa—, he ahí la pabra clave. Cuando Stalingrado esos pueblos

—la Historia tiene estas cosas— estuvieron del lado de "ellos". Así acabó todo. Así está pasando ahora lo que está pasando. Alguien ha recordado que la derrota de Castries y su gente coincide, día por día, con la "incondicional" rendición alemana. Aquí no se trata de justificar al régimen nazi —¿cómo íbamos a justificarlo cuando fué uno de los causante de todo esto, a diferencia del mussoliniano, que hizo lo que pudo por impedirlo?—, se trata de recordar que hubo un momento en que Alemania —aparte cuestiones de régimen— era Europa, encabezaba los europeos en armas contra la barbarie. Ahora lo será América —Francia no ha sabido, Inglaterra ni quiere ni probablemente puede—, y no será sólo de Europa. Pero ¿con qué armas? y —sobre todo— ¿con qué de cisión para usarlas?

Los franceses buenos —los no stalinianos de la Resistencia, que aplaudieron cuando Stalingrado, seguramente habrán llorado —si no es que más de cuatro han muerto en el tumulto— ahora. Los españoles que ahora hayan caído serían, seguramente, de los que entonces —al menos ideal, si no podía realmente— estaban también del lado de "ellos". Enterremos el pasado. Bien; traguen las repugnancias. Si es preciso, derroten al comunismo con bandera francesa y modo americano. Como sea. Pero no ser derrotados por "ellos".

Ahora —las demás cosas que uno quería comentar este mes no existen al lado de ésta, y el mejor modo de saludar a los prisioneros que vuelven es seguir trabajando por la misma causa— bandera a media asta. Y luego, a ver qué somos capaces de hacer, de decir, de impulsar cada uno, para que a este Stalingrado no siga —como al otro— una Yalta cualquiera y una "incondicional" rendición de lo que aún queda de mundo, frente al campo de concentración comunista.